
EL EJÉRCITO LIBERTADOR DEL PERÚ

De la gloria al olvido



Cuaderno para el Estudio de la Historia Militar N° 4
Santiago, agosto de 2020

EL EJÉRCITO LIBERTADOR DEL PERÚ

De la gloria al olvido

Cuaderno para el Estudio de la Historia Militar N° 4
Santiago, agosto de 2020

Ediciones Academia de Historia Militar
Cuaderno para el Estudio de la Historia Militar N° 4

Palabras clave:

1. Expedición Libertadora del Perú
2. Ejército Libertador del Perú
3. Independencia sudamericana

Academia de Historia Militar
Blanco Encalada 1550, Santiago

Inscripción en el Registro de
Propiedad Intelectual (en trámite)
ISBN versión digital (en trámite)
Primera Edición, 2020

Colaboraron en la presente publicación:
Andrés Avendaño Rojas (Dirección General)
Pablo Rodríguez Márquez (Investigación)
Gabriel Rivera Vivanco (Edición)
Eduardo Arriagada Aljaro (Edición)

Diseño de portada y diagramación:
Juan Pablo Bravo

Ilustración de portada

"El Excelentísimo Señor General Don José de San Martín hace jurar la bandera del Ejército Libertador al Batallón Numancia en Ingenio de Huaura. Diciembre 1820". Acuarela atribuida a Bernardo O'Higgins. Museo Nacional de Arqueología, Antropología e Historia, Lima, Perú.

Impreso en Chile por: Salesianos Impresores S.A.

Todos los derechos reservados. Se prohíbe la reproducción por cualquier medio impreso, o electrónico, sin la autorización escrita del editor.



Academia de Historia Militar
www.academiahistoriamilitar.com
academiahistoriamilitar@gmail.com

Tabla de Contenidos

	Presentación	5
	Introducción	13
1	Perú en la Sudamérica hispana	
	Importancia política, económica, social y militar	17
	El contexto de las independencias sudamericanas	19
	<i>Buenos Aires, el Alto Perú y Chile</i>	20
	<i>Venezuela y Nueva Granada</i>	21
	<i>Alianza Chileno-Rioplatense</i>	23
2	Perú: El gran objetivo de la independencia sudamericana	
	Ideas para la invasión desde el Sur	25
	Preparación de la Expedición Libertadora	31
	<i>El honor de Chile</i>	31
	<i>Conformación de un ejército de operaciones</i>	35
3	El inicio de la expedición	
	Traslado de la fuerza hacia Perú	43
	Desembarco en Paracas y ocupación de Pisco	44
4	Las operaciones militares	
	1820: Las acciones iniciales en la Sierra peruana	49
	1821: La oportunidad perdida	56
	1822: De la parálisis a la desintegración	66
	1823: El final de un ciclo	74
	1824: Chilenos en la campaña decisiva	87
	Epílogo	99
	Fuentes	102

Presentación

La Academia de Historia Militar tiene el agrado de presentar el cuarto número de su colección “Cuadernos para el Estudio de la Historia Militar”. En esta ocasión, destinado a abordar la gesta del Ejército Libertador del Perú.

Las razones para publicar esta obra —y hacerlo en esta fecha— son varias.

En primer lugar, este año se cumple el bicentenario del zarpe de la Expedición Libertadora del Perú, fuerza militar que agrupaba tanto al Ejército Libertador, como a la Escuadra Nacional. Por ello, nos parece que esta es la ocasión ideal para publicar una obra relativa a esta campaña militar, que tan significativamente contribuyó a consolidar la independencia de Chile y de Hispanoamérica.

En segundo término, esta campaña —y la historia de las fuerzas militares que la llevaron a cabo— es muy poco conocida en nuestra sociedad. Puede que en ello haya influido el que se llevó a efecto a más de 3.000 kilómetros de nuestra capital y a que sus vicisitudes poco impactaron en la vida cotidiana de los habitantes de la naciente república. Sin embargo, al recorrer estas páginas el lector podrá darse cuenta de la trascendencia de esta empresa para la vida nacional y para la consolidación de la independencia de los países sudamericanos.

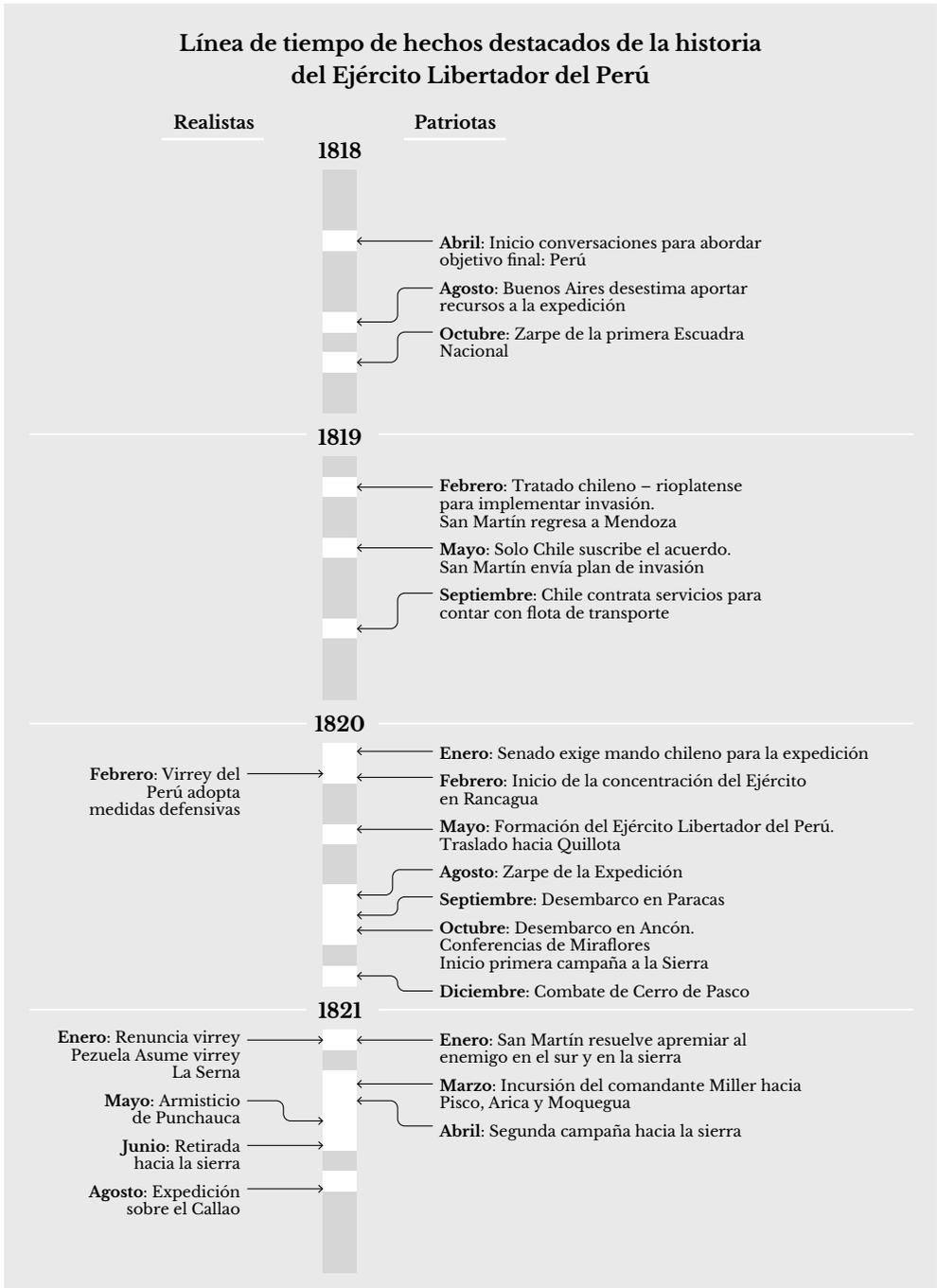
Con esta iniciativa la Academia de Historia Militar busca contribuir a rescatar del olvido este inmenso esfuerzo, tanto humano como económico, que realizó nuestro país en favor de la independencia sudamericana, en circunstancias de que Chile, hacia 1820, era un país agotado por los más de ocho años de campañas militares realizadas en su territorio para lograr su independencia. Pese a ello, nuestros líderes, tanto políticos como militares, advirtieron que nuestra libertad no estaría asegurada mientras no se atacara el centro del poder español en América del Sur, vale decir, el virreinato del Perú. Y, a pesar de lo exhaustos que se hallaban tanto el país como sus habitantes, se hizo este tremendo esfuerzo para organizar una fuerza militar que contribuyera a ese fin. Si bien estas fuerzas fueron comandadas por José de San

Martín, investido por el gobierno chileno como Capitán General del Ejército y general en jefe del Ejército Libertador, la inmensa mayoría de su contingente estuvo compuesto por hijos de nuestro país.

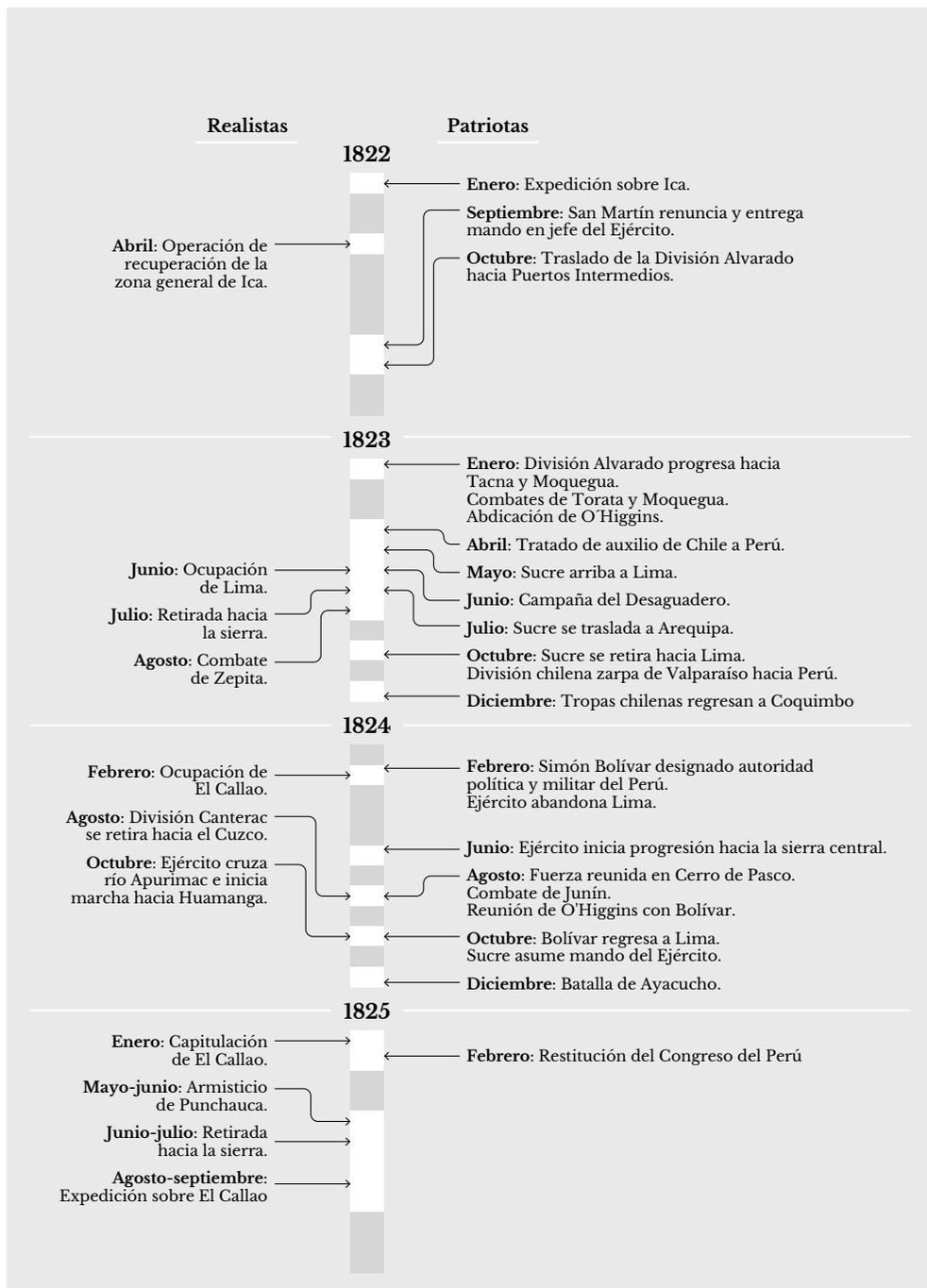
Por último, se debe tener presente que tanto el Ejército como la Expedición Libertadora del Perú no tuvieron como objetivo la conquista de este último país, sino que precisamente lo contrario, su liberación de la dependencia de la Corona española. Y si bien, estas fuerzas militares chilenas, no terminaron de alcanzar este último objetivo, contribuyeron significativamente a este fin, permitiendo que finalmente fuera Simón Bolívar quien en la batalla de Ayacucho lo alcanzara.

ACADEMIA DE HISTORIA MILITAR

Línea de tiempo de hechos destacados de la historia del Ejército Libertador del Perú



El Ejército Libertador del Perú



Personajes destacados de la gesta emancipadora del Perú

Agustín Gamarra. Destacado político y militar peruano. Presidente del Perú en dos períodos. Comenzó sirviendo en el bando realista y posteriormente adhirió a la causa independentista.

Alejandro González Villalobos. Militar español que tomó parte en las campañas de la independencia del Perú, sirviendo en el ejército realista.

Andrés de Santa Cruz. Político y militar peruano-boliviano que participó en las campañas de la independencia sudamericana, primero sirviendo en las fuerzas realistas y posteriormente adhiriendo al bando independentista.

Antonio José de Sucre. Político y general venezolano, vencedor en la batalla de Ayacucho.

Bernardo de Torre Tagle. Político y militar peruano que llegó a ser el segundo Presidente del Perú.

Bernardo O'Higgins Riquelme. Político y militar chileno. Libertador y Director Supremo de Chile entre 1817 y 1823.

Diego O'Reilly. Militar español de origen irlandés que participó dentro del ejército realista en las campañas de la independencia del Perú.

Domingo Tristán. Aristócrata peruano que ofreció sus servicios a José de San Martín en el contexto de las campañas del Ejército Libertador del Perú.

Enrique Martínez. Militar rioplatense que formó parte del Ejército de los Andes combatiendo en las campañas de Chile, pasando posteriormente a servir en el Ejército Libertador del Perú.

Félix Aldao. Fraile dominico argentino que posteriormente pasó a ser militar, tomando parte en las campañas de la independencia de Chile y luego del Perú.

Fernando Cacho. Militar español que participó en la guerra de independencia española y luego en las campañas de la independencia hispanoamericana.

Fernando VII. Rey de España en 1808, y posteriormente entre 1814 y 1833.

Francisco Antonio Pinto. Político y militar chileno que participó en el Ejército Libertador del Perú. Posteriormente llegaría a ser Presidente de la República de Chile.

Francisco Bermúdez. Militar rioplatense nacido en España que participó primero en las campañas de independencia de las Provincias Unidas del Río de la Plata por el lado independentista, pasando finalmente a servir en el ejército realista del Perú.

Gerónimo Valdés de Noriega. Militar y político español que conformó el ejército realista en el contexto de las campañas de la independencia del Perú.

Guillermo Miller. Militar británico que sirvió en las campañas de la independencia de Chile y del Perú.

Joaquín de la Pezuela. Militar y político español. Virrey del Perú entre 1816 y 1821.

José Carratalá. Militar español que combatió por el lado realista en las campañas de independencia del Perú y del Alto Perú.

José de Canterac. Militar español de origen francés que formó parte de las fuerzas realistas durante las campañas de la independencia del Perú.

José de la Riva Agüero. Militar y político peruano. Presidente del Perú en 1823.

José de la Serna. Político y militar español. Virrey del Perú entre 1821 y 1824.

José de San Martín Matorras. Político y militar argentino. General en Jefe del Ejército Libertador del Perú.

José Domingo de La Mar. Militar y político nacido en Ecuador, pero que desarrolló su carrera en el Perú. Primero tomó parte en las filas realistas, para luego pasar a servir entre los independentistas.

José Fernando de Abascal. Militar y político español. Virrey del Perú entre 1806 y 1816.

José Manuel Borgoño. Militar chileno que participó en las campañas de la independencia de Chile y luego del Perú.

José María Benavente. Militar chileno que participó en las campañas de la Patria Vieja de la independencia de Chile y posteriormente organizó una división auxiliar chilena para colaborar en la independencia del Perú.

José María Córdova Muñoz. Militar colombiano de destacada participación en las campañas de independencia de la región norte de Sudamérica.

José Santiago Aldunate. Militar y político chileno que tomó parte en las campañas de la independencia de Chile y luego en el Ejército Libertador del Perú.

Juan Antonio Álvarez de Arenales. Militar y político rioplatense que tomó parte en las campañas de emancipación sudamericana.

Juan Antonio Monet. Militar español que sirvió en las fuerzas realistas durante las campañas de independencia de Hispanoamérica.

Juan Gregorio de Las Heras. Militar argentino, Jefe del Estado Mayor del Ejército Libertador del Perú.

Juan Jacinto Lara Meléndez. Militar venezolano que participó en las campañas de emancipación de Venezuela y Perú.

Juan Ramírez Orozco. Militar español que formó parte del ejército realista del Alto Perú.

Manuel Abreu. Marino español que cumplió funciones diplomáticas en el contexto de las campañas de independencia hispanoamericana.

Manuel Quimper. Militar peruano que participó en el bando realista durante las campañas de independencia del Perú.

Mariano Ricafort. Militar, político y gobernador español, que participó en las campañas de independencia del Perú formando parte del ejército realista.

Pedro Antonio Olañeta. Militar español de destacada actuación en el ejército realista del Alto Perú.

Ramón Freire Serrano. Político y militar chileno. Director Supremo de Chile entre 1823 y 1826.

Rudecindo Alvarado. Militar rioplatense que actuó junto con San Martín en las campañas del Alto Perú, de Chile y en la Expedición Libertadora del Perú.

Simón Bolívar. Político y militar venezolano, Libertador de América y general vencedor en la batalla de Junín.

Thomas Alexander Cochrane. Marino escocés y vicealmirante de la Escuadra Nacional chilena.

Tomás Guido. Militar y político argentino que prestó servicios diplomáticos en las campañas del general José de San Martín.

Toribio de Luzuriaga. Militar peruano-argentino de destacada participación en las campañas de independencia sudamericana.

Valentín Ferraz y Barrau. Militar y político español que participó en la guerra de la independencia española y posteriormente pasó a servir en el ejército realista del Perú.

Introducción

A doscientos años del zarpe de la Expedición Libertadora del Perú, la Academia de Historia Militar invita a nuestros lectores a revisar la participación del ejército que Chile organizó y financió para tal cometido. Este Ejército, estuvo conformado mayoritariamente por hijos de esta tierra, los que se integraron a los cuerpos de la denominada “División de Chile” y por soldados rioplatenses que conformaron las unidades de la denominada “División de los Andes”.

En el afán de poder transmitir lo más fidedignamente las vicisitudes de esta campaña, hemos recurrido a diversas fuentes, a fin de realizar una síntesis de los principales acontecimientos en que le cupo participación al Ejército. Entre ellas destacan: la *Historia General de Chile*, de Diego Barros Arana, y dos obras de Gonzalo Bulnes, tituladas *Historia de la Expedición Libertadora del Perú* y *Últimas Campañas de la Independencia del Perú (1822 – 1826)*. A ellas, se suman obras de otros historiadores que permitieron contextualizar los eventos y también identificar algunos aspectos de detalle.

Como la expedición tuvo sentido solo en la gravitación que ejercía Perú en Sudamérica, en tanto metrópoli regional y base del poder del monarca español en el subcontinente, inicialmente se expondrá una síntesis de los factores que otorgaban al Virreinato una posición preponderante, lo que, a su vez, permite comprender por qué los diversos procesos independentistas regionales terminaron confluyendo hacia esa posesión colonial.

Cumplir con el objetivo de la expedición terminaría con el control hispano del Perú y, como consecuencia, con la amenaza que las armas realistas implicaban para las demás naciones en ciernes. Por ello, inicialmente se ha desarrollado una breve mirada a los procesos que, desde el Río de la Plata, Alto Perú y Chile, permitieron iniciar la presión sobre el último reducto español en Sudamérica, el que finalmente fue sometido por un segundo esfuerzo —nacido en Venezuela y más tarde en Colombia— a través del cual se logró la derrota total de la soberanía del Rey de España en estos parajes.

Con este fin, Chile se abocó al titánico desafío de organizar, financiar y preparar una fuerza que llegó a superar los 4000 efectivos —sin contar la conformación de la Escuadra y la contratación de una flotilla de transporte—, que le significó extremar su capacidad de generar recursos y aunar voluntades para cumplir una meta que era fundamental para su propia independencia. Logrado lo anterior, y luego de superar innumerables escollos, el 20 de agosto de 1820 zarpó desde Valparaíso la que se llegó a calificar como la mayor flota jamás vista en el Pacífico Sur, llevando miles de hombres, ganado y equipo, que se hicieron a la mar en aras de objetivos que muchos probablemente no comprendían, pero que asumían como necesarios.

Ese día se inició el derrotero del Ejército Libertador del Perú —cuyo mando en jefe fue conferido por el Estado chileno al general José de San Martín—, que, tras un agotador viaje y una estadía reponedora en la zona general de Pisco, se vio afectado por una sucesión de eventos políticos que influyeron decisivamente en el desarrollo de las operaciones, aspecto en que se focalizará este relato.

Es por esto, que la descripción de las acciones en que le cupo participación al Ejército será desarrollada cronológicamente, marcada por una idea central que caracteriza cada año en que esta fuerza estuvo en el Perú; incluyendo la etapa final del proceso, en la que, si bien no hubo unidades chilenas presentes, sí estuvieron presentes innumerables compatriotas que terminaron combatiendo en los cuerpos peruanos, colombianos y rioplatenses que conformaron lo que a partir de 1824 se denominó “Ejército Unido”, bajo el mando inicial del general Antonio José de Sucre y, posteriormente, del general Simón Bolívar.

Esta es la parte medular del trabajo, contenida en diversos acápites que resumen el relato de las operaciones militares y que han recibido los siguientes títulos: 1820: Acciones iniciales en la Sierra peruana; 1821: La oportunidad perdida; 1822: De la parálisis a la desintegración; 1823: El final de un ciclo; y 1824: Chilenos en la campaña decisiva. Con ello se ha pretendido dar cuenta de la situación general que afectó el cometido del Ejército, contribuyendo a comprender por qué un esfuerzo que tanto costó sacar adelante fue desaprovechado sin más, a consecuencia de decisiones que, con la perspectiva del tiempo, son difíciles de comprender.

Termina este relato con un breve epílogo, en el que se desarrollan las que, a juicio del equipo editorial, son las principales lecciones que se han obtenido de este complejo proceso, esperando haber aportado los elementos de juicio necesarios para una mejor comprensión de este interesante, poco desarrollado y olvidado episodio de la historia militar chilena, invitando al lector a explorar las fuentes empleadas para este trabajo.

Perú en la Sudamérica hispana

Importancia política, económica, social y militar

En el mapa del Imperio Español en el Nuevo Mundo se podían distinguir dos grandes ámbitos geográficos: uno septentrional, que abarcaba Norte y Centroamérica, más el Caribe, cuyo centro del poder estaba en el virreinato de Nueva España (México); y otro meridional correspondiente a Sudamérica, cuya principal posesión era el virreinato del Perú. Entre los dos hubo una natural disputa por ser la principal representación del monarca en el continente, que fue dirimida por su capacidad para contribuir a la Corona mediante el envío de riquezas, principalmente metales preciosos, como la plata y el oro.

De esta forma, entre los siglos XVI e inicios del XVIII el liderazgo continental recayó en Perú, siendo relegado durante el siglo XVIII a un segundo lugar por México cuando superó su producción minera. Sin embargo, ambos virreinos mantuvieron sus posiciones de prevalencia en cada región, por lo que les cupo un rol relevante durante el siglo XIX al ser las bases de las diversas expediciones militares hacia el resto de los dominios, en sus respectivas áreas de influencia, durante las campañas de la emancipación hispanoamericana.

Así, iniciado el siglo XIX, la condición de Perú como principal centro de poder de la monarquía española en Sudamérica estaba basada en una diversidad de factores que le ubicaban muy por sobre las demás posesiones

regionales —virreinos y capitanías generales—, respecto de los que ejercía una notable influencia.

En el orden político, el Virrey del Perú fue siempre la mayor autoridad que representaba al monarca español en el subcontinente y en torno a él se organizó una extendida corte, y también una desarrollada estructura administrativa que llevaba a cabo la gestión y el control de las densas redes políticas y económicas a través de las cuales se ejercía el poder en estas posesiones. También le acompañaba la mayor representación de la Iglesia Católica, cuya acción evangelizadora enraizó profundamente en la sociedad que se venía desarrollando por más de tres siglos.

En el orden social, el grupo preponderante estaba conformado por una numerosa nobleza castellana, caracterizada por su homogeneidad y por la creciente tendencia a concentrarse solo en sus propios asuntos, despreocupándose del resto del tejido social. Como era de esperar, cuando los vientos de cambio comenzaron a sentirse en Perú, este grupo tendió a sentirse amenazado y, mayoritariamente, se comprometió en la mantención del statu quo, siendo proclive a la fidelidad hacia la monarquía.

En el orden económico, la diversidad geográfica del Perú ofrecía variadas opciones de desarrollo, basadas en la existencia de recursos minerales y agrícolas, constituyéndose en un poderoso atractivo para incontables españoles que vieron en ese territorio la oportunidad para crear o incrementar sus riquezas. A ello se sumaba la existencia de mano de obra barata, extraída principalmente de los estratos sociales bajos, especialmente del mundo indígena¹, y su creciente comercio con las demás posesiones españolas en América, que recibían la influencia de esta suerte de metrópolis regional.

Pero la característica más relevante del virreinato era que contaba con la mayor fuerza militar en América, que le permitía ejercer el control sobre los vastos parajes que debía mantener bajo la soberanía del monarca, a quien le pertenecían. La estructura militar se basaba en un ejército dotado de tropas europeas y veteranas, milicias locales y una considerable capacidad naval, que

¹ Para comprender el sometimiento del mundo indígena, es necesario tener en cuenta que en la mayor parte de América existían regímenes de dominación de una etnia o de una casta sobre otros grupos tribales, lo que facilitó el control por parte de los conquistadores españoles, que en los hechos relevaron a los grupos dominantes y se pusieron a la cabeza de cada subregión, ejerciendo el poder político y la dirección de las actividades económicas.

le permitía proyectarse hacia cualquiera de los dominios que, a excepción de Chile, no contaban con ejércitos permanentes.

Los factores sucintamente descritos contribuyen a comprender por qué cualquier intento emancipador tenía que contemplar la conquista del Perú, si es que se pretendía consolidar y dar paso a una nueva forma de gobierno en Sudamérica.

El contexto de las independencias sudamericanas

La condición de fortaleza política, económica y militar que ostentaba Perú en los inicios del siglo XIX, hábilmente liderado por el Virrey José Fernando de Abascal, postergó la llegada del influjo revolucionario a ese territorio, considerando que por años se venían gestando procesos independentistas en el Alto Perú, Río de la Plata, Chile, Venezuela y Nueva Granada (Colombia).

De hecho, desde Lima se habían dirigido los esfuerzos para contener los intentos de emancipación, cuyo éxito temporal se hizo sentir con mayor fuerza en el Alto Perú y en Chile. En el primero, al lograr el rechazo de los ejércitos rioplatenses y de las milicias locales que amenazaban al Virreinato, dando paso a que el territorio altiplánico fuera reanexado a su dependencia original en 1809². En el sur, en tanto, infligió una severa derrota a los revolucionarios, recuperando el control total del territorio en octubre de 1814 al derrotar a los independentistas en la batalla de Rancagua, dando paso a una migración forzada hacia Mendoza y otras localidades de las Provincias Unidas del Río de la Plata.

Con todo, la persistencia de los revolucionarios terminó por ejercer una presión prácticamente insostenible sobre el virreinato del Perú, el que terminó siendo atacado tanto desde el sur, como del norte, en dos esfuerzos que, si bien no estaban coordinados, obedecían al mismo propósito general, cuál era la derrota definitiva del poder monárquico español en la región.

² En 1776 el Alto Perú fue transferido desde el virreinato del Perú al del Río de la Plata, dando paso a una permanente tensión entre el primero, que lo consideraba propio desde su origen, y el segundo, que lo asumía como propio por derecho. Este territorio sería denominado Audiencia de Charcas.

Desde el sur, la llama revolucionaria había pasado desde las Provincias Unidas del Río de la Plata hacia Chile, donde —luego de recuperar el control del territorio— se organizó la monumental expedición que abrió las hostilidades contra el corazón del poder monárquico en el Perú, en un primer y trascendental paso para romper los pilares de la resistencia española en Sudamérica, que aún tenía la capacidad para poner en riesgo el proceso libertario general.

Desde el norte, la revolución que se había iniciado en Venezuela logró converger sobre Lima dos años después del inicio de las operaciones del Ejército Libertador comandado por el general San Martín. Tras haber logrado liberar la región norte y noroeste del subcontinente, el general Simón Bolívar hizo uso de la oportunidad política que se le presentó y de la voluntad para concretar la derrota definitiva de los realistas.

A modo de síntesis, y con el propósito de contribuir a configurar el contexto político y estratégico en que se desarrollaron los principales eventos entre 1820 y 1824, a continuación se hará una breve referencia a los procesos independentistas que desembocaron en Perú y que guardan relación con su propio proceso emancipador, al cual Chile contribuyó significativamente.

Buenos Aires, el Alto Perú y Chile

Siendo el primer movimiento revolucionario en tomar forma, Buenos Aires representó una amenaza para Lima no solo en el ámbito militar, sino también en el económico, especialmente por su influencia en el Alto Perú a partir de sus intensas relaciones comerciales con las provincias rioplatenses del noroeste, desde donde se abastecían las zonas mineras del altiplano.

La guerra pronto llegó a la región andina, con la presencia de un ejército realista que no solo pretendía contener los focos de insurrección, sino que, además, buscaba restituir la soberanía de Lima en esos territorios y neutralizar todo intento rioplatense por amenazar al virreinato del Perú.

Uno tras otro fueron derrotados sucesivos ejércitos enviados por Buenos Aires al altiplano, destino que San Martín se negó a compartir, declinando el

mando que le había sido conferido, tras lo cual se trasladó hasta Cuyo, donde iniciaría su nuevo plan: llegar a Lima vía Chile. Ello consideraba que Charcas ya estaba convertido en un bastión defensivo que otorgaba seguridad en el flanco sureste del virreinato del Perú, pero que más tarde se convertiría en un verdadero sino militar, por cuanto terminó debilitando la presencia de sus fuerzas en otras regiones. Esto fue principalmente nocivo para el envío de refuerzos a Chile, contribuyendo con ello a incrementar las opciones de éxito de la invasión que se preparaba en Mendoza, y que se coronaría con la victoria de febrero de 1817, tras cruzar los Andes y vencer a los realistas en Chacabuco.

Poco más de un año después de este triunfo se libró la batalla de Maipo, decisivo encuentro que afianzó la libertad de Chile y tuvo importantes efectos en las tropas monárquicas, las que pudieron evidenciar un empuje revolucionario que se hacía cada vez más difícil de controlar, en un proceso que hacia 1818 ya parecía no tener vuelta atrás.

Venezuela y Nueva Granada

La revolución venezolana fue una cruenta explosión que dio cuenta de antiguas tensiones sociales entre las élites blancas, los grupos de blancos pobres, los mulatos y los esclavos. Para complejizar aún más las cosas, la clase alta tenía sus propias divisiones, que en el corto plazo se tradujeron en un vacío de poder que facilitó el surgimiento de nuevos liderazgos provenientes de los demás niveles sociales y económicos, cada cual con sus propios intereses. En esta condición, las autoridades monarquistas tuvieron todas las posibilidades para imponer el control sobre las diversas facciones en disputa.

Este control tenía su fundamento, principalmente, en que cada grupo perseguía objetivos que con frecuencia se situaban en veredas paralelas, y en ocasiones contrapuestas, otorgando la opción de mantenerlos divididos y batirlos de a uno. Por cierto, mientras los monarquistas pretendían la continuidad del statu quo —representado en la mantención del antiguo régimen— los independentistas buscaban nuevas formas de gobierno con una prevalencia de

los intereses de los oriundos de América. En tanto, las clases bajas —pardos y esclavos— buscaban su propia idea de libertad, que desde luego chocaría con los intereses de los demás grupos³.

Para colmo, en 1815 Fernando VII envió una expedición hacia la convulsionada América, cuyo destino final terminó siendo Venezuela, desde donde esperaba iniciar la recuperación de los territorios perdidos, partiendo por Nueva Granada. Posteriormente reforzaría el Perú para, desde ahí, ejercer presión sobre Chile y el Río de la Plata. Este hecho, que significó un esfuerzo notable para la Corona, daba cuenta de la relevancia que había adquirido la situación en la región norte del subcontinente, justificando la adopción de medidas extremas para mantener la posesión de estos dominios.

En este contexto se alzó el liderazgo de Simón Bolívar, quien se esforzó en transformar su causa en un movimiento unitario, que fuera capaz de superar las divisiones y encontrar un objetivo común. Solo de esa forma se les negaría a los realistas las facilidades que habían encontrado para ejercer su poder y mantener la soberanía del monarca español.

Para ello, primero llevó sus energías hacia la liberación de Nueva Granada, en agosto de 1818, desde donde hizo lo propio con Venezuela, alcanzando el éxito en junio de 1821, diez meses después del inicio de la Expedición Libertadora del Perú. Posteriormente, la guerra de liberación fue llevada hacia Quito, considerado como el tercer estado de la naciente República de Colombia, abriendo con ello un nuevo flanco de disputas, por cuanto el actual Ecuador era un territorio anhelado tanto por Nueva Granada como por Perú⁴.

De hecho, esta aprensión llevó a Bolívar a apresurar la conquista de Guayaquil, incorporándolo a Colombia en julio de 1822. Así quedaba resuelto el objetivo primordial del prócer venezolano, conformando la Gran Colombia, que por años había buscado. Quedaba entonces en condiciones para dar la jugada final: la liberación de Perú, donde operaba el Ejército Libertador desde hacía casi dos años.

³ Un interesante análisis de la particular realidad venezolana se puede revisar en John Lynch, 1976. *Las Revoluciones Hispanoamericanas 1808-1826*. Ed. Ariel, Barcelona, Caracas, México.

⁴ Guayaquil, el puerto natural de Quito, vivía una situación, por decir lo menos, ambigua, que facilitaba los continuos roces entre Nueva Granada y Perú: administrativamente dependía de la primera, pero en el orden militar dependía del segundo.

Alianza Chileno-Rioplatense

La liberación de Chile, además de su fin esencial, también se puede entender como un objetivo intermedio de la independencia sudamericana, por cuanto ningún proceso local tenía opciones de consolidarse mientras Lima constituyera una amenaza para las nacientes repúblicas, como ya se ha hecho notar.

En este estado de las cosas se entiende que un esfuerzo desde el sur fuera asumido íntegramente por Buenos Aires y Chile, por lo que San Martín procuró la formalización de una alianza binacional, en la que puso sus mayores esfuerzos desde abril de 1818.

En efecto, una vez derrotadas las principales fuerzas realistas en Maipo —junto a la organización y puesta en marcha de un nuevo gobierno—, pronto comenzaron las conversaciones para abordar el objetivo final. Para ello, San Martín obtuvo el compromiso de las autoridades rioplatenses para la asignación de 500.000 pesos que, sumados a una cifra similar aportada por Chile, le permitiría conformar un ejército de 6.100 efectivos, cantidad estimada como indispensable para la futura invasión.



Bernardo O'Higgins, Director
Supremo de Chile



José de San Martín,
General en jefe del Ejército
Libertador del Perú

Sin embargo, antes de trasponer la cordillera en su regreso a Chile, San Martín fue informado de la imposibilidad de Buenos Aires para cumplir con lo prometido. Este abrupto cambio de prioridades del gobierno trasandino, que echaba por tierra la esperanza de consolidar la independencia, era una consecuencia directa de las perturbaciones políticas que asolaban a las Provincias Unidas.

En tanto, en Chile, si bien la independencia no se consideraba en riesgo,⁵ también se observaban algunas desavenencias internas, principalmente por la desconfianza que despertaba en ciertas personalidades la influencia de San Martín en el gobierno de O'Higgins, así como la prolongada presencia del Ejército de los Andes en el país. Mientras Buenos Aires no enviaba contribución alguna, el costo de la mantención de dicha fuerza pesaba día a día sobre las arcas nacionales, tanto como de las familias que habían sido obligadas a recibir a oficiales trasandinos en sus casas. A ello se agrega la actitud de superioridad que con frecuencia asumían estos militares, lo que generaba rechazo en amplios sectores de la sociedad.

En este entorno enrarecido, la alianza que pretendía San Martín estaba en serio riesgo, al punto que el general hizo presente su molestia a ambos gobiernos, amenazando no solo con dimitir, sino que también con abandonar la empresa libertadora.

Así, y tras innumerables negociaciones, representantes de ambos países acordaron un tratado que se firmó el 5 de febrero de 1819, en el que se convenía el propósito y la forma de implementar la Expedición Libertadora del Perú. Este régimen internacional fue firmado por Chile el 10 de marzo siguiente, más el gobierno de Buenos Aires no logró que fuera refrendado por su respectivo congreso.

Con ello, la empresa fue adquiriendo gradualmente un carácter netamente chileno, por cuanto este Estado persistió en el objetivo y asumió formalmente la expedición, la que finalmente se llevó a cabo bajo sus normas legales, con su bandera y con su financiamiento.

⁵ Habiendo organizado y puesto en servicio una escuadra, Chile sentía que con su flanco marítimo protegido las opciones de una invasión realista disminuían considerablemente. Aun así, se mantenía vigente el propósito de operar con un ejército sobre el territorio del virreinato del Perú, donde debía ser destruida la fuerza militar realista. En síntesis, no bastaba con el control del mar, puesto que había que neutralizar toda la capacidad militar adversaria.

Perú: El gran objetivo de la independencia sudamericana

Ideas para la invasión desde el Sur

Si en algo coincidían las distintas visiones sobre la independencia del Perú, era que la intervención extranjera debía ser contributiva a su liberación, debiendo ayudar a los independentistas peruanos a determinar su propia forma de gobierno.

En tal sentido, una de las primeras aproximaciones de la cual existe constancia es el plan elaborado por José de la Riva Agüero⁶ y enviado a San Martín en 1817, el que contenía las siguientes condiciones esenciales: i) el ejército debía tener el carácter de auxiliar y no de invasor; y ii) su acción debía ser respetuosa de las personas e ideas. Además, daba por acreditado que la independencia contaba con la simpatía general de la población. También contemplaba que las fuerzas leales al Virrey bordeaban los 5.000 efectivos, dato que resultará, por decir lo menos, impreciso, pero que podría entenderse como parte de su esfuerzo por no desanimar a los independentistas chilenos y rioplatenses.

Basado en lo anterior, proponía dos ideas generales que pueden interpretarse como cursos de acción, pese a su condición preliminar: i) que el desembarco se produjera en las provincias del sur —en los llamados puertos

⁶ Personaje principal en la sociedad peruana, cuya simpatía por la independencia fue notoria desde los inicios del proceso en Perú. Fue nombrado presidente de la República por un breve lapso durante 1823.

intermedios⁷— lo cual requería de una fuerza menor que contara con los cuadros y las armas para formar unidades de milicias; y ii) que se efectuara un desembarco en la zona general de Pisco, donde se podrían obtener recursos, ganado y la adhesión de las milicias locales. Simultáneamente, debían ejecutarse otros desembarcos en Chancay y Huacho, al norte de El Callao.

Más allá de cuánto influyó esta contribución en las decisiones que finalmente se adoptaron, es un hecho que fueron de utilidad para el plan estratégico que finalmente siguió el Ejército Libertador a partir de 1820.

Tiempo después, el general San Marín elaboró un plan que inicialmente contemplaba un ejército de 6.000 efectivos, que tuvo que reducir a 4.000 ante las serias dificultades que hubo que sortear para su conformación. Debido a esta restricción, se propuso ayudar al levantamiento peruano con una fuerza destinada a hostilizar al enemigo, distrayendo y desgastando a su ejército, evitando con ello una confrontación abierta. Con este plan estimaba adecuarse a los fondos disponibles, acceder a los recursos del adversario y ejercer presión para impedir el envío de expediciones realistas a Chile o a Buenos Aires, teniendo como un supuesto que la escuadra chilena hubiera logrado el control del mar⁸.

Plan de San Martín

“Las fuerzas que puede oponer el virrei son cinco mil hombres, compuestos de cuatro mil infantes i mil caballos. De éstos la mitad se componen de milicianos, i además veinte piezas volantes bien servi-

7 Puerto intermedio es una definición de carácter marítimo, que designa a aquellas localidades situadas entre dos puertos principales: en este caso, El Callao y Valparaíso.

8 El plan de San Martín, cuya idea de maniobra data de enero de 1819, fue posteriormente complementado a fines de marzo con un detallado listado de necesidades para la fuerza expedicionaria que incluía tipos de tropas, transportes, armamento mayor, caballada, elementos de herraje, armamento para nuevas fuerzas, materiales para maestranza, pólvora, elementos para fabricar munición, munición, equipo de zapadores, artificios y fondos para una caja militar. Detalles en Gonzalo Bulnes (1887). *La Expedición Libertadora del Perú (1817-1822)*. Santiago, Rafael Jover (Editor). Tomo I, pp. 143 y siguientes.

das. Puede poner cuatro mil negros i jentes en grupos indisciplinados, armados a pié i a caballo con lanzas. Todos estos grupos se deshacen con quinientos hombres; es mayor entonces la fuerza si llegasen de España los dos mil que se esperan. Por esto se debe cuidar con mucha actividad que estas tropas que han de salir de Cádiz a principio de mayo, sean apresadas en la mar o en la recalada a Talcahuano, Arica, Pisco o el Callao.

Para posesionarse del Perú se necesita mui poco, porque la voluntad jeneral es decidida a favor de la unión con Chile i Buenos Aires, lo que verificado que sea, es inconquistable la América del Sur por las potencias de Europa. Las fuerzas para esta empresa por parte de las Provincias unidas de Buenos Aires i Chile, deben ser de la manera siguiente:

Si el desembarco se hace por puertos intermedios, bastarán quinientos hombres i armamento para siete mil que se reunirán de las provincias de Arequipa, Cuzco i Puno. Entonces el plan será rendir al ejército de La Sema, compuesto de cinco a seis mil hombres de toda arma, incluidas todas las guarniciones. El jeneral Belgrano cuidará de no empeñar acción sino perseguirlo i batirlo en detalle hasta la reunión de los dos ejércitos, el de San Martin i el suyo.

Tan pronto como se verifique el desembarco de las tropas de la espedicion de Chile, debe venir la escuadra a bloquear el Callao i demás puertos intermedios o inmediatos. Al mismo tiempo se cuidará de circular muchas proclamas a todos los pueblos del Perú i particularmente a Lima. En ella se ofrecerá, ante todas cosas, el respeto a las propiedades i a las personas; proteger la relijion i a sus ministros; impedir todo desorden, el saqueo i violencias; guardar a cada clase sus privilejios, asegurando que el objeto de la venida del ejército es a librarlos de la opresión i tiranía o hacer a todos felices i ricos, no en clase de colonos, sino de nación unida, libre de toda dependencia de Europa. Que el ejército no viene como conquistador sino como auxiliar i protector, que

los españoles europeos serán considerados i protegidos, siempre que no tomen las armas i que no obren directamente contra los patriotas.

Si el ejército de la patria, que debe venir del Perú, tuviese siete mil hombres bien disciplinados, podrá desembarcar en las inmediaciones de Pisco. A dos leguas hai una excelente proporción para desembarcar. Allí circulará órdenes i partidas a Ica, Chincha i Cañete con el fin de recojer todas las caballerías, mulas i ganados. Se repartirán muchas proclamas i tambien se oficiará desde Pisco a las corporaciones del Cuzco, Guamanga, Arequipa i todo el interior, para poner esas provincias en insurrección. Puede darse allí libertad a setenta u ochenta negros, los mas advertidos i ladinos, con la condición que pasen a informar de su suerte a las haciendas de Lima i Cañete. De este modo se inutilizarán todos los planes hostiles del virrei. Los esclavos que piensa armar serán los primeros enemigos que tenga, pues éstos se apresurarán a pasarse a los patriotas para lograr la libertad. Esta jamás debe verificarse en el todo si no en algunos pocos.

Situado en Pisco se proveerá de cabalgaduras i engrosará sus fuerzas con las milicias que se les agreguen. En este estado, no perderá momento para acercarse a la capital, i para el logro de esta empresa, deberá hacer al mismo tiempo otro desembarco en Chancai o Guacho, Este puede hacerse con mil hombres i armas para otros tantos, particularmente con lanzas. Allí se puede tomar doscientos a trescientos negros dándoles la libertad con tal de que se unan al ejército i traigan caballos. Se formarán algunas partidas que llamen la atención del virrei a aquel punto a tiempo que el ejército grande opere contra Lima o sus inmediaciones.

Últimamente, si el ejército de la patria pudiese hacer una reunión de ocho mil o mas hombres de desembarco, entonces podrá venir en derechura al puerto de Ancón, cinco leguas en la costa del norte de Lima. Allí se organizará el ejército i marchará con mucha precaución para dar una acción, pero ésta podría ser muí desventajosa por falta de caballería en los patriotas, i aun la artillería de a caballo podría hacer

mucho daño. Si se tomase este último medio, sería preciso hacer antes en Pisco un desembarco de cuatro mil hombres, permanecer allí algunos días hasta que llegue a aquel punto el ejército de Lima, siquiera tres mil hombres i entonces precipitadamente hacer reembarco de toda la jente en una noche i dar la vela en el acto para hacer el desembarco en Ancón, e inmediatamente al siguiente día se tomará a Lima sin resistencia, o a poca costa, porque se la encontrará con dos o tres mil hombres, i lo que es mas, con poca tropa de caballería. Entretanto camina la tropa hacia Lima, se cuidará de bloquear el puerto del Callao i figurar allí un desembarco por la Boca Negra. De esta suerte el resultado es segurísimo.

Nota. Conviene mucho que en Chile no se nombre ni se tome en boca a los sujetos que consideran patriotas en Lima, pues estas conversaciones llegan a noticias de este gobierno i son perseguidos de muerte.

D. N. Elam, prisionero que fue en Chile, ha perjudicado aquí a muchos por haber oído en Chile que estas personas eran patriotas. Trajo una lista que presentó al virrei.”

BULNES, Gonzalo. 1887. *La Expedición Libertadora del Perú. (1817-1822)*. Santiago Rafael Jover (Editor), Tomo 1. pp. 396-397.

Más tarde, al ser nombrado San Martín como general en jefe, el gobierno de Chile le entregó una línea de conducta política para la invasión, otorgándole amplia libertad de acción para definir un plan militar, el que concretó basado en las siguientes ideas generales: i) bloquear Lima y aislar al Virrey; ii) fomentar la insurrección en las localidades en torno a esa ciudad; iii) bloquear Pisco para interceptar los recursos que provinieran del Alto Perú y Arequipa; y iv) marchar hacia el interior, ocupando localidades de interés en la Sierra. Como se puede observar, el criterio de ir en ayuda para liberar al Perú y no conquistarlo, influyó de modo especial en las resoluciones del general. Tanto así que, teniéndolo en cuenta, es posible entender su renuencia a buscar una batalla decisiva, hecho que se haría sentir en el decurso de la expedición. Definitivamente, su idea de acción no contemplaba la destrucción del adversario,

sino sumar adeptos a la causa y lograr la caída del imperio español por falta de apoyo, para luego negociar una nueva forma de gobierno.

Por su parte, el almirante Cochrane, comandante de la Escuadra Nacional, en marzo de 1820 presentó al gobierno su propia idea de maniobra, en un contexto de alta incertidumbre sobre la realización de la expedición. Esta consideraba la asignación de una fuerza de 2.000 efectivos, con los cuales buscaría revolucionar el Perú y batir en detalle a las fuerzas del Virrey. A diferencia de San Martín, el almirante hacía una propuesta audaz, basada en la sorpresa y en la acción directa sobre el enemigo.

Sin embargo, sus detractores en el gobierno dejaron de manifiesto las suspicacias en torno a su persona, allanando el camino para resolver las dudas que tanto apremiaban a San Martín —que con seguridad se sintió amenazado por el liderazgo y el prestigio creciente del marino escocés—, contribuyendo a que el general decidiera persistir en la empresa libertadora. Pronto Cochrane sería informado oficialmente de la resolución de ejecutar la expedición con una dotación de 4.000 efectivos, siguiendo la idea del prócer trasandino, sobre cuyos hombros recaería el mando de la operación. La confrontación entre ambos continuaría afectando la expedición hasta 1822.

En tanto, y como era de esperar, la prolongación de los preparativos y las discordias entre Santiago y Buenos Aires en torno al financiamiento de la empresa, otorgaron la información suficiente para que el Virrey confirmara las aprensiones que se venían levantando desde la victoria de Chacabuco en adelante: Perú sería invadido primero desde el sur y debía adoptar las medidas que la situación ameritaba.

Es más, a inicios de 1820 ya contaba con antecedentes concretos sobre la invasión, en especial de los intensos preparativos y de la frenética búsqueda de financiamiento. Sin embargo, no pudo acceder a los planes estratégicos, materia en la que San Martín era extremadamente celoso —como ya lo había demostrado con el cruce de los Andes—, imponiéndole una cuota de incertidumbre que no pudo ser despejada hasta que las fuerzas patriotas desembarcaron en territorio peruano.

Esta situación obligó al Virrey a dividir sus fuerzas en torno a lo que estimaba como posibles objetivos a proteger: i) Arica, por el acceso hacia las zonas proveedoras de grandes recursos, como Arequipa, Cuzco y el Alto Perú;

ii) Lima y alrededores, donde se situaba el centro político y económico del virreinato, así como uno de los accesos principales hacia la Sierra; iii) Trujillo, en la costa norte, por su entrada hacia un rico valle y hacia la Sierra; y iv) Guayaquil, donde funcionaba el principal astillero de la región.

Preparación de la Expedición Libertadora

El honor de Chile

Las autoridades políticas de Chile —y, en particular, el director supremo Bernardo O'Higgins— mantuvieron la expedición como una prioridad nacional, a pesar de todos los contratiempos que surgieron desde 1818, dentro de los cuales destacó la escasez de recursos y la creciente amenaza de una expedición que partiría desde España para someter los procesos revolucionarios.

En primer término, cabe reconocer la férrea voluntad del general O'Higgins por llevar a cabo la expedición. En todo momento dejó claro que no solo estaba en juego su prestigio y su sentido de compromiso, sino que también el honor de Chile, cuyo gobierno encabezaba. Estas fueron razones de sobrada importancia al momento de perseverar en todo lo necesario para lograr la conformación de la fuerza requerida para asegurar la libertad de Chile y Sudamérica. Prácticamente no hubo dificultad que lograra afectar su decisión política y estratégica, a pesar de la amenaza peninsular y de los titubeos y retrasos de Buenos Aires a la hora de cumplir con su parte del compromiso adquirido. Incluso no dudó en recurrir directamente a sus relaciones personales para obtener apoyo, en aspectos tan variados como la recolección de dinero, o la reunión de información sobre la situación política y social en Perú.

Además de enfrentar las dificultades materiales de la empresa en ciernes, también tuvo que asumir las dudas de algunos líderes respecto de sus capacidades, en especial del propio San Martín, quienes no le otorgaban el crédito de poder obtener los recursos faltantes para organizar la fuerza expedicionaria. Por ello hubo quienes recelaban de sus aptitudes y, además, se mantenían

distantes en momentos cruciales en los que el apoyo a su gestión resultaría, además de necesario, estimulante.

Con todo, O'Higgins dio muestras de perseverancia y de una notable visión política y estratégica, que es posible sintetizar en los siguientes hechos relevantes: i) su gobierno se orientó principalmente a la obtención de recursos y a formar un ejército expedicionario; ii) nunca perdió de vista el verdadero objetivo estratégico, a pesar de la situación interna en el Río de la Plata y del peligro de una expedición española; iii) hizo lo posible para contener las diferencias políticas que podrían afectar el propósito libertador; y iv) aplacó las críticas contra San Martín, además de ejercer presión para su pronto retorno a Chile, pues ya tenía resuelto que sobre él recaería el mando de la fuerza expedicionaria. En resumen, hizo todo lo que estuvo a su alcance para mantener la liberación del Perú como un asunto prioritario y de interés nacional.

Por su parte, el Senado —que junto al Cabildo de Santiago le otorgaron un apoyo vital para el éxito en la conformación del nuevo ejército— pretendía que la expedición fuera comandada por O'Higgins, principalmente porque consideraba que la negativa rioplatense a aportar lo convenido transformaba el esfuerzo de guerra en un asunto exclusivamente chileno. A ello se agregaba la tardanza de San Martín en regresar a Chile, que se interpretaba como un decaimiento de su interés por participar en la inminente campaña al Perú.

Dadas estas condiciones, el Senado consideraba que una expedición “propia de Chile” —que asumía prácticamente todos los costos y otorgaba la bandera bajo la cual se organizaba la fuerza— debía ser comandada por un general chileno. Pero este propósito encontró el más profundo rechazo en el Director Supremo, quien concibió y defendió tenazmente que el mando recayera en el general San Martín.

Ante la señalada negativa, en febrero de 1820 el Senado lo autorizó para que nombrara general en jefe al vencedor de Maipo, quedando de esta forma sometido a la autoridad del gobierno de Chile, de quien emanaba su nombramiento y la potestad para dirigir una fuerza que le era propia.

Al nombrarlo general en jefe del Ejército Libertador del Perú, se le confirmó que contaría con una fuerza de 4.000 efectivos, sobre los cuales ejercería el mando de acuerdo a la usanza de la época, que circunscribía la autoridad a las fuerzas declaradas en campaña y al territorio donde se desarrollarían las

operaciones. En este caso, lo primero se concretaba en los cuerpos de armas que pronto se concentrarían en Rancagua y después en Quillota; mientras que lo segundo lo sería en suelo peruano, algunos meses más tarde. Este aspecto que podría parecer menor, se destaca por el hecho que, durante toda la etapa de preparación de la fuerza, hubo que sortear muchísimos problemas derivados de la mantención y ubicación de las tropas, por cuanto los suministros y el territorio seguían bajo la tutela de otras autoridades, siendo uno de los aspectos al que O'Higgins le dedicó un particular interés para evitar mayores interferencias⁹.

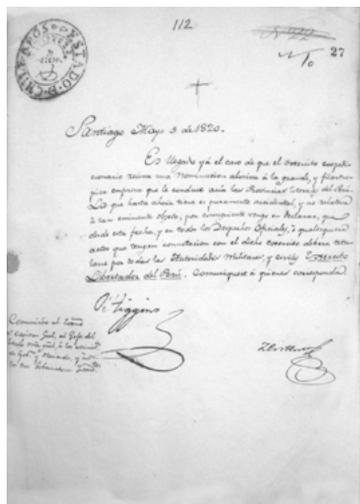
No obstante, hay un elemento necesario de tener en cuenta para la comprensión de los sucesos posteriores referidos al mando del ejército, cual es la autoridad conferida a San Martín por los oficiales del Ejército de los Andes —que integraría la expedición— para ejercer como su comandante. En efecto, dada la compleja situación política y económica de las Provincias Unidas —cuyo gobierno había sido derrocado en un golpe de fuerza— el citado ejército quedó sin autoridad alguna que legitimara su conformación y presencia en Chile; es decir, carecía de mandato político. Ante esta anomalía, el prócer de Chacabuco y Maipo sugirió que sus oficiales lo confirmaran en el mando por la vía de una votación abierta, obteniendo así la legitimidad que requería su investidura, en un hecho sin precedentes y ajeno a los usos militares.

Como se observa, en este acto se consumó lo que podría llamarse una coexistencia de mandatos para el ejercicio del cargo: uno proveniente del gobierno de Chile, y otro proveniente de los oficiales rioplatenses, cuyos cuerpos de armas estaban integrados mayoritariamente por chilenos y que recibían su sostenimiento de este país desde 1818¹⁰. Este hecho, por sí reñido con la doctrina castrense, desnaturaliza el sentido de un ejército nacional, cuya legitimidad solo emana de la autoridad política facultada para conformar y disponer su empleo.

9 Como una forma de superar estas dificultades, San Martín fue autorizado para entenderse directamente con las oficinas que se ocupaban de los preparativos, considerando que así podría agilizar alguna gestión, o impulsar a los encargados para llevarlas a cabo. En los hechos, su presencia y prestigio operaban como incentivo para asegurar que cada recurso se pusiera a disposición del ejército, en los tiempos y cantidades requeridas.

10 Mayores antecedentes sobre la elección de San Martín como general en jefe del Ejército de los Andes, en Barros Arana (2005), *Historia General de Chile*. Ed. Universitaria y Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, Tomo XII, parte octava, capítulo XIX, pp. 414-418. También existe una fundada opinión en la citada obra de Gonzalo Bulnes, Tomo I, capítulo V, pp.190-195.

El Ejército Libertador del Perú



Decreto que oficializa la denominación de “Ejército Libertador del Perú”. Contenido en el Volumen N°93, del Fondo Ministerio de Guerra, del Archivo Nacional Histórico de Chile

Decreto que da la denominación al Ejército Libertador del Perú

“Santiago, mayo 9 de 1820.

Es llegado ya el caso de que el ejército expedicionario reciba una denominación alusiva a la grande y filantrópica empresa que le conduce hacia las provincias litorales del Perú. La que hasta ahora tiene es puramente accidental, y no relativa a tan eminente objeto.

Por consiguiente, vengo en declarar que desde esta fecha, y en todos los despachos oficiales o cualesquiera actos que tengan connotación con el dicho ejército, deberá titularse por todas las autoridades militares y civiles Ejército Libertador del Perú.

O'Higgins – Zenteno”

ARANA, Barros (2005), Historia General de Chile. Ed. Universitaria y Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 2005, Tomo XII, parte octava, capítulo XIX, pp.418-419.

En mayo de 1820, O'Higgins dictó un decreto que ordenó hacer desaparecer las referencias al Ejército de Chile y al Ejército de los Andes, disponiendo que la fuerza que se aprestaba en Rancagua se denominara "Ejército Libertador del Perú", el que quedó conformado por dos divisiones: una de Chile y una de los Andes. De esta forma se atenuaba, en parte, el vacío de legitimidad de los cuerpos trasandinos, otorgando a sus oficiales nombramientos que contaban con el respaldo del gobierno de Chile. No obstante, las diferencias internas persistirían y tendrían importantes efectos durante las operaciones en Perú.

Conformación de un ejército de operaciones

A partir de febrero de 1820 los cuerpos del Ejército de los Andes iniciaron su traslado hacia Rancagua, donde continuaron con la completación de sus dotaciones —como, ya se citara, con ciudadanos principalmente chilenos— a los que se fueron sumando diversas unidades del Ejército de Chile, que no estaban empeñadas en las campañas del sur contra los últimos bastiones realistas en la zona del Biobío.

Las condiciones de concentración fueron extremas, principalmente por la falta de recursos, ya que el gobierno se negaba a gastar los fondos que había logrado reunir para la expedición. A pesar de ello, los aprestos continuaron y se focalizaron en las siguientes actividades: i) recaudación para la caja de guerra; ii) fabricación de munición de artillería y de fusiles; iii) completación del vestuario y equipo; y iv) preparación de la caballada y carros para el transporte de enseres y bastimentos. Pero el rubro crítico era la incorporación de personal, ya que se hacía muy difícil convencer a los ciudadanos de convertirse en soldados —después de siete años de guerra— y que siguieran luchando en otro territorio y por la independencia de otro país. A lo anterior es necesario agregar que, en la época, el sentido de nacionalidad no se encontraba totalmente desarrollado, siendo probable que muchos individuos no comprendieran los alcances políticos del sacrificio que se les exigía, como tampoco los beneficios que les acarrearía esta expedición. Bajo estas condiciones, el reclutamiento

se basó de modo importante en la generación de expectativas con cargo a futuras remuneraciones, pero cuando esto no fue suficiente se recurrió a la leva, debiendo destinar importantes medios para el control de las deserciones, que ocurrían a diario.

En mayo se resolvió el traslado del ejército a Quillota, zona elegida para establecer un “cantón de embarque”, iniciándose el desplazamiento en los primeros días de junio, con una fuerte custodia de tropas de caballería para evitar nuevas deserciones. A fines de ese mes, el ejército se encontraba concentrado y en condiciones de acercarse al puerto de embarque en cuanto fuera ordenado.

Pero el estado de concentración no logró aplacar las deserciones, siendo necesario destacar medios de la Guardia Nacional, comandados por oficiales de confianza, para montar un verdadero cerco en torno a los cuerpos de armas acantonados en las cercanías de Quillota. Para ello se desplegaron puntos de control en San Isidro, Limache, La Dormida, Ocoa, El Melón, La Ligua y Puchuncaví, a los que se agregaron piquetes de caballería para vigilar las alturas costeras por donde podían transitar personas.

Al iniciarse el mes de junio de 1820 la totalidad de los cuerpos que estuvieron acantonados en Rancagua, así como los que se formaron en Santiago y los traídos desde la Frontera araucana, se encontraban en su zona de concentración definitiva, dando inicio a la etapa final de su preparación previa al embarque. Para fines del mismo mes su fuerza alcanzaba a 4.962 efectivos, incluyendo al batallón que se había formado en Coquimbo. Como una fuerza de tal envergadura implicaba un considerable gasto para el Estado, se dio paso a las más diversas presiones para acelerar su partida, ya que mientras estuviera en el país y en tierra, su soporte recaía totalmente sobre las alicaídas arcas fiscales. Había que acelerar el zarpe, pero aún faltaban varias semanas para iniciar su aproximación hacia Valparaíso y embarcarse rumbo a Perú.

A esta fuerza le fueron segregados 478 efectivos —24 oficiales y 454 hombres de tropa—, de los cuales 170 fueron destinados para guarnecer los fuertes de Valparaíso, mientras que del resto se sacaron los que fueron incorporados a la marinería y a las guarniciones de los buques de la Escuadra.¹¹ De

¹¹ No se han encontrado fuentes que permitan afirmar cuántos soldados se incorporaron a la Escuadra, por lo que en esta cifra también hay que considerar a los posibles enfermos y desertores.

esta forma, en los cuerpos que conformaron el Ejército Libertador pasaron revista previa al embarque 23 jefes, 273 oficiales y 4.118 sargentos, cabos y soldados. A ellos se agregaban 58 oficiales y civiles que —sin ser parte de la fuerza de los cuerpos de armas—conformaron el comando y el estado mayor, entre los que se destacaba la presencia de los generales Juan Antonio Álvarez de Arenales y Toribio de Luzuriaga, cuya función sería asumir el mando de las fuerzas peruanas que se sumarían a la expedición una vez desembarcada en ese territorio.

El detalle de este grupo es el siguiente: cuatro edecanes y tres secretarios administrativos del general en jefe; el jefe del estado mayor, brigadier Juan Gregorio de Las Heras, con veintidós ayudantes; dos generales para el comando de fuerzas peruanas; un jefe de la intendencia con tres oficiales auxiliares; siete cirujanos y doce enfermeros; dos auditores de guerra; y un oficial jefe del parque¹² A ellos se sumaban seis batallones de infantería, dos regimientos de caballería, un cuerpo de artillería, una compañía de artesanos y los cuadros de oficiales y sargentos para formar una unidad de infantería y otra de caballería con tropa peruana.

En lo que se considera uno de los aportes más significativos de Chile a la expedición, es destacable que la mayor parte del contingente eran hijos de esta tierra, incluyendo los cuerpos del Ejército de los Andes que fueron recibiendo reemplazos chilenos desde 1817, en un proceso continuo que fue reconocido por las autoridades de la época, cuyas versiones varían desde la mitad hasta los dos tercios de la tropa¹³. Estos antecedentes permiten calcular en alrededor de 2.000 los soldados chilenos en los cuerpos de la división de los Andes al momento de partir hacia Perú.

En otro trascendental aporte a la expedición, desde 1819 el gobierno de Chile tenía suscrito un contrato para el transporte de las fuerzas, el ganado y la carga, además de la alimentación para cinco meses, adjudicado a la firma “Solar, Peña, Sarratea y Cía.”, en un procedimiento inédito en nuestro país,

12 Mayores detalles sobre este grupo en la citada obra de Barros Arana, Tomo XII, pp. 453 y 454.

13 En el capítulo VI de la obra de Gonzalo Bulnes existe abundante información, debidamente acreditada, que da cuenta de la masiva presencia de soldados chilenos en los cuadros transandinos, destacándose las versiones entregadas por O’Higgins, San Martín, Tomás Guido y González Balcarce, las que fueron recogidas por Bartolomé Mitre en una publicación titulada “Comprobaciones”.

14 Detalles del contrato y sus condiciones en las citadas obras de Barros Arana y Bulnes.

Estado de fuerzas del Ejército Libertador del Perú hacia julio de 1820

General en Jefe del Ejército Expedicionario	José de San Martín y Matorras
Jefe de Estado Mayor	Juan Gregorio de las Heras

División Chile

Unidades	Fuerza	Comandante	Unidad actual (heredera)
Compañía de Artillería de Chile	390	Teniente coronel José Manuel Borgoño	
Batallón N° 2 (Chile)	630	Coronel José Santiago Aldunate	Batallón de Infantería Motorizado N° 2 "Maipo".
Batallón N° 4 (Chile)	679	Coronel José Santiago Sánchez	Batallón de Infantería Motorizado N° 4 "Rancagua"
Batallón N° 5 (Chile)	344	Coronel Mariano Larrazábal	Batallón de Infantería Blindada N° 5 "Carampangue"
Batallón N° 6 (Chile)	53	Coronel Enrique Campino	
Escuadrón de Dragones (Chile)	30	Teniente coronel Diego Guzmán	Grupo Blindado N° 6 "Dragones"
Compañía de artesanos	53	Capitán de artillería Luis Beltrán	

División Los Andes

Unidades	Fuerza	Comandante
Dos Compañías de Artillería de los Andes	213	Sargento mayor graduado Juan Pedro Luna
Batallón N° 7 (Ejército de Los Andes)	461	Coronel Pedro Conde
Batallón N° 8 (Ejército de Los Andes)	480	Coronel Enrique Martínez
Batallón N° 11 (Ejército de Los Andes)	590	Sargento mayor Román Antonio Deheza
Regimiento Granaderos a Caballo (Ejército de Los Andes)	421	Coronel Rudecindo Alvarado
Regimiento Cazadores (Ejército de Los Andes)	283	Coronel Mariano Necochea
Total	4.627	

Fuente: Diego Barros Arana, Historia General de Chile. Tomo XII. Santiago, Rafael Jover (Editor), 1892, página 645. Las denominaciones de "Chile" y "Andes", y los nombres de los comandantes fueron sacadas de Gonzalo Bulnes, Historia de la Expedición Libertadora del Perú, 1817 – 1822. Santiago, Rafael Jover (Editor), 1887, páginas 207 – 209, y de Gerónimo Espejo, Apuntes históricos sobre la Expedición Libertadora del Perú. 1820. Buenos Aires, Imprenta y Librería de Mayo, 1867, página 16.

pero ampliamente utilizado en Europa, en lo que se considera el primer paso decisivo para ratificar la resolución de marchar hacia Perú. En efecto, prácticamente un año antes de lograr conformar la fuerza y acopiar los recursos básicos, ya estaba solucionado el problema de su traslado hacia su zona de empleo.¹⁴

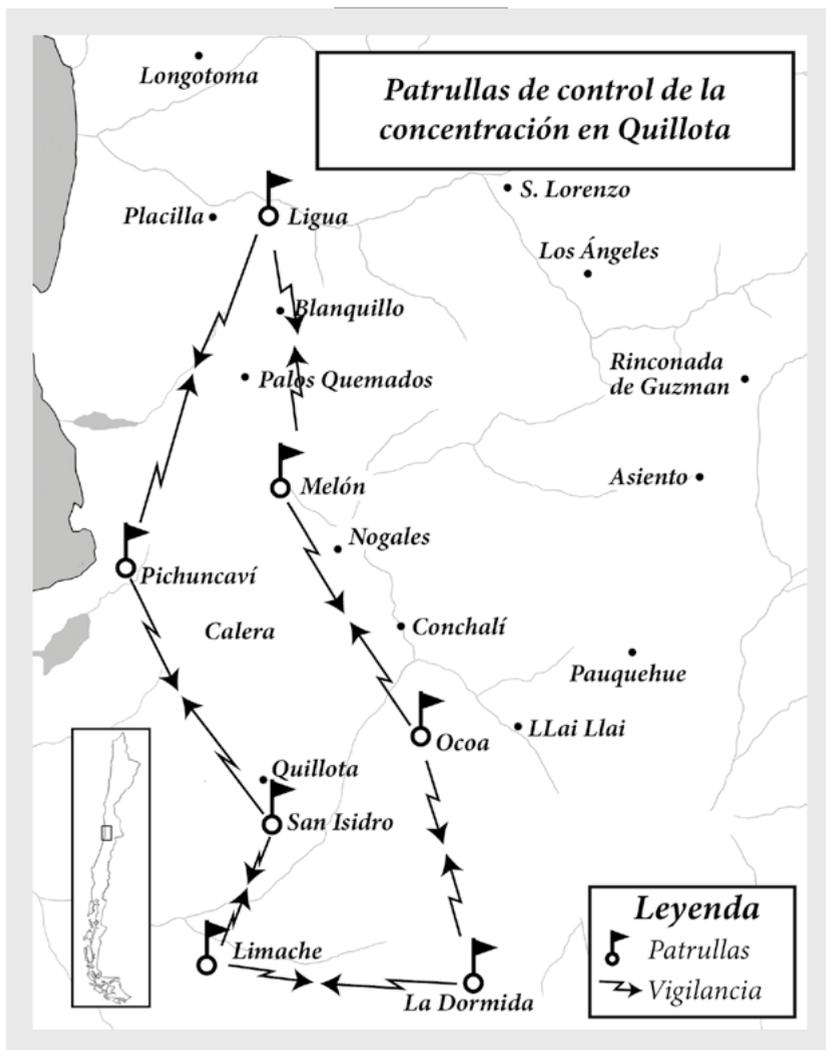
El último aspecto a considerar en la preparación del Ejército Libertador del Perú es la necesaria referencia a la recaudación de fondos, que con mucho sacrificio logró superar levemente la suma de \$600.000, lo que daba cuenta de la capacidad de las autoridades para solucionar un escollo en extremo relevante, recurriendo a las formas más variadas y a la sensibilización de todos los cuerpos de la sociedad, ya muy empobrecida por casi una década de revolución. El detalle de los recursos para la expedición es el siguiente: ¹⁵

Petición a extranjeros y público en general	\$120.000
Aportes a través de la recaudación del diezmo	\$50.000
Aporte de boticas y privados para especies sanitarias	\$40.000
Cobro anticipado de deudas al Estado	\$68.889
Contribución de la ciudad de Santiago	\$73.732
Contribución de las ciudades entre Coquimbo y Talca	\$1.000
Reasignación de partidas presupuestarias	\$36.879
En poder del gobierno para este fin	\$160.000
Total	\$600.500

Con los aspectos materiales ya resueltos, el 13 de agosto de 1820 se inició el traslado de los cuerpos desde la zona de concentración en Quillota hacia Valparaíso. Múltiples coordinaciones permitieron que en forma ordenada fueran llegando hasta los lugares de embarque, cuya faena se inició durante la mañana del día 18 y se extendió hasta el final del día siguiente: más de 4.000 hombres, 800 caballares, 35 piezas de artillería, 15.000 fusiles y 2.000 sables para las fuerzas que se organizarían en Perú; municiones, forraje, alimentos para cinco meses, atalajes y otras vituallas. Una notable muestra de eficiencia, desarrollada en medio de una multitud que se agolpó en las inmediaciones para despedir a los soldados, o simplemente para presenciar un verdadero espectáculo militar, coronado por la presencia de siete buques de guerra,

¹⁵ Ver Gonzalo Bulnes, obra citada, Cap. VI, pp. 201-206.

Mapa N° 1



dieciséis naves mercantes y once lanchas cañoneras. Una flota jamás vista en América del Sur (ver mapa N° 1).

El 20 de agosto de 1820, en medio de la algarabía de los ciudadanos del puerto, cuyos edificios amanecieron embanderados, el general San Martín dispuso el zarpe de la expedición, cuyas naves levaron anclas a partir de las dos de la tarde, iniciando un lento, pero seguro andar hacia el norte. Previamente,



“O'Higgins contempla el zarpe de la Primera Escuadra Nacional”.

Óleo de Alberto Sepúlveda.

Museo Marítimo Nacional. Archivo y Biblioteca Histórica de la Armada.

ese mismo día, el Director Supremo Bernardo O'Higgins le entregó sus despachos como capitán general del Ejército de Chile, junto a una proclama que debía ser leída en cada buque al día siguiente, en la que, además de motivar a los soldados, les recordaba la trascendencia de la misión que recaía sobre los hombros de cada uno de ellos.

Finalmente, cabe una referencia a las instrucciones entregadas por el Director Supremo al General en Jefe. En los hechos, O'Higgins otorgó a San Martín las más amplias facultades, llegando incluso a exceder los límites que la Ordenanza del Ejército otorgaba a los comandantes en campaña. La única condición que le impuso se relacionaba con asegurar el reconocimiento de la independencia de Chile y de las Provincias Unidas del Río de la Plata, que, como se observa, se situaba en el plano político, dejando abiertas todas las opciones posibles en el ámbito militar, como concederle autoridad para efectuar nombramientos de personal y para concentrar en su persona un amplio poder en materia de justicia castrense.¹⁶ Toda una innovación que contrariaba

¹⁶ Las ordenanzas vigentes en la época consideraban la subordinación de la fuerza como un elemento central de sus postulados, por lo que llama la atención que el Director Supremo decidiera romper con esos moldes y permitiera que un general en jefe obtuviera extraordinarios niveles de libertad de acción.

abiertamente las intenciones del Senado de Chile, que además de pretender que la expedición fuera comandada por un general chileno, emitió un documento en el que sugería veinticinco instrucciones para el general San Martín, el que, sin invadir la esfera militar, pretendía orientar la conducta política que debía observar. En efecto, la Corporación estimaba que, si Chile financiaba la expedición, la dotaba de amplios recursos humanos y le otorgaba su bandera, tenía pleno derecho a imponer condiciones que aseguraran los intereses del país, incluyendo el envío de un representante político que acompañase al general en jefe, con la misión específica de resolver los asuntos diplomáticos que se presentaran entre Chile y Perú. Esta contrariedad entre las más altas autoridades del país, deliberadamente soslayada por el Director Supremo, trajo importantes consecuencias que afectaron severamente el resultado del esfuerzo de guerra, siendo necesario tenerla en cuenta en el futuro análisis de las operaciones en territorio peruano.

Proclama el Director Supremo al Ejército Libertador del Perú

“Soldados, yo he sido muchas veces testigo de vuestro coraje, i sé lo que debo esperar de vosotros en la campaña mas importante de la revolución. El jeneral que os manda es el mismo que os llevó al campo de batalla en Chacabuco i Maipo: acordaos de lo que hicisteis entonces, ipensad en el glorioso destino que os aguarda!

Soldados de los Andes, vosotros disteis la libertad a Chile. Id al Perú i dejad escrito vuestro nombre con la sangre de los que lo oprimen.

Chilenos, vuestra intrepidez i la de las tropas auxiliares salvaron a la república segunda vez amenazada en la jornada de 5 de abril; seguid la carrera de la gloria i mereced la gratitud de los habitantes del Perú, así como habéis merecido la de vuestra patria.

Ejército expedicionario, marchad a la victoria, id a poner término a las calamidades de la guerra, i a fijar la suerte de todas las jeneraciones venideras: estos son los deseos i las esperanzas de vuestro amigo i compañero O’Higgins.”

Bulnes, Gonzalo, Historia de la Expedición Libertadora del Perú (1817-1822), Santiago, Rafael Jover (Editor), 1887, pp. 227.

El inicio de la expedición

Traslado de la fuerza hacia Perú

La apoteósica despedida que Valparaíso brindó a las tropas debió infundir variados sentimientos y sensaciones en cada integrante del Ejército: júbilo, orgullo, patriotismo... entre muchos otros, que con seguridad sirvieron de motivación y aliciente a medida que las naves se hacían a la mar y enfilaban rumbo al norte. No era para menos. Marchaban hacia la gloria, a contribuir con la libertad de América —aunque para muchos estuviera más allá de su comprensión—, y dar lo mejor de sí por un noble ideal. Así partieron, y con el transcurrir de los días las sensaciones debieron aplacarse en medio de la rutina del viaje, el hacinamiento y la tensión propia que generaban los aprestos para enfrentar una campaña.

Al quinto día de viaje el convoy alcanzó Coquimbo, donde se les unió el Batallón N° 2 de Chile —formado en esa zona— con lo que la fuerza quedaba completa y en condiciones de proseguir hacia su objetivo. Al día siguiente (26 de agosto) se reanudó el viaje, en cuyo trayecto enfrentó condiciones climáticas adversas que dispersaron parte importante de las naves, sin que ello implicara inconvenientes mayores para el cumplimiento de la misión, principalmente por las medidas de coordinación previstas para estos casos. Con todo, el 7 de

septiembre la flota alcanzó la caleta de Paracas, situada tres leguas¹⁷ al sur del puerto de Pisco, zona rica en recursos para abastecer al Ejército, lo que era una tarea a la que el General en Jefe debía dedicar una especial atención, previo al inicio de cualquier operación. En los días siguientes arribaron las últimas naves que habían sido dispersadas por el tiempo atmosférico, completándose pronto el total de la fuerza expedicionaria.



Estandarte del Ejército Libertador del Perú.

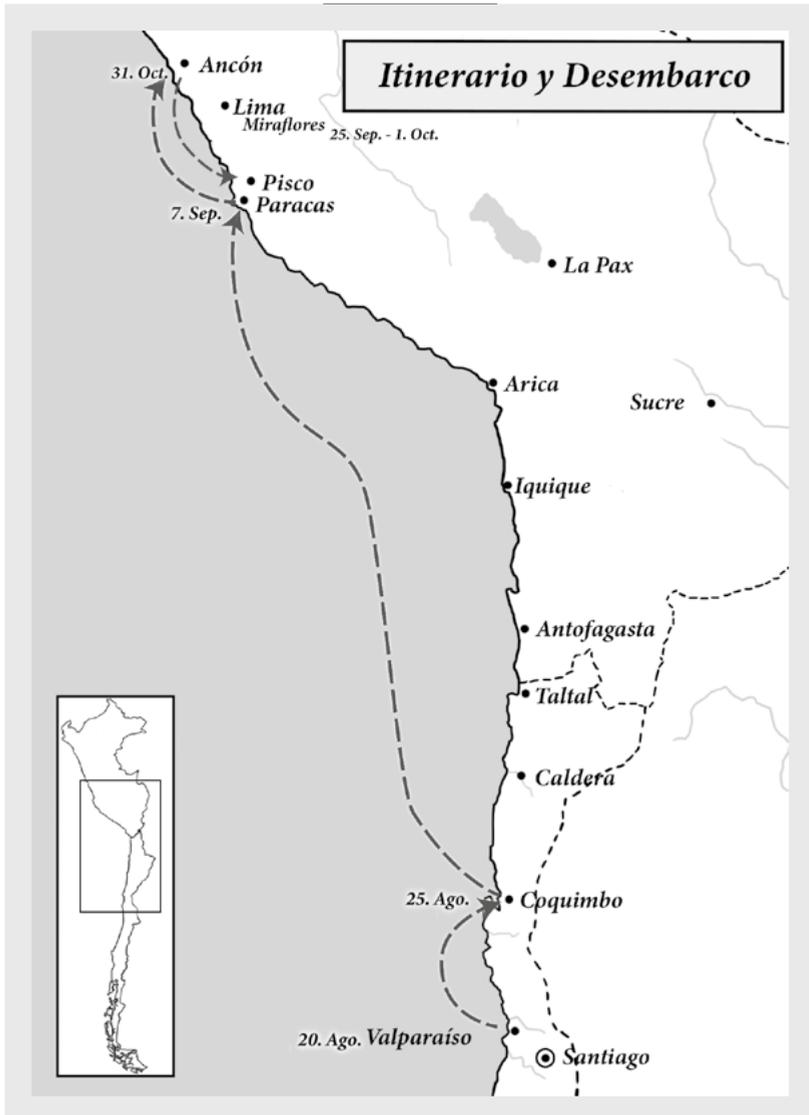
Desembarco en Paracas y ocupación de Pisco

El desembarco de las tropas se inició el 8 de septiembre de 1820, sin oposición alguna. Hecho lo anterior, pudieron verificar una información recibida con antelación, que daba cuenta de las instrucciones recibidas por las fuerzas locales en el sentido que debían limitarse a observar y a evitar que

¹⁷ Como criterio común, una legua puede considerarse equivalente a 5 kilómetros.

los invasores tuvieron acceso al ganado caballar y mular que abundaba en la zona. Efectuado el reconocimiento de rigor, el general San Martín ordenó el desembarco de una división al mando del general Juan Gregorio de Las Heras, compuesta por los batallones de infantería N° 2, 7 y 11, cincuenta jinetes de

Mapa N° 2



granaderos y dos piezas de artillería, sumando aproximadamente unos 1.150 efectivos.

Ese mismo día la división inició la marcha hacia Pisco, siendo observada a buena distancia por piquetes de caballería que eludieron el contacto. Al llegar, encontraron una localidad saqueada y sin rastros de ganado, por lo que iniciaron los aprestos para el arribo del resto del Ejército que continuaba desembarcando, y continuaron enviando patrullas de reconocimiento en distintas direcciones (ver mapa N°2).

Dos días después concluyeron las actividades de desembarque y se inició la instalación de las unidades y del cuartel general en Pisco, donde San Martín dio inicio a una intensa actividad política y militar, entre lo que se destaca: i) emitió un documento dirigido a las autoridades españolas, en el que les ofrecía la opción de mantenerse en sus puestos en forma interina, sujetos a evaluación; ii) difundió una advertencia a los peruanos sobre el engaño que ocultaba la jura de la Constitución española, que el Virrey había dispuesto efectuar en esas fechas; y iii) dictó normas de comportamiento para las tropas libertadoras, tendientes a evitar excesos y desmanes que afectaran la adhesión de los peruanos a la causa de su independencia.

En paralelo, envió emisarios hacia la sierra —donde más tarde operaría el general Arenales— para informar de su llegada e incentivar a colaborar con la causa. Asimismo, a través de enlaces que mantenía en Lima y El Callao, tomó contacto con personas allegadas a los mandos del batallón Numancia, que se habían manifestado dispuestos a defeccionar¹⁸. Finalmente, incentivó a los esclavos de la zona a unirse al Ejército Libertador, encontrando amplia aceptación entre quienes veían la opción de obtener la libertad personal, más que contribuir a una causa.

Estando en Pisco, el general en jefe recibió a un emisario del virrey La Serna que, contra todo pronóstico, lo invitaba a una conferencia de paz. Con el ánimo de ganar tiempo, San Martín aceptó iniciar tratativas, las que se

18 El batallón estaba principalmente conformado por oficiales y soldados venezolanos, y había sido enviado por el Virrey de Nueva Granada el año anterior. A pesar de su carácter realista, entre sus integrantes abundaban quienes habían sido enrolados como castigo por sus inclinaciones revolucionarias en sus regiones de origen, lo que explica su disposición a unirse al Ejército Libertador. Ver: Barros Arana, obra citada, Tomo XIII, Cap. Segundo, pp.89 y ss.

efectuaron en la localidad de Miraflores, próxima a Lima. Desde el inicio, los concurrentes plantearon propuestas muy complejas complejas como para ser aceptadas, como jurar la Constitución española, o aceptar sin más la independencia de Perú, entre otras.

Así se llegaba al final del año 1820, con ambos líderes —San Martín y La Serna— constreñidos en sus propias dudas y aflicciones: el primero, intentando independizar Perú sin causar reveses que hirieran a su población; el segundo, buscando cómo expulsar a una fuerza invasora a la que se le permitió desembarcar e instalarse en su territorio sin oposición alguna.

Las operaciones militares

1820: Las acciones iniciales en la Sierra peruana

Al desembarcar en Paracas, San Martín pudo evaluar la reacción monárquica y de la población civil, que no podía permanecer impávida ante el desembarco de un ejército extranjero en las cercanías de la capital del virreinato. Hecho esto, y mientras sus emisarios concurrían a las tratativas en Miraflores, ordenó la preparación de una expedición hacia el interior, con la misión de obtener la adhesión hacia la causa de la emancipación.

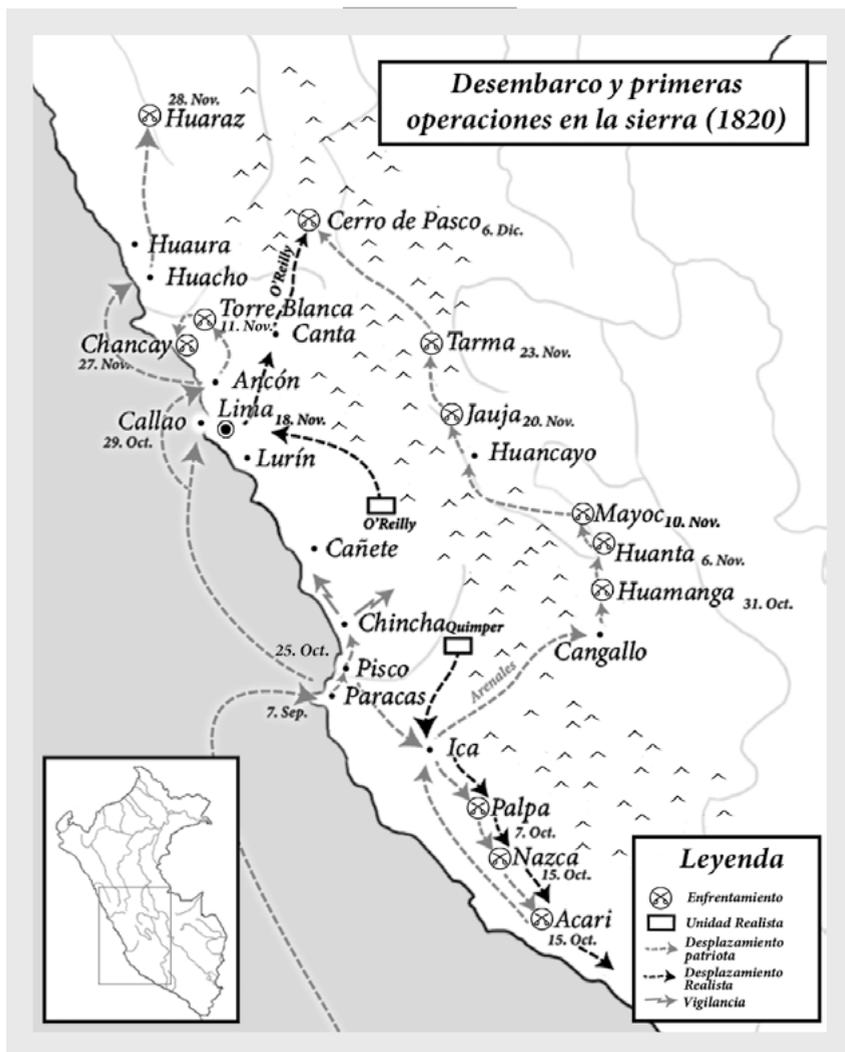
Esta fuerza inició sus preparativos, al mismo tiempo que el ejército se desplegaba en la zona general de Paracas, en conocimiento de la presencia de unidades adversarias en las inmediaciones de Cañete —por el norte— y en Pisco —por el sur—, bajo el mando del brigadier Diego O’Reilly y del comandante Manuel Quimper, respectivamente. Ambos habían sido enviados por el Virrey desde Lima, con la misión de observar a los patriotas y enfrentarlos solo si iniciaban acciones en su contra, debiendo replegarse hacia la capital si el enemigo se reembarcaba y proseguía viaje hacia el norte, como era esperable. Este antecedente adquirirá relevancia en el análisis de los hechos posteriores, por cuanto la orden fue cumplida parcialmente, contribuyendo al éxito de las operaciones patriotas hacia el interior, como se verá más adelante.

En efecto, al aproximarse los patriotas hacia Pisco, el comandante Quimper se retiró hacia Ica, contrariando lo ordenado y aislándose de toda opción de apoyo y de actuar junto a las tropas situadas en Cañete (ver mapa N° 3). Sin embargo, es preciso considerar que este comandante pudo haber fundado su resolución en el conocimiento que, desde el Alto Perú, se aproximaba una brigada al mando del coronel Mariano Ricafort, compuesta de dos batallones de infantería y dos escuadrones de caballería, aunque difícilmente pudo conocer su ubicación exacta.

Tras el esperable fracaso de las negociaciones, el general Arenales recibió la orden de internarse hacia la sierra peruana, al mando de una división compuesta por 1.138 efectivos, distribuidos en los batallones de infantería N° 2 de Chile y N° 11 de los Andes, parte de los escuadrones de Granaderos y de Cazadores, más dos piezas de artillería. El 5 de octubre dio comienzo a la marcha hacia el sureste, atravesando un desierto en extremo árido, que representó un serio obstáculo y puso a prueba las capacidades de su tropa, en especial de quienes marcharon a pie. Su primer objetivo fue alcanzar Ica, donde, contrario a lo esperado, no encontró resistencia alguna, puesto que Quimper y sus fuerzas se habían retirado hacia el sur, alejándose cada vez más del resto de las unidades realistas enviadas a Pisco. Como era de esperar, Arenales detuvo la marcha y, mientras promovía la independencia entre las receptivas autoridades locales, envió una expedición en persecución de los fugitivos al mando de su segundo —el comandante Manuel Rojas— y compuesta de ochenta soldados de caballería y ochenta infantes a la grupa.

Desde el inicio de su cometido, esta fuerza recibió desertores realistas que pedían ser aceptados en el Ejército Libertador, los que además de aportar valiosa información contribuyeron al ánimo de los patriotas, que percibían en esos actos la justicia de su causa. Así, el 7 de octubre finalizaron el día enfrentándose a tropas enemigas en Palpa, lo que se repitió más tarde en Nazca y, finalmente, en Acari, donde terminó la persecución. En su progresión, las fuerzas del comandante Rojas causaron importantes bajas, tomaron prisioneros y confiscaron armamento y fondos reales. También nombró autoridades y promovió la independencia en las comarcas, para luego regresar triunfante a Ica el 19 de octubre.

Mapa N° 3



Con la amenaza de Quimper neutralizada, Arenales estaba en condiciones de iniciar la campaña hacia la Sierra, por lo que emprendió la marcha el 20 de octubre, fortalecido por los éxitos recientes y su favorable impacto en la moral de la tropa. En rigor, comenzaban un desplazamiento hacia un territorio difícil, desconocido y lleno de obstáculos, pero de alto valor económico y

militar. Nada parecía interponerse entre la división y su objetivo final, que era tomar contacto con el grueso del ejército en el norte, en cuyo tránsito debía cumplir el objetivo de promover la independencia en la Sierra, e interponerse entre las fuerzas realistas de la costa y las del Alto Perú.

Con el objeto de proteger la espalda de la división Arenales y asegurar la adhesión lograda en Ica y sus alrededores, San Martín envió a esta localidad una reducida fuerza al mando del teniente coronel Francisco Bermúdez acompañado por el mayor Félix Aldao. Para su cometido, debían organizar milicias locales con las que —además de su misión primaria— pudieran proteger a la población y hostilizar a los adversarios que se les presentaran.

Nueve días después de iniciada la marcha de la división Arenales, el Virrey fue informado de la incursión independentista, a la que no dio crédito por su baja magnitud y por su excesiva confianza en la lealtad de las autoridades y de los pueblos de Perú. Tampoco tenía fuerzas en condiciones de interceptar su progresión, por cuanto las tropas de O'Reilly se habían replegado hacia Lima, al verificar que el Ejército Libertador se había reembarcado y se dirigía hacia el norte.

Al mediodía del 25 de octubre la imponente flota había zarpado de Pisco iniciando un lento andar, a vista de la costa, que le llevó hasta El Callao, donde los buques de guerra iniciaron un bloqueo y los transportes continuaron hacia Ancón, lugar en que iniciarían un progresivo desembarco.

Como se observa, el panorama estratégico del Virrey de pronto se tornó más complejo de lo previsto: una fuerza operando en el interior; su principal puerto amenazado por la escuadra enemiga; el grueso del ejército adversario desembarcado siete leguas al norte de Lima; y, para colmo, crecientes muestras de simpatía hacia la revolución, tanto entre la población como entre las tropas, que con demasiada frecuencia se pasaban al bando liberal.

A esa fecha, la división Arenales ya había traspuesto las escarpadas montañas que separan la costa y la sierra peruanas, bajo condiciones climáticas y ambientales extremas, utilizando el paso denominado Castro Virreina, que en su extremo oriental llega a un poblado del mismo nombre. Habiendo recibido una misión amplia que le otorgaba un gran margen de libertad de acción y teniendo dos caminos para proseguir hacia el norte, optó por el más largo, que le permitía alcanzar Huancayo, donde podía interponerse entre

Lima y el Cuzco, es decir, entre los centros de poder europeo e indígena, respectivamente –realidades que convivían en el virreinato, pero no exentas de dificultades y recelos—.

Arenales realizó su marcha hacia el norte en total incomunicación con San Martín, sosteniendo combates de diversa intensidad en Huamanga, Huanta, Mayoc, Jauja, y Tarma, en los que pudo sortear con éxito la dispar oposición que recibió de milicias locales, principalmente, cuyos sobrevivientes iniciaban su propia progresión hacia el norte, en conocimiento de la llegada de refuerzos desde la costa.

El 18 de noviembre una división realista al mando del brigadier O'Reilly había iniciado la marcha hacia Cerro de Pasco, donde debía contener la progresión patriota, sin mayores coordinaciones con otras fuerzas monárquicas y cediendo un amplio espacio a Arenales, que a la fecha se aproximaba a Jauja.

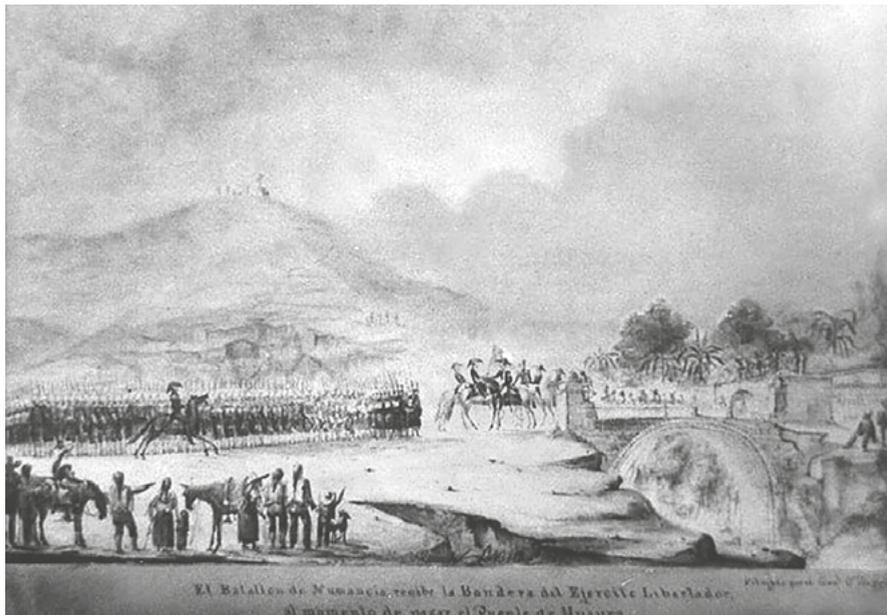
Una vez sometida esta localidad, Arenales continuó hacia Tarma, desde donde se controlaba una importante ruta de acceso hacia Lima y, en especial, se posibilitaba el contacto con una numerosa población indígena que veía con buenos ojos la presencia patriota. Sin embargo, al conocer que la división de O'Reilly ya se encontraba más al norte, decidió dejar una representación para organizar milicias, prosiguiendo luego su marcha.

Ante la aproximación de Arenales, O'Reilly se trasladó hacia el poblado de Cerro de Pasco. En los hechos, las fuerzas realistas ocuparon una posición defensiva apoyada en las alturas y en terrenos pantanosos que caracterizan el lugar. Luego de haber efectuado el reconocimiento de rigor, a las seis de la mañana del 6 de diciembre las fuerzas patriotas iniciaron la marcha hacia el encuentro con el enemigo, precedidas por la vanguardia de caballería y organizadas en tres escalones: dos en primera línea y uno de reserva, ubicados en una posición equidistante de los núcleos de infantería. Cerraba el dispositivo la artillería.

A pesar de las dificultades propias del terreno y contra todo pronóstico, los cuerpos de infantería patriota lograron ganar una altura que les permitió obtener una considerable ventaja, luego de haber activado el dispositivo realista con la artillería. En un frenético ataque, los batallones N° 2 de Chile y N° 11 de los Andes lograron desbaratar la posición adversaria en menos de una hora, mientras la caballería hacía presa de fugitivos y dispersos, con el

resultado general de 78 muertos y 353 prisioneros, entre los que destacaba el teniente coronel Andrés de Santa Cruz, quien pronto se incorporaría al Ejército Libertador e iniciaría un largo camino de figuración militar y política en el Perú. Tres cuartos de hora habían bastado para infligir una dura derrota a los realistas, los que además de parte importante de su personal dejaron en el terreno sus enseñas y bastimentos, incluyendo numeroso material de guerra.

La noticia de la victoria de Cerro de Pasco llegó a conocimiento de San Martín cinco días después, incrementando las sensaciones de júbilo que había producido la reciente defección del batallón Numancia, que desde el 3 de diciembre engrosaba las tropas liberales. Tal era la alegría —que incluso presagiaba buenos augurios para la expedición— que el general en jefe dispuso la creación de medallas y escudos conmemorativos para repartir entre los oficiales, clases y soldados, lo que se esperaba realizar tras cada éxito en combate. Sin embargo, el curso de los acontecimientos impidió que se repitieran expresiones de esa naturaleza.



“El Batallón Numancia recibe la Bandera del Ejército Libertador al momento de pasar el puente de Huaura. Diciembre 1820”. Acuarela atribuida a Bernardo O’Higgins. Museo Nacional de Arqueología, Antropología e Historia, Lima, Perú.

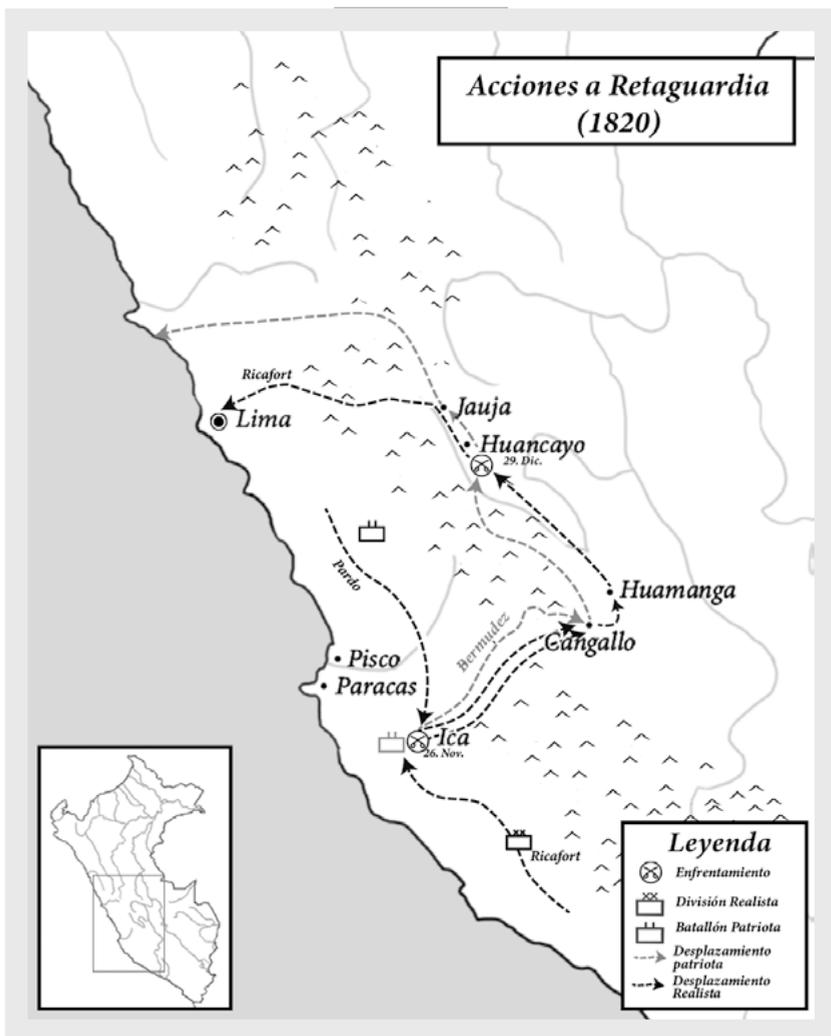
Los notables esfuerzos de la división Arenales pronto cayeron al vacío, por cuanto, en cumplimiento de órdenes previamente recibidas, abandonó la sierra y se trasladó a Huaura, para tomar contacto con el grueso del Ejército, a la fecha desplegado en esa zona general.

Como es de suponer, la reacción del Virrey no se hizo esperar y focalizó sus esfuerzos en dos objetivos: primero, recuperar el control del sector costero en Ica, donde habían quedado el teniente coronel Bermúdez y el mayor Aldao; segundo, concentrar al ejército de reserva y a los medios traídos desde el Alto Perú en Andahuaylas —en la zona sur de la sierra— desde donde iniciaron el sometimiento de los pueblos que había liberado Arenales, en una cruenta represión que generó la resistencia de numerosos poblados indígenas, cuyo espíritu y disposición no bastaron para contener a las tropas monárquicas que operaron sin la oposición de fuerzas regulares

Este fue el contexto en que las fuerzas del comandante Bermúdez fueron obligadas a abandonar Ica con importantes bajas, logrando abrirse paso hasta Huancayo y reunirse con los indígenas adeptos a la causa libertaria, que habían recibido el apoyo de Arenales para organizarse como milicias. El 29 de diciembre fueron atacadas por el ejército monárquico al mando del general Mariano Ricafort, quien les impuso una aplastante derrota que les causó innumerables bajas que las obligaron a dividirse, perdiendo parte importante de su potencia. En efecto, después del combate los comandantes patriotas lograron reunirse más al norte, con la idea de organizar la resistencia; más, luego de desavenencias entre ellos, el comandante Bermúdez abandonó la sierra y se dirigió hacia la costa para reunirse con el grueso del ejército. Por su parte, el mayor Aldao resolvió mantenerse en la sierra, seguido por 250 efectivos, con los cuales continuó alentando el resentimiento por las acciones de represalia realistas, labor que ejecutó exitosamente hasta la llegada de una nueva expedición que durante 1821 ejecutaría el general Arenales (ver mapa N° 4).

El año terminaba con el Ejército Libertador reunido en Huaura, después de haber sorteado una serie de enfrentamientos menores y en espera de una mejor oportunidad para dar la batalla contra los defensores de Lima, y también esperando el regreso de la columna de Arenales y el reagrupamiento de los realistas.

Mapa N° 4



1821: La oportunidad perdida

Los acontecimientos políticos y militares del año anterior crearon las condiciones ideales para que el virrey Joaquín de la Pezuela fuera abiertamente criticado por oficiales de alta graduación, quienes lo responsabilizaban de una

conducción errática frente a la llegada e irrupción de una fuerza enemiga, que había alterado el orden interno y puesto en riesgo la soberanía del Monarca español en Perú. El desenlace fue el esperado, y en enero de 1821 José de la Serna asumió como nuevo Virrey.

En tanto, el Ejército Libertador continuaba desplegado en la zona de Huaura en una actitud defensiva¹⁹, momento en que sus integrantes comenzaron a ser afectados por una epidemia de paludismo, que rápidamente hizo sentir sus efectos en la salud, moral y operacionalidad de la tropa. No obstante, San Martín dispuso las medidas de recuperación respectivas y persistió en la necesidad de introducir un nuevo apremio a los realistas, esta vez en la región sur, con el propósito de promover la insurrección y dividir a las fuerzas enemigas. Como la recluta de efectivos peruanos no había sido tan exitosa como esperaba, decidió solicitar a Chile nuevos refuerzos, los que le fueron negados por no tener el país de donde obtenerlos sin descuidar la guerra en la Frontera, como por considerar también que ya había hecho lo suficiente, llegando a los límites de su capacidad de aporte a la emancipación de Perú.

A pesar de la negativa, el General en Jefe decidió poner en ejecución su idea y en plazos relativamente breves dispuso las siguientes operaciones: i) reforzar al mayor Aldao, que se mantenía en la Sierra avivando la insurrección; ii) ejecutar una campaña hacia el sur, con fuerzas propias; y iii) iniciar una nueva campaña hacia la Sierra.

De esta forma, el 24 de febrero un grupo de oficiales y clases inició la marcha hacia esta última región para disciplinar a las tropas reclutadas por el mayor Aldao —principalmente indígenas—, con las cuales pudo organizar una considerable fuerza que, a pesar del apoyo general de la población local, no pudo aprovechar las ventajas que obtuvo en el hostigamiento de los realistas, los que por meses ejercían el control de ese vasto y rico territorio. Un mes más tarde, el Virrey envió 1.280 efectivos para reforzar la división que comandaba el brigadier Mariano Ricafort, con los que reemprendió el sometimiento de la región llevado a cabo una serie de enfrentamientos en los que salieron victoriosos, especialmente contra los indígenas. Los resultados obtenidos, que

19 Gonzalo Bulnes señala que el 15 de enero de 1821, el Ejército Libertador tenía una fuerza de 6.699 efectivos, considerando solo los cuerpos de armas, desglosados en 5.545 hombres de infantería, 746 de caballería y 408 artilleros. Ver Tomo II, Capítulo II, p.53.

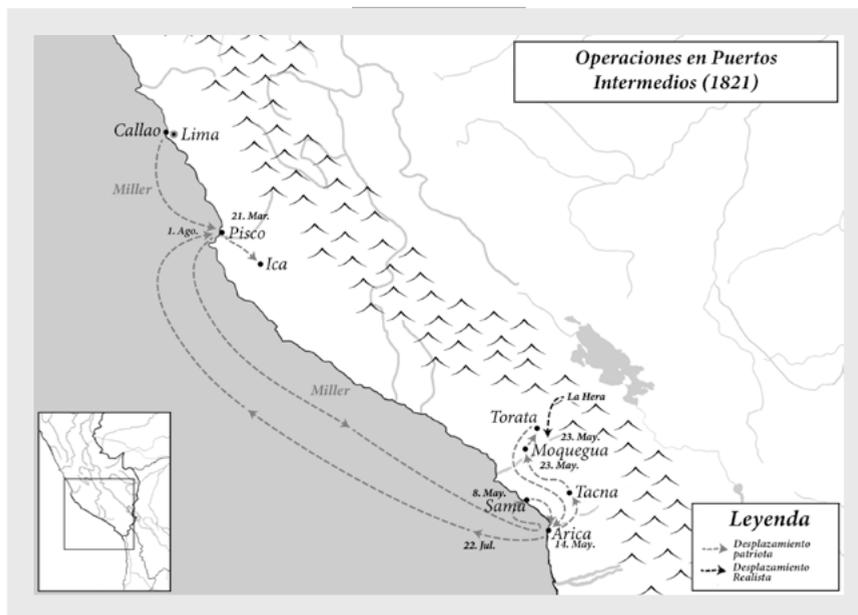
en general no representaron mayores dificultades, infundieron tal sensación de éxito que los llevó a pensar que tenían todo controlado, tras lo cual decidieron retirar la mayor parte de sus tropas hacia Huaros, desde donde debían regresar a Lima, no sin antes ser hostilizados en su marcha, durante la que fue herido el jefe de la división. A inicios de marzo, esta fuerza ya se encontraba nuevamente en la capital, reuniéndose con el grueso del ejército del Virrey.

En tanto, el 13 de marzo se hizo a la mar una flota al mando del vicealmirante Thomas Cochrane, transportando una unidad del Ejército compuesta de 500 infantes y 80 jinetes de caballería, al mando del teniente coronel Guillermo Miller. Estos desembarcaron en Pisco ocho días más tarde y en un breve plazo neutralizaron a las tropas de caballería realistas enviadas a rechazarlos. Pero una nueva epidemia causó estragos en ambos contendores, obligándolos a un repliegue y al cese de todas las acciones. Recién el 18 de abril lograron reembarcarse los sobrevivientes patriotas y, luego de una breve recuperación a bordo, cuatro días más tarde zarparon hacia el sur, llegando el 30 a Arica —uno de los denominados puertos intermedios— donde no lograron desembarcar a causa de intensas marejadas que afectaban el litoral. Por tal razón se mantuvieron en las cercanías buscando un lugar adecuado para descender, lo que por fin lograron materializar en la localidad de Sama el 8 de mayo.

Una vez en tierra, el comandante Miller ocupó Arica el 14 de mayo, sin encontrar resistencia y luego emprendió la marcha hacia Tacna dispersando fuerzas adversarias mal organizadas y peor comandadas, además de recibir a numerosos desertores que buscaban incorporarse a la revolución, lo que continuó sucediendo en las futuras acciones. Un nuevo triunfo coronó la incursión, ocupando Moquegua el 23 de mayo y, seguidamente, Mirave y Torata.

La sucesión de reveses en la zona costera llevó al mando realista del Alto Perú a enviar refuerzos para neutralizar a las fuerzas independentistas y buscar su expulsión, pero las noticias de un armisticio en Lima detuvieron el curso de las operaciones. Frente a este escenario, el comandante Miller resolvió embarcar su unidad en varios barcos mercantes que logró requisar en Arica, emprendiendo viaje hacia el norte el 22 de julio. Diez días más tarde, luego de desembarcar en Pisco, inició nuevas acciones contra los realistas apostados en la zona general de Ica, lo que le permitió lograr el control de este importante

Mapa N° 5



territorio, el que, además de la cercanía a un puerto, controlaba un importante acceso hacia la Sierra (ver mapa N° 5).

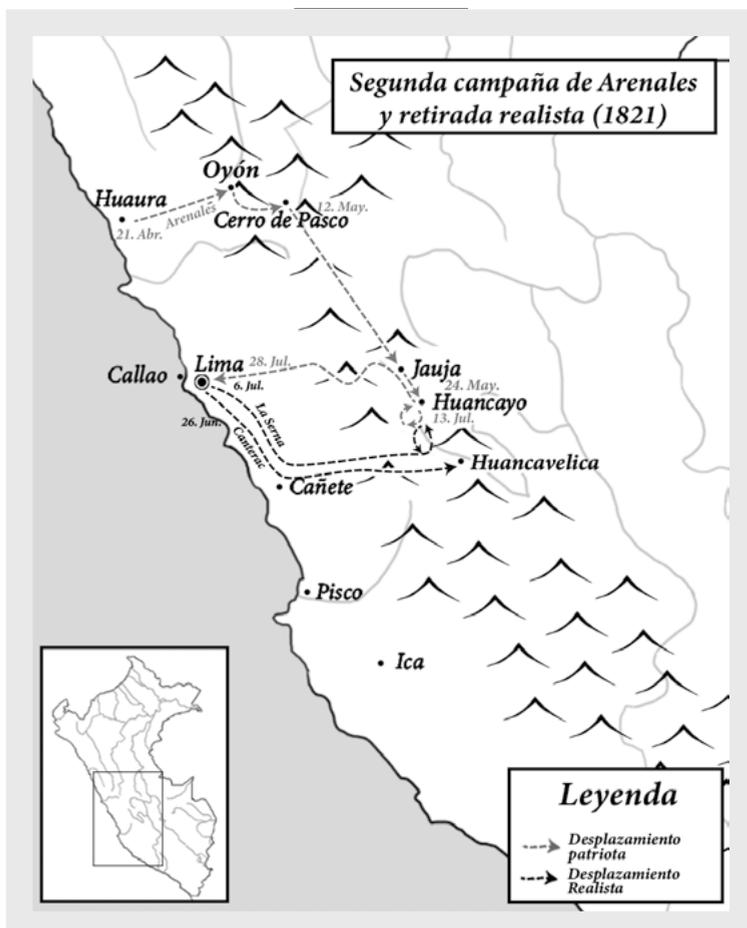
Por su parte, y mientras la fuerza embarcada había iniciado su operación hacia el sur, San Martín dispuso la organización de una división de 2.100 hombres que debería emprender una nueva campaña hacia la Sierra, nuevamente bajo el mando del general Arenales. Con la misión de reavivar el espíritu de independencia en las comarcas, esta vez emprendió la marcha en sentido opuesto a la travesía de 1820, es decir, accedió a la Sierra por Cerro de Pasco para luego llegar a la costa por Ica.

Esta fuerza estaba conformada por los batallones de infantería N° 5 de Chile, N° 7 de los Andes, el Numancia, el Regimiento de Granaderos y cuatro piezas de artillería. Al llegar a Oyón el 26 de abril, la división recibió el incremento de otras fuerzas patriotas que regresaban desde la Sierra, por lo que luego de conceder algunos días para la recuperación de las tropas recientemente incorporadas, el 8 de mayo reinició la marcha. El general Arenales intentó alcanzar al enemigo, pero este evitó cualquier enfrentamiento.

Al conocer que los realistas habían abandonado la Sierra, Arenales propuso a San Martín que subiera a todo el Ejército Libertador, para luego batir toda resistencia enemiga en esa región, donde era más fácil superar a los realistas y acceder a sus recursos, dejando cercado al Ejército de Lima con la Escuadra y con fuerzas menores en los valles orientales. A pesar de la fortaleza de sus argumentos, recibió la terminante orden de suspender las operaciones, en virtud del armisticio que se había firmado en esos días (ver mapa N° 6).

En efecto, el 3 de mayo se habían iniciado negociaciones entre delegados del General en Jefe y del Virrey, presididas por el coronel Tomás Guido y

Mapa N° 6



por el oficial de la Armada Española Manuel Abreu, respectivamente, dando paso a un armisticio que se prolongó hasta el 30 de junio siguiente. Estas se efectuaron en la hacienda de Punchauca, próxima a Lima, y en ellas se trataron temas tan relevantes como la implantación de un gobierno monárquico en Perú, lo que contrariaba la esencia del envío de la expedición y los objetivos políticos que perseguía Chile, organizador y financista del esfuerzo de guerra. Demás está decir que a esta instancia no concurrió ningún oficial chileno. Con todo, finalmente las tratativas entraron en un punto muerto, principalmente porque no había opciones de acuerdo en materias tan relevantes como el reconocimiento de la independencia de Perú, Chile y las Provincias Unidas, como tampoco respecto de la aceptación de la Constitución española de 1812.



Joaquín de la Pezuela

Virrey del Perú entre 1816 y 1821.

Participó en las campañas rioplatenses en el Alto Perú. Sucedió en el cargo de Virrey a José Fernando de Abascal. Le tocó enfrentarse a la Expedición Libertadora comandada por San Martín. Fue depuesto por oficiales realistas liberales.



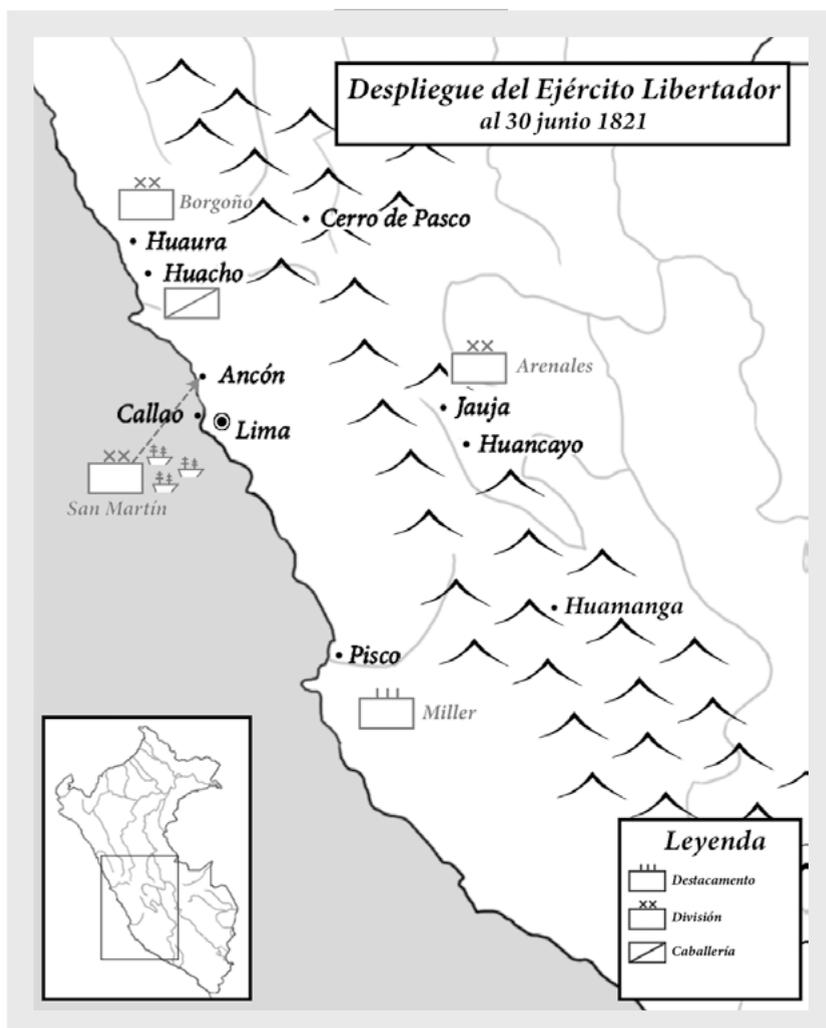
José de La Serna

Virrey del Perú entre 1821 y 1824.

Tomó parte en las campañas de Napoleón en España, así como también en las campañas rioplatenses en el Alto Perú. Sucedió en el cargo de Virrey a Pezuela y fue derrotado por el general Antonio José de Sucre en la batalla de Ayacucho.

A la fecha de término del armisticio, el Ejército Libertador se encontraba dividido en tres divisiones que cumplían roles muy diversos y no necesariamente contribuyentes al logro del objetivo. Una primera división, al mando del

Mapa N° 7



general Arenales, se encontraba operando en la Sierra y en esos días ocupaba exitosamente el valle de Jauja. Una segunda división, al mando del general San Martín, se encontraba embarcada desde fines de abril participando tanto del bloqueo de El Callao, como de las operaciones del comandante Miller en el sur. La tercera división, al mando del coronel José Manuel Borgoño, concentraba en la zona general de Supe al grueso de la caballería, el hospital y la

maestranza. Esta unidad también mantenía desplegada una fuerza de caballería en Huacho (ver mapa N° 7).

Días más tarde, el 6 de julio, el virrey La Serna abandonó Lima con su ejército y se dirigió hacia la Sierra, pensando que en esa región encontraría mejores condiciones para una resistencia militar. Al iniciar su repliegue, también dejó prácticamente a su suerte a la guarnición de El Callao, que se encontraba bloqueada por largo tiempo. Acto seguido, San Martín ocupó Lima sin oposición.

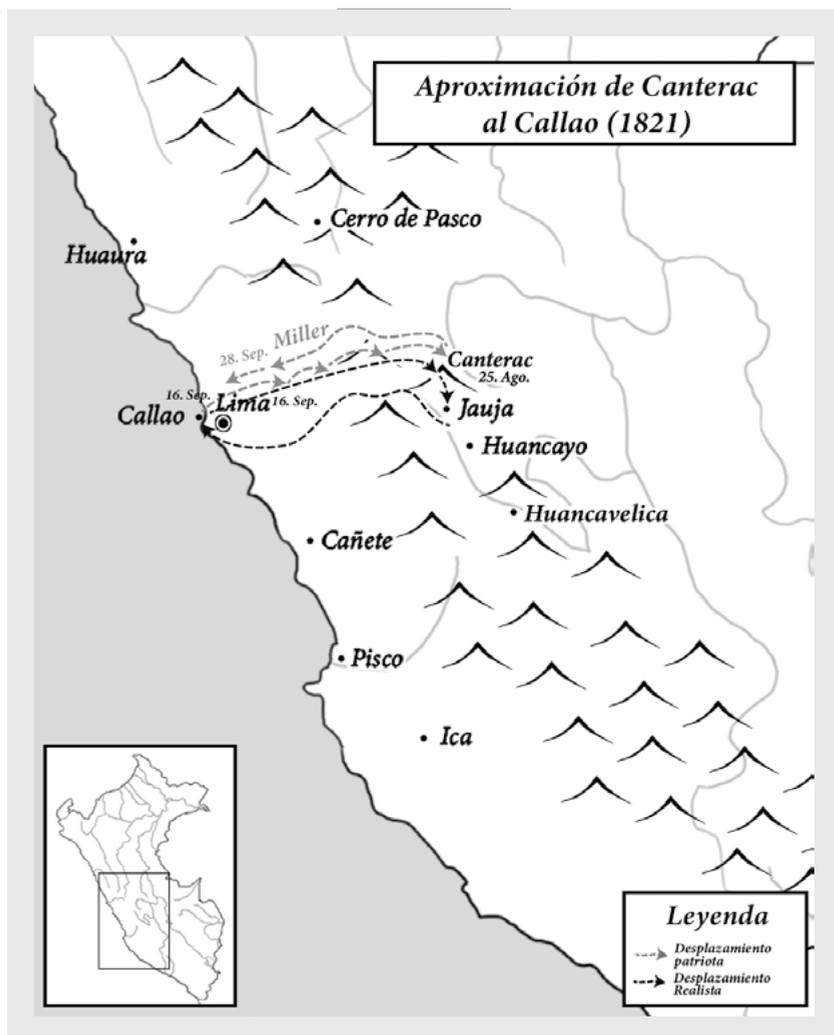
Arenales ya había sido alertado de los preparativos realistas y fue esa la circunstancia en que propuso a San Martín la subida a la Sierra del Ejército Libertador. Pero como recibió la orden de cesar las hostilidades, el 17 de julio inició su repliegue hacia la costa e ingresó a Lima el 28 de julio, mismo día en que el General en Jefe proclamaba la independencia de Perú.

Había concluido una campaña de noventa y nueve días, en que el enemigo lo eludió a como diera lugar, por lo que aprovechó de recuperar la posesión de la zona y también aumentó el contingente con nuevos reclutas, llegando a contar con 4.300 efectivos. En el plano operativo, logró ocupar una posición ventajosa en Huancayo, desde donde tuvo la opción de batir a una división realista que al mando del general José Canterac había llegado a Huancavélica. Pero, como ya es sabido, debió iniciar la marcha de regreso, produciendo una sensación de malestar en la población que había adherido a la revolución, la que traspasó hacia la tropa dando paso a una importante desertión de soldados que no comprendían la actitud asumida por el ejército. En los hechos, desde el inicio de la marcha y hasta el inicio del descenso hacia la zona costera, la división Arenales perdió aproximadamente 2.000 hombres que abandonaron su puesto y regresaron a sus hogares en las localidades serranas.

Mientras los patriotas iniciaban un periodo de inmovilismo en Lima y El Callao, las fuerzas realistas se fortalecían en la Sierra, sin apremios relevantes que interfirieran significativamente con sus planes. Tanto así, que el 25 de agosto una división fuerte en 3.500 hombres, al mando del general Canterac, inició su marcha hacia la costa a través del paso de Morococha, aproximándose a Lima por distintos caminos y generando una gran confusión entre los mandos patriotas (ver mapa N° 8).

El 2 de septiembre San Martín fue avisado de la aproximación adversaria y dispuso la preparación del ejército para defender Lima. Había pasado prácticamente un año desde el desembarco en Paracas y la suerte de la revolución parecía en dudas. Afortunadamente, Canterac tampoco tenía un propósito muy definido, por lo que solo llegó a situarse en las inmediaciones de El Callao, limitándose a enfrentamientos menores entre avanzadas.

Mapa N° 8



El 16 de septiembre, tal como había llegado, la división Canterac inició su marcha de regreso a la Sierra, llevando algunas armas recuperadas desde El Callao. Se dirigió al oriente a través del valle del río Chillón, al norte de Lima, sin ser hostilizado por el ejército independentista, que de haberlo atacado muy probablemente lo hubiera vencido. Solo al día siguiente una fuerza al mando del comandante Miller —ya de regreso de su expedición al sur— se aventuró hacia la Sierra en su persecución, logrando tener bajo constante apremio a los rezagados y a la retaguardia enemiga, hasta que fue rechazado en Huatamanga, tras sufrir una serie de reveses. Frente a estos hechos, se vio obligado a regresar a Lima, donde se encontró con la noticia de la capitulación de la plaza de El Callao, que había ocurrido el 21 del mismo mes.

Contrario a lo que se podría esperar, el ejército continuó en un estado de inmovilismo, dando paso a un ambiente de tensión entre sus mandos. Por un lado, a la consabida tirantez entre San Martín y Cochrane, se agregó la discusión y crítica de altos oficiales contra el General en Jefe, principalmente por el estado de la expedición y por la situación del ejército. Respecto de este último factor, es posible identificar cuatro aspectos de interés: i) cada día se hacía más evidente la falta de armonía entre las tropas chilenas y rioplatenses, en especial entre los oficiales; ii) San Martín no tenía suficiente autoridad sobre los oficiales de la división de los Andes, que —como se recordará— lo habían “elegido” como su general en jefe, lo que les otorgaba amplia libertad de acción; iii) diversos asesores del entorno cercano al General en Jefe eran abiertamente hostiles a Chile, contribuyendo a incrementar las diferencias y también actuaron abiertamente en contra de sus intereses; y iv) los oficiales chilenos no participaban en la toma de decisiones, tanto en el plano político como en el militar.²⁰

Esta situación no tardó en ser conocida en Chile, por lo que el Senado, en sesión del 13 de noviembre de 1821, acordó que las fuerzas nacionales fueran comandadas por oficiales expresamente designados por el Director Supremo. Sin embargo, O’Higgins no tomó decisiones respecto de esta materia, permitiendo que el problema tendiera a agudizarse, con importantes consecuencias durante el resto de la permanencia del Ejército en Perú.

20 Ver Diego Barros Arana, obra citada, Tomo XIII, Capítulo Octavo, pp.364-369.

Se aproximaba el fin del año 1821 y pese a que la ocupación de Lima no había sido más trascendente que el abandono de la Sierra, principalmente por las opciones de fortalecimiento que se le concedieron al enemigo, San Martín se mantenía en el más profundo convencimiento de que la guerra en Perú estaba en su etapa final.

1822: De la parálisis a la desintegración

Este año se inició con el ejército sumido en la inacción, escuela del ocio, cuna de las intrigas y resentimientos; en síntesis, una de las principales degradaciones de una fuerza militar. Pero esto era fruto de complejidades mayores que tenían su génesis en asuntos de carácter político. En efecto, en este periodo se agudizaron las desavenencias entre los líderes y entre sus respectivos países, especialmente por el curso que había tomado la revolución y por las críticas al general San Martín por su actitud dubitativa frente al enemigo. Este ambiente de tensión alcanzó su punto culminante con la renuncia del Protector del Perú y su posterior entrega del mando en jefe del Ejército Libertador, tras lo cual emprendió su regreso a Chile el 20 de septiembre de 1822.

Las desavenencias políticas tuvieron eco en el ejército, cuyas distintas nacionalidades representaban sus respectivos resquemores, o necesidades que consideraban insatisfechas, según fuera el caso. En primer término, los colombianos reclamaban que no se les permitía volver a su país, como lo venían pidiendo desde su incorporación al bando libertario. Los rioplatenses, por su parte, recelaban carecer de una patria que los orientara y los apoyara,²¹ con las implicancias que esto tuvo en la moral de los cuerpos de la División de los Andes. Mientras que los chilenos daban cuenta de su desánimo por sentirse relegados a papeles secundarios; más aún, sostenían que Chile recibía a diario la antipatía de rioplatenses y peruanos. A ello se agregaba el incumplimiento de

²¹ Recordemos que tras el derrocamiento del gobierno de Buenos Aires que envió al Ejército de los Andes a Chile, esta fuerza se quedó sin una autoridad política que legitimara su presencia en las operaciones fuera de su país. En este contexto, los oficiales rioplatenses "eligieron" a San Martín como su General en jefe.

las expectativas sobre sueldos y recompensas con que el mismo San Martín se comprometió luego del zarpe de Valparaíso en 1820. Tal vez lo más importante era que la división chilena se sentía postergada, sensación que compartían tanto los oficiales como la tropa, principalmente por no ser empleada como un todo y por la frecuencia con que se sacaban miembros de sus cuerpos para completar unidades de otras nacionalidades, especialmente peruanas, que estaban en proceso de formación.²² Sentían que se hería la dignidad de Chile y, para colmo, culpaban al Director Supremo por haber otorgado tanto poder a San Martín, así como por no haber nombrado a un general chileno que los comandara desde el inicio de la expedición.

En tanto, los realistas continuaban haciéndose fuertes en el Alto Perú y en la Sierra, desde donde obtenían los recursos necesarios para su creciente ejército. Además, ocupaban una región que les otorgaba dos elementos esenciales: la seguridad de encontrarse tras la imponente cadena montañosa que fracciona al país en sentido longitudinal; y la capacidad de desplazar fuerzas a cubierto, sin ser observadas, ni atacadas por el enemigo situado en la zona costera.

Así, en el otoño de 1822 ya contaban con fuerzas muy superiores a la expedición chilena, llegando a reunir más de 9.500 efectivos distribuidos en cuatro núcleos: en Huancayo, con algo más de 3.000 hombres, se encontraba el general Canterac —que además era el general en jefe— acompañado de su cuartel general; en el Cuzco estaba el virrey La Serna, con unidades de protección; en Arequipa había una fuerza de 2.000 hombres, al mando del general Juan Ramírez; mientras que el Alto Perú contaba con 3.000 efectivos al mando del general Valdés, cuyo rol principal era neutralizar los intentos liberales en esa extensa región.

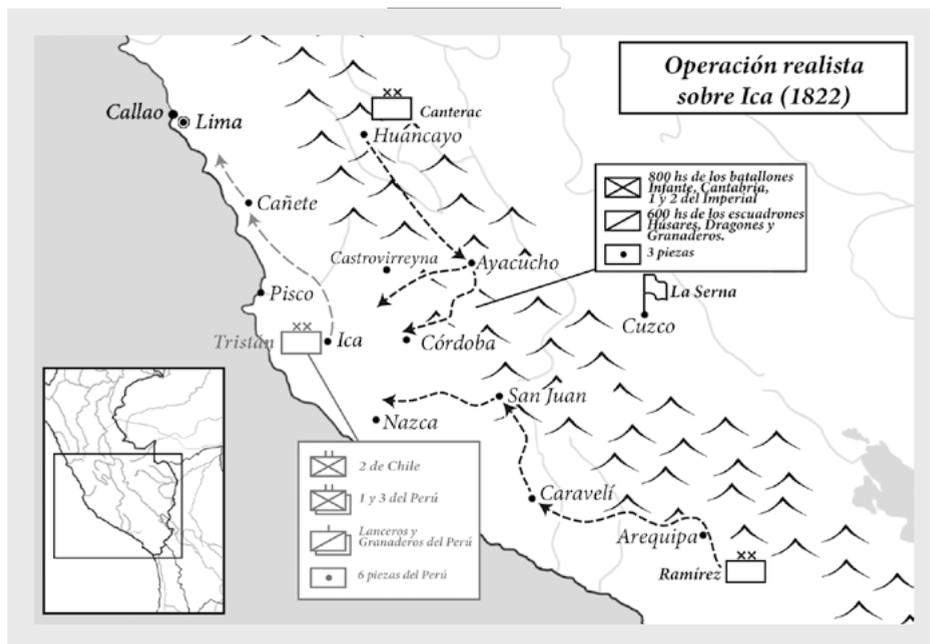
En el bando patriota, una expedición denominada División del Sur fue enviada por San Martín a fines de enero a la zona de Ica, con el propósito de avivar la insurrección en las comunidades locales, además de bloquear los intentos realistas de bajar hacia la costa por ese sector. Era una fuerza de 1.100 efectivos —entre los que formaba el Batallón N° 2 de Chile—, estaba

²² San Martín otorgó mucha importancia a la formación de cuerpos netamente peruanos, probablemente por su interés en conformar un ejército nacional que debía adquirir experiencia suficiente antes de la retirada del Ejército Libertador, lo que era muy necesario para el proyecto político en Perú.

comandada por Domingo Tristán, ciudadano peruano al que el Protector le confirió el grado de general de brigada, en virtud de sus servicios a la causa y como estímulo para ganar nuevos adeptos. Ante su falta de competencias militares, le nombró como jefe del estado mayor al coronel Agustín Gamarra, imponiendo que las resoluciones operativas debían contar con el acuerdo de ambos líderes.

Desde su llegada a la zona —a fines de febrero— el coronel Gamarra inició un extenso trabajo de exploración hacia el interior y hacia el sur de Ica, constatando que desde el abandono de la región la percepción en las comarcas había cambiado significativamente, siendo evidente la vuelta de las lealtades al bando realista. En ese entorno cambiante respecto del apoyo local —y pese a contar con tres batallones de infantería, dos escuadrones de caballería y seis piezas de artillería—, no lograron adoptar una posición que les permitiera cierta ventaja, considerando que cualquier progresión adversaria necesariamente vendría desde el sur y desde la Sierra.

Mapa N° 9



Como era de suponer, el Virrey estaba en perfecto conocimiento del despliegue patriota, así como de la identidad y competencias de su comandante, por lo que dispuso la realización de una expedición de castigo al mando del general Canterac, que debía servir como una señal para el pueblo, por cuanto se trataba de una entidad revolucionaria mayoritariamente peruana. De hecho, se trató de un preparativo que trascendió más allá de los cuarteles, siendo ampliamente conocido en Lima ya en el mes de marzo. Solo faltaba que lo supieran los mandos patriotas en Ica (ver mapa N° 9).

Para esta operación, La Serna designó una división de 1.400 efectivos, principalmente provenientes de Huancayo y Jauja, a los que se sumó una unidad de 600 jinetes de caballería que se trasladó desde Arequipa hacia el norte. Con el objeto de confundir al enemigo, la fuerza principal cruzó la cordillera por varios pasos, logrando posicionarse en Guaytara, Córdova y San Juan, conformando un arco desde el cual podrían confluir sobre Ica.

El 4 de abril, los patriotas se enteraron de la presencia ya cercana del ejército enemigo, circunstancia que llevó a ambos jefes a concebir planes distintos. Luego de realizar una junta de guerra, decidieron retirarse hacia el norte por no estar en condiciones de enfrentar a fuerzas superiores, de acuerdo a la multiplicidad de información recibida, mucha de la cual era contradictoria. Luego dieron crédito a versiones que les indicaban que se trataba de una fuerza menor, por lo que resolvieron cambiar el plan y dar la batalla.

Para el día 6 recibieron nuevas informaciones, esta vez más precisas, que les indicaron estar frente a un enemigo que superaba los 4.000 efectivos, ante lo cual volvieron a su plan original de retirada hacia el norte. Como era de esperar, esta contraorden generó confusión y alarma, dando paso a un movimiento más próximo a la huida que a una acción militar.

Al día siguiente, Canterac, al ver que la División del Sur se trasladaba por un camino encajonado –a todas luces riesgoso para una marcha con un enemigo en las proximidades—, dispuso que fuera hostilizada por unidades menores de infantería, mientras él le cerraba el paso con la caballería una vez que los patriotas se encontraran en campo abierto.

El Batallón N° 2 de Chile encabezaba la marcha y se llevó la peor parte. Su comandante —el coronel José Santiago Aldunate— organizó la resistencia y, a pesar de su bravura, no logró contener el ataque realista. El cuerpo se

dispersó y sufrió numerosas bajas, tras lo cual el resto de la división inició una verdadera fuga en todas direcciones, incansablemente perseguidos por la caballería realista, cuya efectividad se hizo sentir durante la continuación de la fatal jornada. El general Tristán y el coronel Gamarra, a la cabeza de un grupo de sobrevivientes, logran llegar hasta Cañete, donde recuperaron fuerzas para seguir hacia Lima.

Esta campaña realista tuvo un importante efecto en la opinión pública, la que percibió un adelanto en la restauración del orden monárquico. Como era de esperar, las lealtades y los compromisos con la causa de la independencia comenzaron a mermar, a pesar de los esfuerzos de sus líderes por restarle trascendencia al hecho. En la vereda opuesta, Canterac regresó victorioso a su base en la Sierra, a pesar de haber vencido a un comandante inexperto.

Además del inmovilismo desmoralizante en que se encontraba inmerso el ejército, se sumaba ahora la pérdida de uno de sus batallones —el aguerrido N°2 de Chile—, el cual, además, debió contribuir con buena parte de sus sobrevivientes para llenar vacantes en otros cuerpos, como se había hecho costumbre con las unidades chilenas.

A pesar de los continuos movimientos de soldados nacionales hacia unidades de otras nacionalidades —como ya se ha citado— la división de Chile intentaba mantener cierta fisonomía e identidad y, en junio de 1822, mantenía una fuerza total de 2.060 efectivos, distribuidos de la siguiente forma:²³

Artillería:	300
Batallón N° 2:	134
Batallón N° 4:	844
Batallón N° 5:	782

El aludido estado de postergación que vivían las unidades chilenas se vio acrecentado tras el alejamiento del general San Martín. Si bien el mando

23 Este dato, consignado en la obra de Gonzalo Bulnes, *Últimas Campaña de la Independencia del Perú*, p.44, da cuenta de la despreocupación por completar el Batallón N° 2, ya que a dos meses de su regreso desde Ica seguía compuesto por una exigua dotación.

de la división recayó en el coronel Francisco Antonio Pinto, este no tenía la capacidad para influir en la toma de decisiones —como ha sido citado— y solo podía representar la molestia chilena sobre hechos consumados. A modo de ejemplo, cabe señalar la referencia que hace Gonzalo Bulnes sobre la materia:²⁴

Batallón N° 4:	Batallón N° 5:	Dragones:
Disuelto para formar el Cazadores del Perú y llenar vacantes del Granaderos de los Andes.	Parte importante de sus dotaciones se asignaron a otros cuerpos peruanos y rioplatenses, así como a la marinería de la Escuadra.	Al llegar a Perú en noviembre de 1822, le fueron segregados 100 hombres para la caballería peruana. Esta situación causó tal molestia, que el coronel Borgoño encerró al cuerpo en un cuartel del Callao para que no siguieran sacándole tropa.

A pesar de todo, los cuerpos chilenos continuaron en el cumplimiento de su misión. De hecho, a inicios de octubre se embarcaron en El Callao como parte del Ejército Expedicionario a Intermedios, bajo el mando del general Rudecindo Alvarado, cuya conformación y dotación aproximada era la siguiente:²⁵

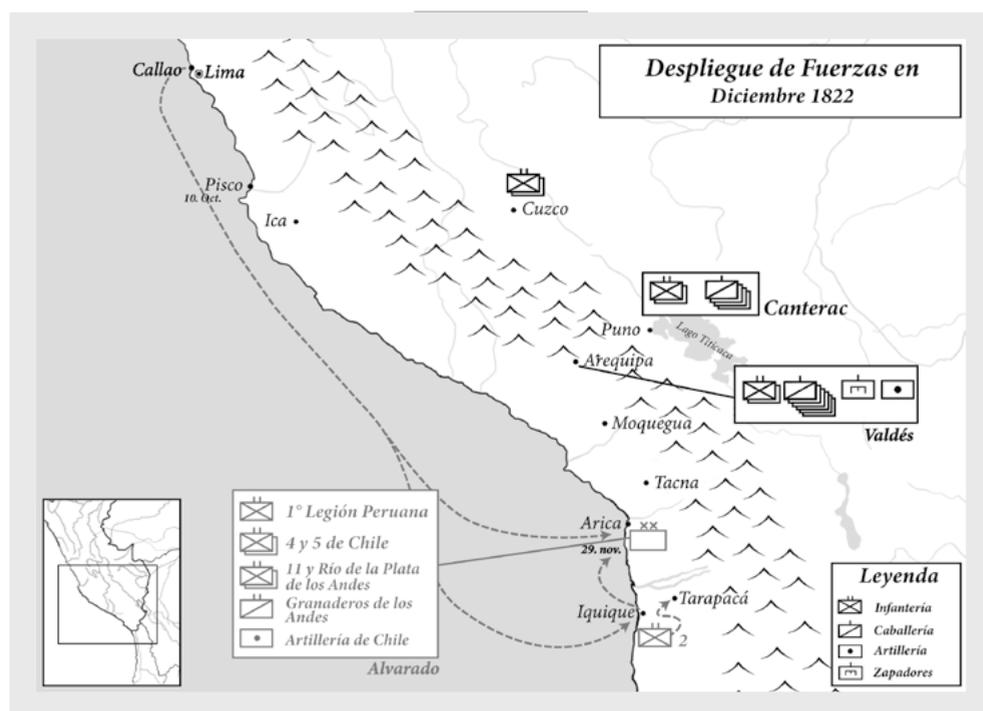
Fuerzas del general Alvarado			
Ejército del Perú	1er. Batallón de la Legión Peruana	700	700
División de Chile	Batallón N° 4	700	
	Batallón N° 5	400	
	Artillería	100	1.200
División de los Andes	Batallón N° 11	350	
	Regimiento Río de la Plata	1.100	
	Regimiento Granaderos a Caballo	509	1.959
Total			3.859

²⁴ Gonzalo Bulnes, *Ibidem*, pp. 44-46.

²⁵ *Ibidem*, Capítulo III, p.59.

De las restantes unidades chilenas, la plana mayor de la artillería quedó en El Callao, junto a los recién llegados Dragones; en tanto que el Batallón N° 2 fue embarcado fuera de la dotación del Ejército Expedicionario, con el propósito de desembarcarlo en Iquique, para su posterior traslado a Tarapacá, donde debía reorganizarse con recluta local (ver mapa N° 10).

Mapa N° 10



Tras una larga y compleja travesía, a consecuencia de condiciones climáticas adversas para la navegación, recién a inicios de diciembre se logró el desembarco del ejército en Arica, en un estado deplorable y sin capacidad para iniciar acciones en el corto plazo. Peor aún, como el Virrey estaba enterado de su traslado al sur, dispuso que se alejara de la costa todo recurso que pudiera servir al enemigo y predispuso a las poblaciones locales contra su presencia. De hecho, conocía hasta los posibles lugares de desembarco, por lo cual comenzó

con la evolución de sus tropas para enfrentar este apremio, las que a fines de 1822 se encontraban desplegadas en Huancayo, el Cuzco, Arequipa y Alto Perú

Sus instrucciones consistieron en adelantar las fuerzas de Canterac hacia el Cuzco, para luego proseguir hacia las cercanías de Puno, contando con dos batallones de infantería y cuatro escuadrones de caballería. También ordenó bajar al general Gerónimo Valdés desde La Paz, para asumir el mando de las tropas de Arequipa, consistentes en dos batallones de infantería, cinco escuadrones de caballería, una compañía de zapadores y una unidad de artillería. En el Cuzco, y bajo sus órdenes, el Virrey mantuvo dos batallones de infantería.

Mientras los patriotas seguían en Arica carentes de recursos, el mando realista, al saberlos muy debilitados, decidió adelantar sus fuerzas hasta Moquegua, para desde allí avanzar hacia Tacna, con el objeto de atraer al enemigo hacia el norte, forzándolo a extremar sus opciones. De hecho, pronto verificaría que los liberales estaban todos en las cercanías del mar y sin haberse desplazado al interior, por lo que ordenó concretar el adelantamiento hasta Tacna, asignando el mando de todas las fuerzas al general Canterac.

En esos momentos el Ejército Libertador se encontraba más apremiado por la falta de medios de subsistencia que por el enemigo. Había perdido cerca de setecientos hombres —entre contagiados y muertos— a causa de las enfermedades propias de la zona, y tampoco había logrado enganchar soldados para su reemplazo. Ni pensar en incrementar su fuerza. A tanto llegó la angustia, que el general Alvarado decidió enviar un emisario a Chile en busca de refuerzos y bastimentos²⁶. Todo esto le otorgó al enemigo el tiempo necesario para reunir sus fuerzas y preparar su aproximación hacia la zona costera.

A fines de diciembre —prácticamente un mes después de haber desembarcado— el general Alvarado resolvió salir a buscar recursos en las comarcas cercanas y ocupar una posición en las serranías del interior que le otorgara cierta protección. Con este propósito, el 29 de diciembre inició la marcha la mayor parte de las fuerzas peruanas y rioplatenses bajo las órdenes del general Enrique Martínez, sumando aproximadamente 2.500 efectivos. La división

²⁶ Alvarado envió a Chile al mariscal Luis de la Cruz, quien zarpó hacia Valparaíso el 19 de diciembre. Lamentablemente, a su llegada se percató que O'Higgins enfrentaba serios problemas políticos que le impedían responder al requerimiento.

chilena, al mando del coronel Pinto, se mantuvo en Arica con la instrucción de iniciar su progresión al día siguiente.

Así terminaba el año 1822 con un ejército desgastado antes de iniciar la marcha... un jefe abatido por las dificultades... y con el enemigo a una jornada de distancia. Aunque ambos contendores desconocían los últimos movimientos efectuados, sus respectivas fuerzas comenzarían el nuevo año rumbo a la colisión.

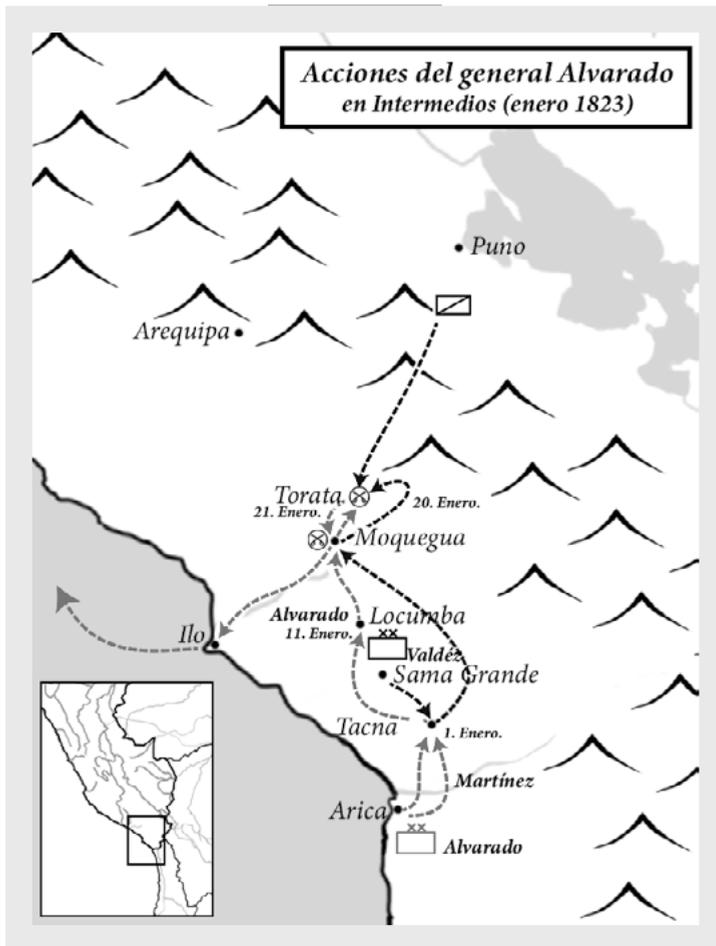
1823: El final de un ciclo

Al iniciarse el primer día de este año, la división al mando del general Martínez ya se encontraba en Tacna, mientras que las fuerzas del general Valdés ocupaban posiciones en Sama —unos 40 kilómetros al norte—, ambos ignorantes de la magnitud y capacidad del enemigo que se les aproximaba. Frente a esto, el comandante realista había resuelto cerciorarse personalmente y se adelantó encabezando una agrupación de 800 jinetes, tanto de caballería como de infantería, hasta llegar a las inmediaciones del poblado en la madrugada de ese 1 de enero. El abrupto avistamiento entre ambas fuerzas encendió las alarmas, pero no dio paso a enfrentamientos de importancia, permitiendo a los exploradores retirarse. Seguidamente, toda la fuerza de Valdés marchó hacia el norte por caminos alternativos, para llegar a Moquegua al día siguiente, sin haber sido seguida ni hostilizada por la impávida tropa rioplatense y su comandante (ver mapa N° 11).

Días después, y luego de haber reunido todas las fuerzas patriotas en Tacna, el general Alvarado continuó hacia el norte siguiendo un itinerario que lo llevó directamente hacia el grueso del adversario. El día 11 de enero la vanguardia ingresó a Locumba y, dos días después, una columna realista los atrajo hacia una zona ventajosa, donde hubo un enfrentamiento menor que no ocasionó mayores consecuencias, principalmente por la impericia de los comandantes que ejecutaron la fallida emboscada. En la ocasión, también los patriotas desperdiciaron la oportunidad de producir un revés a la vanguardia enemiga, pero en este caso por la indisciplina del regimiento de la División de los Andes, el Granaderos a Caba-

llo —que se negó a cumplir una orden—²⁷. Más allá de este incidente, el Ejército Expedicionario completó la ocupación de Moquegua, con aproximadamente 3.000 efectivos, luego de repartir a sus heridos y enfermos en los hospitales de Arica, Tacna y Locumba.

Mapa N° 11



27 Respecto de la actitud asumida por los mandos y la tropa de este glorioso regimiento, cabe una referencia a los efectos que sobre ellos debió tener el problema de la legitimidad al que ya se ha hecho mención; en especial, su motivación para continuar sufriendo las inclemencias de la geografía y las erráticas resoluciones de los mandos superiores, sobre todo desde la partida de quien habían “elegido” como su general en jefe.

El 18 de enero, el general Alvarado reinició la marcha hacia Puno y al día siguiente salió en busca del general Valdés. En la madrugada de ese día se produjeron los primeros enfrentamientos entre tropas de avanzada, lo que llevó a ambos ejércitos a ocupar un dispositivo defensivo en las cercanías de Torata. Superado el ambiente de incertidumbre inicial, los patriotas cambiaron de actitud e iniciaron el ataque, logrando un relativo éxito en las fases iniciales de la acción, hasta que llegó la caballería enemiga enviada por el general Canterac desde Puno, que en forma oportuna y efectiva les permitió revertir el resultado del combate.

Casi dos horas de lucha dejaron importantes bajas entre los patriotas —se estiman en 400 soldados y 20 oficiales, la mayoría integrantes de los batallones chilenos—, a pesar de lo cual pudieron desprenderse y retirarse hacia Moquegua. Sin embargo, el desgaste de la tropa y las bajas opciones de sostener un nuevo ataque, llevaron a la decisión de una evacuación hacia Ilo para reembarcar. En los hechos, el Ejército carecía de las condiciones físicas y materiales para continuar la campaña.

Pero aún faltaban dificultades por enfrentar. Estando todavía en Moquegua, cayeron sobre los patriotas las fuerzas del general Canterac. Era el 21 de enero. Con rapidez, las tropas improvisaron una posición defensiva, cuyas vulnerabilidades pronto fueron descubiertas por el enemigo, ejerciendo sobre esos sectores tanta presión como le fue posible, generando una ruptura que no pudo ser contenida y que llevó a la derrota en breve lapso a los sorprendidos hombres de Alvarado. En esta debacle, nuevamente el Granaderos a Caballo no obedeció una orden y emprendió su retirada hacia Ilo. Todo indica que las condiciones que los habían llevado a negar su obediencia en Locumba, se mantenían plenamente vigentes.

El combate de Moquegua fue, más que una derrota, un desastre. Los vencidos debieron evadirse entre las avanzadas enemigas y comenzaron desordenadamente a dirigirse hacia la costa, agrupándose a medida que tomaban contacto en el camino. Quienes lograron llegar a Ilo pudieron embarcarse en las naves que los aguardaban en ese puerto, para dirigirse a El Callao. Pero esa infortunada tropa aún debía padecer nuevos males... Un embravecido mar produjo el hundimiento de dos transportes, cuyos sobrevivientes lograron arribar a las playas del sur de Pisco, avanzando con dificultades extremas hasta ser auxiliados por soldados que guarnecían el sector.

La Brigada Motorizada N°4 “Rancagua” y el Ejército Libertador del Perú

Entre los cuerpos que conformaron el Ejército Libertador del Perú figuró el Batallón de Infantería N° 4 como parte de la División de Chile.

El actual Batallón de Infantería Motorizado N°4 “Rancagua” —encuadrado en la actual Brigada Motorizada N° 4 “Rancagua” del Ejército de Chile— es el heredero de las tradiciones de aquel batallón —lo que se advierte en el número de la citada unidad— y, por ello, es también heredero de las gloriosas campañas militares en las que participó desde la independencia nacional hasta la Guerra del Pacífico.

La historia del Regimiento Rancagua incluye las acciones de guerra en las que el Batallón de Infantería N°4 participó conformando el Ejército Libertador del Perú, tales como: el combate de Cerro de Pasco (6 de diciembre de 1820), el combate de Mirave (22 de mayo de 1821), el sitio de El Callao (10 de junio de 1821), el combate de Ica (7 de abril de 1822), el combate de Locumba (14 de enero de 1823), el combate de Torata (19 de enero de 1823) y el combate de Moquegua (el 21 de enero de 1823).

Es muy significativo que el himno de la Brigada Motorizada N°4 “Rancagua” haga alusión a estos hechos de armas, como se puede observar en las estrofas que se exponen a continuación:

Coro

A los bravos de Arica cantemos
recordando sus triunfos sin fin
cien victorias por ellos tenemos
con la espada del gran San Martín

Ya suenan las dianas del Cuarto de Línea
recuerdan mañana de lauros sin par,
de Maipo a Mirave al fiero “Rancagua”
la fama no sabe ya cómo ensalzar

I

Las glorias cantemos de aquellos cuartinos
que ayer aclamamos venciendo en Maipú
son huestes brillantes de nuestra bandera
pasearon triunfantes de Chile al Perú

Son esos guerreros que fueron invictos
de cuyos aceros la patria surgió,
su alma valientes se funden al fuego
de llamas potentes que Chile les dio. (Bis)

II

Callao, Moquehua, Locumba, Torata,
Pudeto, sin tregua, Felipe el Real
son páginas de oro del viejo “Rancagua”
que ayer en Arica fue hueste inmortal.

Con Freire y con Lagos, batiendo las selvas,
fortunas y halagos de triunfos sin fin,
siguieron la huella que jefe primero
fijó con su estrella: el gran San Martín.

III

Y fue Bellavista y fue Biobío
gigantes conquistas que allá en Chiloé
selló la jornada con Gualehuahío,
cual nueva Iliada de Amor, Patria y Fe.

Y luego el destino abriendo otro campo,
un nuevo camino al Cuarto mostró
y al canto de diana, la Patria Bandera
por tierras peruanas soberbia paseó.

IV

Y allí están Dolores, Chorrillos y Tacna
allí Miraflores y cientos igual,
y en medio, fulgente, cual sol primoroso
se muestra imponente el Morro inmortal.

Que suenen clarines y cantos de gloria
llenando confines con himnos sin par,
las páginas de oro del cuarto de línea
cantemos en coro del Andes al mar.



Enero terminaba de la peor manera posible para los independentistas: su Ejército del Sur estaba diezmado y el enemigo había salido fortalecido con su triunfal incursión hacia los puertos intermedios. Por su parte, la división chilena estaba reducida a 1.146 plazas, habiendo perdido 687 hombres durante la campaña.

Con esta derrota, el plan militar para la liberación del Perú estaba prácticamente sepultado. El enemigo había ampliado el control sobre vastas extensiones del territorio, mientras los patriotas quedaban confinados al sector costero central y norte. Además, los resultados de la última campaña desaconsejaron la realización de una expedición desde Lima hacia la Sierra, por la que tanto había insistido el general Arenales y que no contó con la autorización política para su ejecución cuando aún era posible. En efecto, se hacía evidente que, a esas alturas, el Virrey podía trasladar sus fuerzas nuevamente hacia la Sierra y batirlo. La causa de la revolución no soportaría dos derrotas consecutivas. Hubiera sido el fin.

A fines de marzo se preveía una incursión realista sobre Lima, dando paso a intensos preparativos, muchos de ellos destinados a estimular el espíritu de lucha y evitar mayores quiebres en la adhesión a la causa libertaria. Entre las medidas adoptadas, el presidente Riva Agüero pasó revista a los cuerpos acantonados en la capital.

En abril, Chile —ahora gobernado por el general Ramón Freire— y Perú acordaron un Tratado de Auxilio, que en el plano militar consideraba el envío de una nueva expedición, esta vez de 2.500 a 3.000 efectivos. A pesar de todo, Chile seguía apoyando la independencia del Perú, aunque la reunión de los medios comprometidos tardaría unos meses, principalmente por la escasez de recursos y por problemas internos.

A inicios de mayo llegaba a Lima el general Antonio José Sucre, quien venía investido de tres cargos: i) jefe de las fuerzas auxiliares de Colombia; ii) ministro plenipotenciario ante el gobierno de Perú; y iii) agente del general Simón Bolívar ante Chile y las Provincias Unidas, en materia militar. Con su arribo y despliegue de funciones se iniciaba el período de influencia colombiana en el proceso independentista de Perú, que culminaría el año siguiente con la derrota total del Ejército monárquico.

Pocos días después se inició el zarpe de una nueva expedición a los puertos intermedios, esta vez al mando del general Andrés de Santa Cruz, conformada por 4.290 infantes, 673 jinetes y 133 artilleros. De esta forma, el presidente Riva

Agüero pretendía recuperar en parte la libertad de acción perdida tras la desastrosa incursión del general Alvarado, introduciendo un nuevo apremio al enemigo en la zona sur, lejos de Lima.

A fines de ese mes, el enemigo, perfectamente enterado de los movimientos militares efectuados por los patriotas, inició un nuevo traslado desde la Sierra a la capital, con una importante fuerza al mando del general Canterac. A pesar de la evidencia y de la verosimilitud de los informes que recibían, las autoridades limeñas se resistían a creer que pudiera ser realidad. En su criterio, estimaban que una operación de esa naturaleza no tendría opciones de éxito, porque crearía las condiciones para que Santa Cruz operara hacia la Sierra desde los puertos sureños. Sin mucho convencimiento ordenaron la ejecución de reconocimientos hacia las diversas rutas que conectaban el territorio interandino con la región costera.

Rectificada la actitud inicial ante la confirmación de la venida hacia la capital de una fuerza adversaria que bordeaba los 8.000 efectivos, el 12 de junio se resolvió la evacuación de Lima hacia El Callao, en un contexto político enrarecido por la creciente tensión entre el Congreso y el poder Ejecutivo. En estas circunstancias, el general Sucre asumió el mando en jefe de las tropas libertarias, reunidas en lo que se denominó como Ejército Unido, volcando sus mayores esfuerzos a la preparación de la guerra. Una de las decisiones que adoptó fue marchar hacia el sur, a la cabeza de una fuerza que incluía a la División chilena, a la fecha comandada por el recientemente ascendido general Francisco Antonio Pinto²⁸; aunque esta operación se ejecutaría más de un mes después. En lo inmediato, ordenó la salida del ejército a acampar en los alrededores de Lima, pero ante la proximidad del adversario la infantería fue enviada hacia El Callao, mientras que la caballería recibió órdenes de dirigirse hacia el norte, fuera del alcance de las armas realistas.

El 18 de junio, Canterac se situó con su formidable fuerza frente a Lima, luego de llegar desde el sur, aproximándose por el sector de Lurín. Instalado en una posición de superioridad, el general realista exigió a las autoridades limeñas que le entregaran una serie de recursos consistente en dinero y en bastimentos, los que ... ile fueron entregados!... y en un plazo relativamente breve. Estando en el sitio de la ciudad —que duró prácticamente un mes— se enteró de la intención

28 En esta fuerza formaron los batallones de infantería N°4 y N°2, el escuadrón Dragones y una brigada de artillería. En las fuentes existen contradicciones sobre el número exacto de sus efectivos, por lo que se ha omitido ese dato. Ver Bulnes, obra citada, capítulo VI, pp. 227 y 231.

patriota de llevar la guerra al sur y de la magnitud de la fuerza que había conducido Santa Cruz, por lo que resolvió enviar al general Valdés de regreso hacia el Cuzco a la cabeza de 2.500 efectivos, aproximadamente, con el propósito de apoyar al Virrey en la contención de incursiones enemigas hacia la Sierra o el Alto Perú.

Además de lo anterior, Canterac logró verificar que el 4 de julio habían zarpado desde El Callao varias naves transportando caballería y artillería, que bajo el mando del general Miller se dirigían hacia alguno de los puertos intermedios.

El 16 de julio, tal como llegó, Canterac iniciaba su regreso hacia la Sierra, sin oposición alguna de parte del pasivo adversario sitiado en El Callao. Posteriormente, el mando patriota ordenó al general Martínez ejecutar una persecución, orden que no fue cumplida, escudándose en las más variadas excusas. Luego los liberales recuperaron Lima, donde se encontraron con un ambiente, sino hostil, a lo menos no propicio hacia las autoridades independentistas.

Como ya fue indicado, entre el 15 y el 25 de mayo se inició el traslado del llamado Ejército del Sur —conformado casi en su totalidad por tropas peruanas— cuya misión era incursionar sobre los puertos intermedios, internándose hacia el Alto Perú para destruir a las fuerzas realistas que encontrase.

En el contexto de esta campaña —denominada posteriormente como campaña del Desaguadero— el 7 de junio la Escuadra patriota había batido a la fuerza costera realista que guarnecía Arica, para luego desembarcar algunos medios que le permitieron obtener variados recursos para la proyectada expedición terrestre, especialmente ganado caballar y mular.

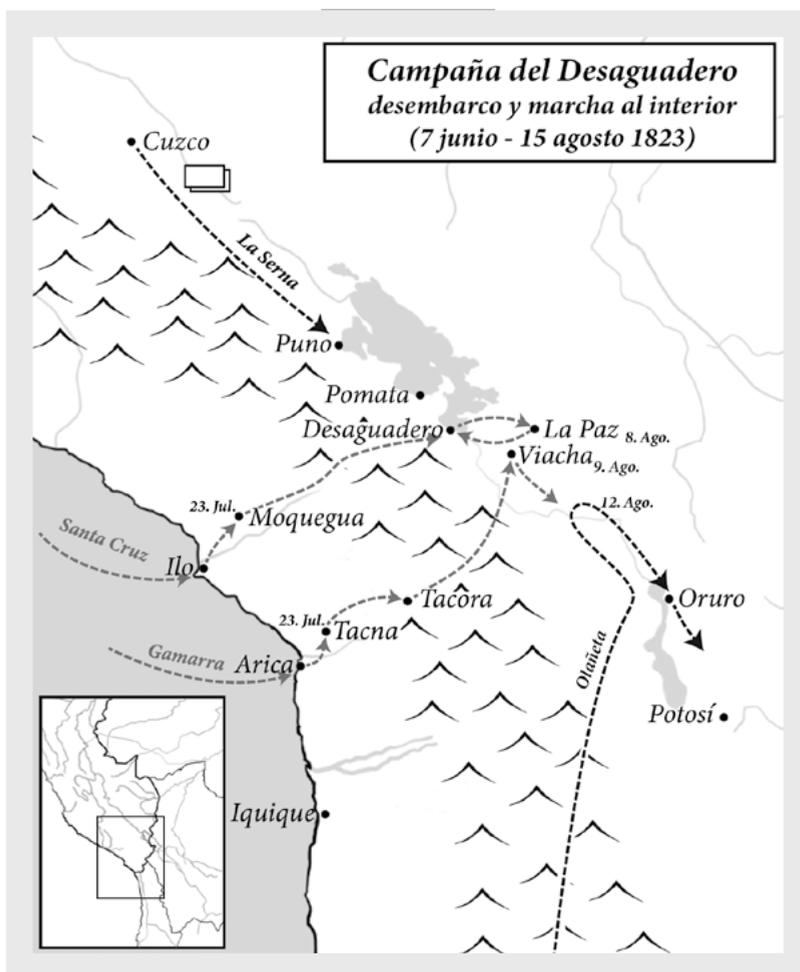
Santa Cruz, que ya se encontraba en la zona, dividió su Ejército en dos cuerpos: uno al mando del general Gamarra, que desembarcó en Arica, desde donde se internó hacia Tacna, Tacora y Viacha, punto este último hasta donde llegó el 9 de agosto; el otro, bajo su mando directo, desembarcó en Ilo, para desde ahí ascender hacia La Paz, donde arribó el 8 de agosto.

Simultáneamente, desde el sur, una división realista al mando del general boliviano Pedro Antonio Olañeta —que había recibido la orden de aproximarse hacia La Paz—, al percatarse de la presencia de la división de Gamarra en las cercanías del río Desaguadero, decidió eludir el combate y se retiró primero hacia Oruro, y después hacia una posición más al sur. Pudiendo haberla perseguido y hasta derrotado, el comandante patriota se conformó con ocupar esa localidad,

perdiendo una formidable oportunidad de haber destruido a la fuerza enemiga (ver mapa N° 12).

Frente al nuevo escenario, el Virrey dispuso la aproximación de cuerpos realistas hacia Puno. Los primeros de ellos llegaron al sector del Desaguadero el 23 de agosto, misma fecha en que llegaba Santa Cruz, haciéndolos retroceder hasta Zepita. Al día siguiente hubo un combate sin resultado definitivo, pero agravado porque el comandante patriota, en vez de persistir en la ofensiva, resolvió retirarse

Mapa N° 12



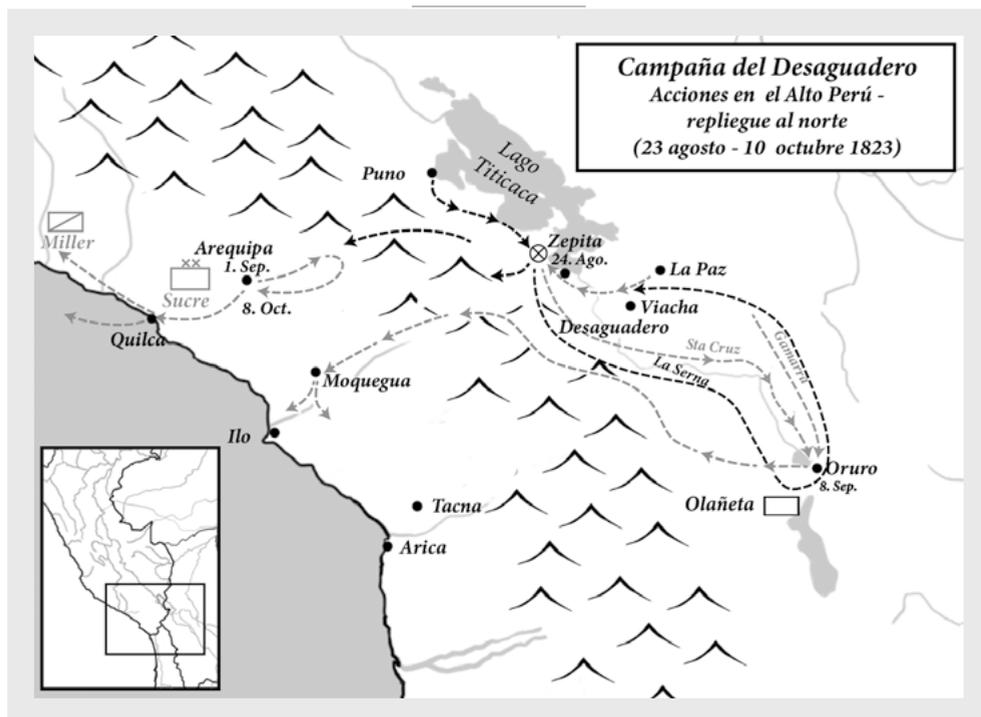
hacia el Desaguadero, perdiendo tanto el contacto con el adversario como una nueva ocasión de infligirle un duro golpe.

Alejándose completamente del área, Santa Cruz se dirigió hacia Oruro a reunirse con la unidad de Gamarra, donde arribó el 8 de septiembre. Ambas divisiones sumaban aproximadamente 7.000 efectivos. A esa fecha, el Virrey ya había cruzado el Desaguadero hacia el sur, al mando de 4.000 hombres de las tres armas (ver mapa N° 13).

El 13 de septiembre, Santa Cruz asumió una actitud expectante por el posible ataque del Virrey. Sin embargo, este lo eludió y optó por seguir hacia el sur en busca del general Olañeta, con lo que incrementó sus fuerzas, que ahora alcanzaban unos 6.000 hombres.

Viendo la oportunidad de evitar una confrontación inmediata, Santa Cruz resolvió retirarse hacia la costa en busca de la división del general Sucre —de la

Mapa N° 13



que tanto se había esforzado por mantenerse alejado—, que ya se encontraba en la región de Arequipa. La incertidumbre dio paso al temor, al desconcierto y al descontrol, por lo que los patriotas iniciaron una frenética marcha hacia el oeste, abandonando importante material y pertrechos, que fueron muy bien aprovechados por los realistas.

Sucre, por su parte, había zarpado de El Callao el 20 de julio —como ya se citó, incluyendo entre sus medios a la División Chilena— y el 1 de septiembre tomó posesión de Arequipa sin resistencia y el 24 emprendió la marcha hacia Puno; pero, informado de la suerte de los patriotas en el altiplano, regresó a Arequipa, donde permaneció hasta el 8 de octubre. En este ambiente, la población local reavivó su fidelidad al Rey de España, mostrándose abiertamente favorable ante el regreso de las autoridades monárquicas.

Seguidamente, Sucre reembarcó a su infantería y artillería, dirigiéndose hacia El Callao. Este desplazamiento fue protegido por la caballería chilena y peruana, que lograron contener los embates de fuerzas realistas superiores enviadas por el Virrey sobre Arequipa, empuñándose en una sucesión de combates que al escuadrón Dragones le costaron más de veinte bajas y la captura de su comandante, quien moriría en prisión.²⁹ Una vez llegados a la costa y embarcadas las unidades en las naves, la caballería inició su regreso por tierra hacia Lima al mando del general Miller, quien había dado sobradas muestras de eficacia y liderazgo.

En cambio, Santa Cruz dirigió una verdadera desbandada, luego de reunir solo 800 hombres que alcanzaron Moquegua a principios de octubre. Para colmo, de los soldados que perdió en el camino, muchos de ellos se unieron al bando realista, mientras otros tantos simplemente desertaron sin rumbo conocido, perdiéndolos definitivamente. ¡La campaña había sido un rotundo fracaso!

Para la fecha, Simón Bolívar ya se encontraba en Perú ungido como el único líder capaz de poner orden e intensificar la revolución frente a tan adverso escenario. Para ello, se dedicó a aunar voluntades y a reunir los medios que fuera posible para futuras operaciones. En este contexto, envió un emisario a Chile con la misión de insistir en los refuerzos pedidos en los momentos en que Santa Cruz y Sucre iniciaban sus respectivas expediciones sobre el sur peruano.

29 Ver reseña del general Francisco Antonio Pinto en Bulnes, obra citada, pp. 278 y 279.

Una vez más, Chile se mostró dispuesto a contribuir a la causa, dándole sentido a la alianza de este país con Perú y Colombia, que había sido planteada meses antes. Si bien a la fecha aún no se había ratificado, su espíritu orientó las decisiones del Senado de la República. Esta vez —venciendo toda la resistencia originada por el hastío con la guerra y por las noticias que llegaban desde Perú— se logró conformar una fuerza de 1.600 hombres, cuyo mando fue asignado al coronel José María Benavente. Sus cuerpos constitutivos eran los batallones de infantería N° 7 y 8, junto al Regimiento Cazadores a Caballo.

Por expresa indicación del Congreso, Benavente debía ponerse a las órdenes del general Pinto, quien tendría que reunir en una sola entidad a todas las tropas chilenas que seguían siendo parte del Ejército Libertador del Perú, sin importar la denominación que en ese momento recibiera. Asimismo, portaba orientaciones muy precisas en orden a evitar todo compromiso de las tropas con las pugnas políticas peruanas.

La nueva expedición zarpó de Valparaíso el 15 de octubre, uniéndose pocos días después a una nave que, desde Coquimbo, transportaba reemplazos para los cuerpos destacados en Perú. Ambas agrupaciones sumaban 2.000 hombres,³⁰ aproximadamente. El convoy arribó a Arica el 26 de octubre, donde se enteraron del fatal resultado de la campaña de Santa Cruz y que en Arequipa había una división realista de 5.000 efectivos. Todo era confusión y nada podía hacer esta fuerza para revertir la situación.

Más aún, la presencia de Santa Cruz en Arica —hasta donde llegó desde su infausta retirada del altiplano— contribuyó a enrarecer la toma de decisiones, por lo que Benavente envió un buque hacia El Callao, con un emisario que avisara al general Pinto tanto de su ubicación como de las instrucciones que portaba.

Luego de cruzar opiniones en que se mezclaron ideas sobre las opciones militares para resolver el problema, así como expresiones de lealtades políticas encontradas, la división fue reembarcada y se sumó al convoy que se dirigía al norte con Santa Cruz y los suyos. Al aceptar este movimiento, entre los oficiales chilenos se evidenció cierto recelo a verse comprometidos en disputas de política

30 De acuerdo a los datos recopilados por Gonzalo Bulnes, la fuerza de la División Auxiliar Chilena era la siguiente: Batallón N° 7 (554), Batallón N° 8 (509), Cazadores (403), Refuerzos de Valparaíso (233), Refuerzos de Coquimbo (300). En total, 1.999 efectivos. Ver p.292 de la última obra citada.

interna, que explícitamente se les había prohibido. Sin embargo, la fortuna los hizo cruzarse en la mar con la nave que transportaba al general Pinto hacia Cobija, puerto al cual Sucre había enviado a los cuerpos chilenos con el propósito de hostilizar al enemigo desde el sur –aunque más plausible parece la idea de que trataban de obtener sus recursos en esa zona, ya que al gobierno peruano no le era posible sostenerlos—.



General Francisco Antonio Pinto



Coronel José María Benavente

El afortunado encuentro se produjo el 20 de noviembre. Tras los informes de rigor, el general Pinto dio la orden de volver atrás con las tropas chilenas, momento en que el general Alvarado declinó ser incluido y decidió mantenerse en Perú, a pesar de los ofrecimientos hechos para que siguiera hacia el sur. Inicialmente, el convoy se dirigió hacia Cobija, pero como era sabido que ese puerto no tenía las capacidades para recibir a las tropas, el general resolvió seguir hasta Coquimbo, enviando un buque a Valparaíso para informar.

El regreso tuvo muchos altibajos, porque no todas las naves fueron informadas de la resolución de volver, principalmente por el distanciamiento entre ellas durante la navegación. Además, hubo que avisar a los cuerpos que estaban en Cobija para que se reembarcaran y emprendieran viaje hacia la patria. Con todo, a medida que se fueron enterando, las unidades se trasladaron hacia Chile, luego de sortear todas las dificultades que el clima y la falta de alimentos les presentaron.

Terminaba este año con el arribo de las naves a puertos chilenos a partir del 19 de diciembre, causando sorpresa y preocupación, a pesar de lo cual se mantuvo la convicción de cumplir con lo prometido, por lo que había que asegurar el retorno de la expedición hacia el Perú. Sin embargo, los acontecimientos marcarían un nuevo rumbo a las decisiones sobre el empleo del ejército, debiendo priorizarse la solución de nuevos problemas estratégicos, esta vez en Chiloé.

Aún quedaban compatriotas luchando en Perú, pero integraban cuerpos de otras nacionalidades. La fuerza principal había regresado, aunque es más justo decir que solo regresaron los sobrevivientes del orgulloso ejército que marchara al norte en un lejano 20 de agosto de 1820. Más aún, solo una séptima parte del ejército original volvió a la patria.³¹

1824: Chilenos en la campaña decisiva

Con el repliegue de la división chilena hacia Coquimbo, despojada de la gloria, el relato seguirá la huella de aquellos compatriotas que se mantuvieron en el Perú, principalmente por haber sido transferidos a unidades de otras nacionalidades. Su aporte no puede ser sepultado en el olvido, más si fueron siempre reconocidos como hábiles guerreros.

De regreso a la costa central del Perú, la situación del ejército se mantenía tensa, no tan solo por las derrotas y desventuras sufridas en las últimas expediciones, sino también por las dificultades para su sostenimiento. La moral de las tropas tendió rápidamente a decaer por falta de elementos básicos de vida, en especial sus remuneraciones, y por la sensación de expectativas incumplidas, lo que cundía con mucha facilidad entre los soldados.

En ese contexto, la guarnición de El Callao —donde se encontraba el Regimiento Río de la Plata y parte de la artillería de Chile— que estaba bajo el mando del general Rudecindo Alvarado, sufrió un acto de insubordinación que se originó en el reclamo de sargentos rioplatenses por sueldos impagos, quienes apresaron a

³¹ Gonzalo Bulnes, obra citada, p.315.

varios oficiales en la madrugada del 5 de febrero, para ejercer presión en favor de su demanda. Sin embargo, lo que se inició como una reivindicación económica migró aceleradamente hacia la traición, pasando por el saqueo de la localidad y la destrucción de material público, hasta entregar la plaza a las autoridades realistas en represalia por no haber logrado su objetivo.



General Guillermo Miller



Coronel José Santiago Aldunate

Previamente, habían sometido por la fuerza a las demás tropas acantonadas en el puerto —siendo una de ellas la brigada de artillería chilena—, desde donde algunos soldados lograron huir y dar aviso a las autoridades, mientras que otras fuerzas capturadas fueron fusiladas. Por desgracia, también hubo algunos que se plegaron al movimiento. Pero lo más grave fue que parte del Regimiento Granaderos se unió a los insurrectos, ocasionando lo que puede considerarse como la desintegración de la División de los Andes, heredera del glorioso Ejército trasandino. En esas circunstancias, el 29 de febrero ingresó a El Callao una división realista, consolidando el control del puerto y sus fortalezas, lo que mantendría por casi un año y sería el último reducto peruano en ser recuperado por las armas independentistas.

Entre las unidades patriotas que se encontraban en las cercanías, la tropa chilena que se mantenía en Bellavista al mando del coronel José Santiago Aldunate se retiró hacia Lima y se reunió con las demás fuerzas que guarnecían la capital.

Mientras la sublevación en El Callao se llevaba a efecto, el Congreso peruano comprendió el efecto negativo que las divisiones internas habían tenido en la causa de la independencia, enhorabuena. Con el ánimo de contribuir a la solución, el 10 de febrero le confirió al general Simón Bolívar la autoridad política y militar de la República, disponiendo los medios necesarios para facilitar la acción de quien era reconocido como el nuevo líder del proceso independentista.

Bolívar, quien no tenía dudas sobre cómo enfrentar el desafío, ni tampoco del carácter republicano de la empresa, resolvió dar Lima por perdida y concentrar todos los medios disponibles en el norte, en la zona general de Huaraz, donde podría acceder a muchos recursos y también a vías expeditas hacia la costa, o hacia la sierra central y sur. Así las cosas, el 27 de febrero las tropas patriotas abandonaron la capital peruana, llevando consigo todo elemento que pudiera ser útil en las futuras operaciones.

Por ello, cuando el general Juan Antonio Monet ingresó a Lima desde El Callao no encontró oposición. Peor aún, diversas autoridades políticas adhirieron al bando realista —entre los que estaba el propio Bernardo de Torre Tagle—, así como los cuerpos peruanos de Lanceros y de la Guardia, que tras apresar a los oficiales patriotas retrotrajeron la marcha hacia la capital. Esta lamentable noticia pudo ser conocida por el general Sucre a través de los oficiales que lograron huir antes de ser capturados.

Para colmo de males, tanto en Perú como en Chile y Buenos Aires existía desconfianza en Bolívar, al que acusaban de privilegiar la acción del Ejército Colombiano, en desmedro de las demás fuerzas. Pero este tipo de recelos no era privativo de los patriotas. Entre los realistas también hubo querellas, esta vez entre españoles y americanos —estos últimos se sentían postergados—, siendo el caso del general Pedro Antonio Olañeta el de mayor relevancia, quien acusó al Virrey de no representar los verdaderos intereses del monarca, declarándose en rebeldía en el Alto Perú. Esta discordia entre un general americano y sus pares españoles llevó a disponer el uso de la fuerza en una especie de confrontación civil que no fue dirimida, por cuanto los acontecimientos en la Sierra llevaron al Virrey a retirar sus fuerzas, reconcentrarlas y enfrentarlas a Bolívar, su verdadera amenaza.

Por su parte, Bolívar aprovechó el tiempo y se abocó a dos cuestiones fundamentales: recomponer el ejército, e informarse del escenario y del enemigo. En el primer asunto, dispuso el ordenamiento del rodaje administrativo de sus tropas,

en especial en materia de remuneraciones; incrementó las fuerzas; complementó las dotaciones de los cuerpos antiguos; acopió bastimentos; recuperó el ganado; y ordenó el entrenamiento de los cuerpos para efectuar marchas en terrenos difíciles. En el segundo aspecto, dispuso reconocimientos de detalle. De hecho, cuando supo de la rebelión de Olañeta, decidió que había llegado la hora de tomar la ofensiva. A fines de mayo, el ejército estaba listo para iniciar las operaciones, contando con las siguientes fuerzas:³²

Desde su amplia zona de concentración, en el mes de junio el ejército inició su progresión hacia el sur por los difíciles caminos de la Sierra peruana. Al llegar a la zona general de Cerro de Pasco, se organizaron tres columnas de marcha al mando de los generales José María Córdova, Juan Jacinto Lara y José de La Mar, los que cruzaron la abrupta cordillera a través de quebradas en Cajatambo, Chavín y Huánuco, respectivamente. De este desplazamiento son destacables tanto el esfuerzo al que fue sometida la tropa, como las provisiones dispuestas por Sucre para aminorar los efectos de la altura, el frío y el cansancio, que incluyeron desde el acopio adelantado de leña, comida y forraje, hasta la construcción de refugios, entre otros. A fines de julio se completó la monumental marcha y el 2 de agosto Bolívar pasó revista en Cerro de Pasco a una fuerza recuperada y en condiciones de proseguir hacia el sur (ver mapa N° 14).

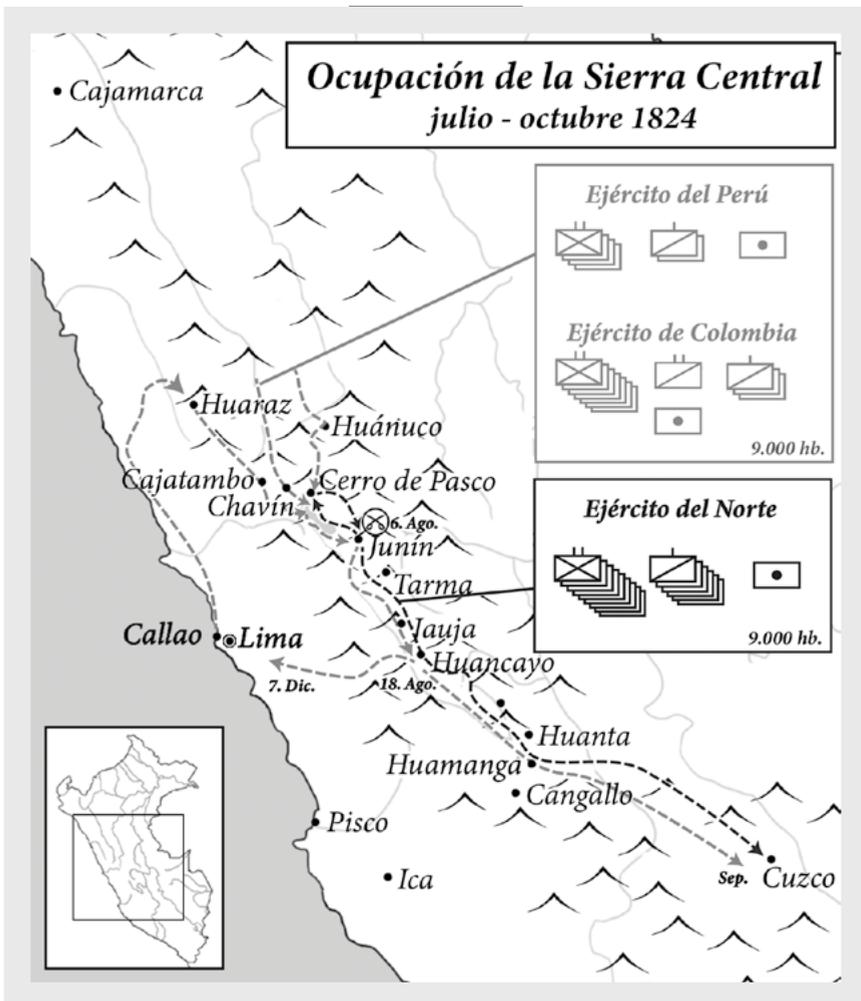
Por su parte, el bando realista mantenía a su Ejército del norte desplegado entre Huancayo y Tarma, con sus unidades más adelantadas desplegadas en sectores relativamente próximos a la zona que ocupaba el ejército patriota. Con una fuerza cercana a los 9.000 mil efectivos, contaba con nueve batallones de infantería, seis escuadrones de caballería y nueve piezas de artillería, todas bajo el mando del general Canterac.

Cuando el general realista tomó conocimiento del inicio del desplazamiento patriota hacia el sur, ordenó marchar a su ejército y efectuar un reconocimiento hacia Cerro de Pasco, sin percatarse de que ambas fuerzas se desplazaban por

³² En este ejército había efectivos chilenos en los cuerpos peruanos de infantería y caballería; también en lo que quedaba del Granaderos de los Andes, los que habían sido reasignados durante 1821 y 1822. En los cuerpos colombianos, los había tanto en la caballería como en el batallón Vargas, que contaba con una compañía de soldados chilenos asignados por Sucre desde la tropa que llegó al Perú con el coronel Aldunate en diciembre de 1823, y del escuadrón Dragones que había llegado algunos meses antes. A ellos debemos agregar los integrantes del parque y de las ambulancias, de los cuales no hay registro de su regreso a Chile. Ver Gonzalo Bulnes, obra citada, pp. 598-601.

las riberas opuestas del lago de Reyes: mientras los monarquistas lo hacían en el norte por la ruta oriental, el enemigo lo hacía en sentido contrario por la ruta occidental. Al darse cuenta de esa situación, Canterac resolvió volver sobre sus pasos y marchar hacia Tarma, donde estaba su base de operaciones, con la idea de evitar un enfrentamiento con el enemigo y no quedar aislado en un territorio que no estaba bajo su control.

Mapa N° 14



Bolívar, al advertir la apresurada marcha del adversario, resolvió acelerar el paso para cortar la retirada, iniciando una especie de persecución durante varios días. Haciendo uso de la libertad de acción que le concedía Canterac, el general venezolano ordenó preparar la caballería —que marchaba en mulas con los caballos de tiro— para cerrarle el paso y provocarlo, a pesar de contar con menor cantidad de jinetes que el adversario. En esos momentos se encontraban en la zona general de Junín.

Como Canterac era superior en fuerzas, comenzó las acciones la tarde del 6 de agosto, empleando también a sus unidades montadas y colocándose al frente de ellas, en un acto que no puede reflejar otra cosa que confianza extrema en su mayor capacidad. En un cruento choque de tropas de caballería, los primeros encuentros parecieron serle favorables, principalmente porque logró penetrar la formación patriota, pero el oportuno empleo del escuadrón de Granaderos peruano contribuyó a contener el avance. En paralelo, los jinetes colombianos esperaron la carga enemiga a pie firme y con las lanzas empuñadas, aportando lo suyo para detener el arrollador avance enemigo.

Como el dispositivo patriota mantenía varios escuadrones en profundidad —más por imposición del terreno que por idea táctica— fue posible envolver a los atacantes por ambos flancos, destacándose en esta acción el cuerpo de Húsares del Perú, que contaba en sus filas con muchos soldados chilenos. De ahí, la refriega dio paso a una desenfundada retirada de los restos de la caballería realista que, perseguida por sus oponentes, contagió a las tropas de infantería apostadas en las proximidades, transformando el movimiento en una vulgar fuga. Como es de suponer, en adelante el tránsito hacia el sur fue caótico, sin que los oficiales pudieran ejercer control alguno sobre los desorganizados cuerpos que se desintegraban con facilidad.

Junín fue prácticamente un combate de encuentro, cuyo resultado sobrepasó con creces el ámbito táctico en el que se llevó a efecto. Tuvo consecuencias estratégicas de las que el ejército realista nunca logró sobreponerse, como fueron la desorganización de su caballería y la pérdida del espíritu vencedor del que hacía gala en el último tiempo, desde que —gracias a la impericia de los mandos patriotas— había logrado rearticularse, y alcanzar importantes y consecutivas victorias. Derivado de ello volvieron las desertiones masivas, obligando a sus comandantes a redoblar esfuerzos para evitar que la sangría de tropas terminara precipitadamente

la tarea destructiva que había comenzado el enemigo. Canterac continuó raudo su marcha hacia el sur, con el doble propósito de evitar ser destruido y de reunirse con el resto de las tropas realistas, que a la fecha se encontraban desplegadas desde el Cuzco hasta el Alto Perú.

Bolívar, por su parte, desistió de continuar la persecución, pero mantuvo su avance por la misma ruta que habían empleado los adversarios, recolectando ganado, equipo y armamento abandonado, además de recuperar la adhesión de muchas personas y localidades.

Encontrándose Bolívar en Huancayo el 18 de agosto, recibió la visita del general Bernardo O'Higgins, quien luego de marchar desde Trujillo alcanzó al Ejército Libertador, con la clara intención de incorporarse a sus filas, a pesar del delicado estado de salud que lo aquejaba. Al día siguiente, con todas las formalidades de rigor, le fue conferido el grado de Capitán General del Perú, pero sin que se le asignara una colocación en el ejército. Muy probablemente, Bolívar no quiso abrir una controversia con las nuevas autoridades chilenas. La situación exigía encauzar todas las energías en completar la empresa libertadora, teniendo fundamentos concretos para suponer que ese crucial momento ya se acercaba.

Simultáneamente, dispuso que en la zona costera se procediera a reunir todas aquellas tropas que por las más diversas razones se encontraran allí apostadas, con el objeto de conformar una fuerza que le permitiera sitiar El Callao, incrementando el apremio que la fuerza naval mantenía sobre ese puerto, bloqueado ya por meses. De esta forma concretaba un giro radical en la relación con las comunidades ribereñas —marcando una sustancial diferencia con lo efectuado por San Martín— al imponerles una serie de condiciones que estimaba necesarias para su liberación, estipulando a su vez severos castigos a la desobediencia civil.

Una temprana y excepcional temporada de lluvias en la Sierra postergó toda opción de continuar con las operaciones en el corto plazo, llegando algunos a pensar que la situación se prolongaría por el resto del año. De esta forma, se abrió una tácita tregua desde septiembre en adelante, tiempo que sirvió para recuperar al ejército y prepararse mejor para la batalla decisiva que se buscaba. Bajo estas condiciones, Bolívar se dirigió hacia la costa para atender asuntos políticos que requerían de su presencia, delegando el mando militar en Sucre, quien se mantuvo en la Sierra con las tropas. A inicios de octubre, la comitiva y escolta del Libertador iniciaron la marcha hacia el oeste, contando entre los viajeros al general O'Higgins

y su personal de apoyo, alejándolo definitivamente de toda opción de participar en la finalización de la campaña.

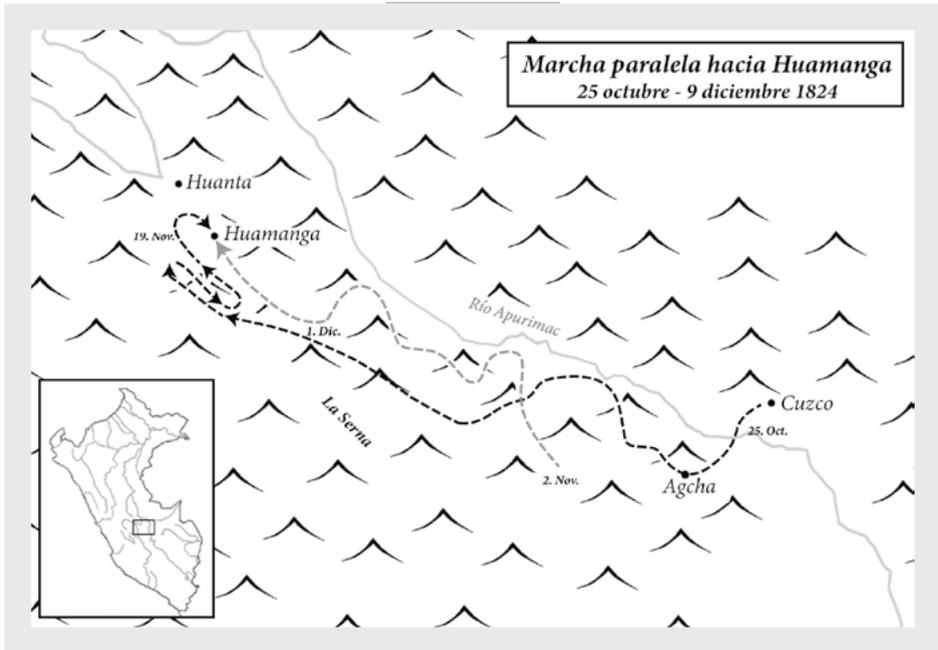
Sin embargo, el virrey La Serna aprovechó la pérdida del contacto para reconcentrar su ejército y adelantarlo hacia el noroeste del Cuzco, llegando prácticamente hasta la margen sur del río Apurímac, que dividía los territorios de ambas fuerzas. Organizó tres divisiones de infantería, una de caballería, más la artillería, asumiendo el mando en jefe de los 9.300 hombres que lo integraban. Una división le fue conferida al experimentado general Valdés, dotándola de cuatro batallones de infantería. El general Monet recibió el mando de otra división, conformada por cinco batallones, al igual que el general José Carratalá, a quien también se le asignaron cinco batallones. La caballería, por su parte, fue puesta bajo el mando del brigadier Valentín Ferraz, contando con dos brigadas de esa arma. Finalmente, once piezas conformaban el cuerpo de artillería, cuyo mando recayó en el coronel Fernando Cacho.

El 25 de octubre las tropas realistas iniciaron el cruce del río Apurímac, sin ser advertidas por los patriotas desplegados en la zona de Agcha. De ahí iniciaron una marcha en dirección general suroeste, con la idea de sobrepasar al adversario para situarse a su espalda, y aislarlo de sus bases de apoyo y del acceso hacia la costa (ver mapa N° 15).

Al enterarse Sucre de esto, y a pesar de la sorpresa y del atraso con que le llegó la noticia, dispuso el traslado de su ejército hacia el norte, iniciando una marcha prácticamente paralela, en cuyo trayecto el ejército realista no efectuó amago alguno de atacar; más aún, persistió en adelantarse y esperar una reacción patriota. El 19 de noviembre las tropas de La Serna llegaron a la localidad de Huamanga —que pasó a llamarse Ayacucho después de la batalla—, sin lograr que el enemigo reaccionara y limitándose a proseguir su respectiva marcha. Frente a ello, el Virrey decidió retroceder varias jornadas fracasando nuevamente en su objetivo de generar una reacción de Sucre, por lo que regresó hacia el norte en una acción que solo contribuyó al desgaste prematuro de sus propias tropas y también a fomentar las deserciones. De hecho, de los 9.300 hombres que partieron a fines de octubre, solo 6.900 llegaron a la batalla final.

A partir del 1 de diciembre ambos ejércitos marcharon en paralelo hacia Huamanga, donde se enfrentarían el 9 de ese mes. En el trayecto hubo diversos intercambios de disparos entre las columnas de marcha, llegando incluso a tener

Mapa N° 15



lugar un enfrentamiento entre unidades menores que ocasionó daños considerables a un batallón patriota emboscado en una quebrada.

En los días siguientes, ambas fuerzas se aproximaron hacia la zona donde se libraría la batalla, que en general corresponde a una extensa pampa denominada Ayacucho. En la ocasión, el Virrey se adelantó a ocupar la altura dominante, llamada cerro Condorcanqui, en la que cerraba las opciones a su contendor para intentar hacer abandono del campo de batalla, obligándolo a asumir una conducta extrema —vencer o morir—, que finalmente traería nefastas consecuencias a la causa monárquica en el Perú, por cuanto forzó al enemigo a extremar los esfuerzos para vencer.

El 8 de diciembre todo estaba preparado para el desenlace de la campaña. Los realistas ocupando las alturas, desde donde asumían que podrían iniciar las acciones y también emprender la retirada, si así fuere necesario. Por su parte, los republicanos estaban desplegados en las cercanías, en disposición de contener la embestida enemiga y recuperar la iniciativa en cuanto fuera posible, con un

dispositivo que contemplaba una división peruana de cuatro batallones de infantería y dos escuadrones de caballería, al mando del general La Mar; una división colombiana de cuatro batallones de infantería, al mando del general Córdova; y una división de reserva al mando del general Juan Jacinto Lara, de tres batallones de infantería colombianos, más dos escuadrones y un pelotón de caballería, cuyo mando específico recayó en el general Miller. Se agregaba solo una pieza de artillería, sumando en total 5.780 efectivos.

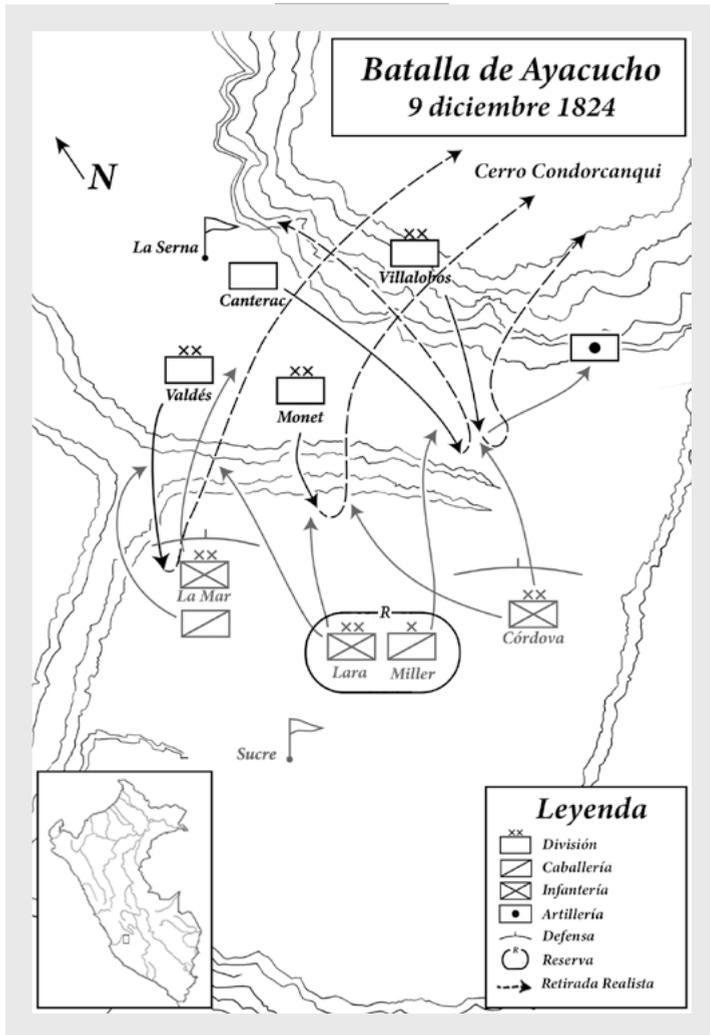
El plan realista consistía en ejercer una fuerte presión sobre el ala izquierda republicana, esfuerzo al que debían concurrir todas las demás unidades en sus respectivos frentes. La idea terminaba con rebasar el flanco adversario y aniquilar a las tropas, suponiéndolas cercadas entre dos frentes.

Aproximadamente a las 10 de la mañana del 9 de diciembre, la división del general Valdés inició el ataque, con tal ímpetu que logró desconcertar a los defensores patriotas, haciendo retroceder a sus unidades. La división González Villalobos protegía su avance. Ante el revés de la división La Mar, Sucre ordenó que fuera reforzada con dos batallones segregados de la reserva, sumando en esa acción a la caballería asignada a esa unidad, con lo que logró contener parcialmente la penetración del dispositivo (ver mapa N° 16).

En tanto, la división Monet creyó que la situación le era favorable y dos de sus unidades se precipitaron en asumir roles de ataque, viéndose rápidamente comprometidos en una situación desventajosa, principalmente por el incremento de fuerzas patriotas desde la reserva y por el empleo de la caballería. El Virrey empleó su reserva, la que no logró quebrantar el frente defendido por la división Córdova. Una violenta carga de la caballería realista fue contenida por las lanzas de los cuerpos republicanos, tal como lo habían hecho en Junín, sumando esta vez un intenso fuego de fusilería. Más aún, la división atacada cambió de actitud, y apoyada por la caballería de la reserva avanzó contra el adversario, capturando su artillería y al Virrey, sorprendido en el campo, y herido. De esta forma, la zona central del campo de batalla, ya en manos liberales, dio paso a la retirada en desorden de unidades menores adversarias, sin que sus mandos pudieran controlarlas.

En el sector izquierdo del dispositivo, la división La Mar también logró poner al enemigo en retirada, con el valioso apoyo de sus escuadrones de caballería, —destacándose el de Húsares, en el cual combatió un centenar de chilenos—, que

Mapa N° 16



atacaron el flanco de la infantería realista, mientras la infantería patriota incrementaba la presión sobre el frente.

Pronto la debacle se apoderó del resto de las tropas realistas, cesando todo intento organizado de cumplir su misión. Los soldados se precipitaron hacia la retaguardia, abandonando armas y equipo. El decisivo encuentro no alcanzó a durar dos horas.

El recuento de bajas arrojó 1.800 muertos, 700 heridos y más de 1.000 prisioneros realistas; mientras que en el bando patriota se contabilizaron 309 muertos y 670 heridos.

El desastre en esta crucial batalla puede ser entendido desde dos perspectivas concurrentes. Primero, las fuerzas republicanas basaron su victoria en factores como la férrea resistencia de la división La Mar; las oportunas decisiones de Sucre para contener la penetración y el empleo de parte importante de la reserva —con la que logró revertir lo que pudo ser el fin para los patriotas—; y en el avance exitoso de la división Córdova y de la caballería del general Miller, que lograron dislocar el dispositivo enemigo y capturar a su General en Jefe. Por el contrario, las fuerzas realistas no pudieron ser controladas adecuadamente, generándose descoordinaciones que le concedieron a los patriotas la oportunidad de contener el ataque y, más aún, pasar a la ofensiva.

Con el Virrey capturado, la imposición de las condiciones para el término de la guerra fue solo cosa de tiempo. Todo intento de continuar con la resistencia no era más que una ilusión, en especial cuando el ejército republicano se desplegó en varias direcciones para consolidar la independencia. Semanas más tarde, el 21 de enero de 1825 capituló El Callao y, en simultáneo, miles de kilómetros al sur, Chiloé era incorporado a la soberanía de Chile, completando definitivamente la independencia americana.

Finalmente, el 10 de febrero —casi cuatro años y medio después del zarpe del Ejército Libertador del Perú desde Valparaíso—, fue restituido el Congreso en Lima, iniciando el camino definitivo hacia la instauración de la República del Perú.

Epílogo

Los hechos han hablado por sí solos. Una larga travesía, llena de vicisitudes, fue coronada con un trascendental éxito militar y su derivación política, otorgando sentido al monumental esfuerzo llevado a cabo por miles de hombres que entregaron su respectivo aporte a la causa de la liberación del Perú. Pero el relato de la magna empresa también ha develado una serie de situaciones sobre las cuales cabe una reflexión, que nos permita contar con elementos de juicio para comprender el aporte de Chile y su Ejército a la emancipación sudamericana, que fue la motivación tras la cual se congregaron las voluntades que la hicieron posible.

En primer término, cabe una mención al honor de una nación, reflejado en todas las autoridades que estuvieron decididas a cumplir con la palabra empeñada —como el Director Supremo Bernardo O'Higgins, el Senado de Chile y el Cabildo de Santiago—, sin que fuera requisito la suscripción formal de acuerdos con otras de las nacientes repúblicas. A ello también contribuyó una sociedad dispuesta al sacrificio económico para reunir los recursos faltantes, en especial cuando se supo que el costo sería asumido íntegramente por Chile. Este esfuerzo extraordinario se sumaba a los tantos que ya se habían realizado desde un ya lejano 1813, cuando comenzó la guerra por la independencia, lo que otorga mayor relevancia a la actitud de una ciudadanía que comprendía la necesidad de conformar una nueva fuerza expedicionaria, aun a costa de sus propios intereses.

Un segundo aspecto de interés lo constituye la legitimidad del esfuerzo bélico impulsado por las autoridades chilenas, cuyo sustento estaba en la necesidad de asegurar la recién obtenida independencia —que tanto había costado—, entendiendo que se trataba de un proceso integral que necesariamente debía concretarse a escala regional. En este ámbito, también se señala la legitimación que Chile otorgó al Ejército de los Andes, que a la fecha de inicio de la expedición carecía de autoridades políticas que respaldaran su acción fuera del territorio de las Provincias Unidas del Río de la Plata.

También es destacable la masiva presencia de chilenos en el Ejército Libertador del Perú. Por cierto, miles de ciudadanos estuvieron dispuestos a asumir roles de diversa índole en la fuerza expedicionaria, como ya muchos lo habían hecho en el Ejército de los Andes, cuyos reemplazos desde 1818 en adelante fueron casi exclusivamente nacionales. Y cuando faltó personal, también fue a hijos de esta tierra a quienes se les impuso un enganche forzoso, de acuerdo a los usos de la época.

Estos hombres enfrentaron las mayores desventuras en suelo peruano, partiendo por las enfermedades propias de un territorio tan distinto a la patria, que además del riesgo sanitario los expuso a una geografía agreste y a un clima severo. Como si esto fuera poco, a medida que pasaba el tiempo, y ante la escasez de apoyos en Perú, las tropas fueron objeto de retrasos y hasta disminuciones en el pago de sus remuneraciones, dando paso a actitudes reñidas con la disciplina —como desórdenes y desertiones— basadas en el incumplimiento de las expectativas que el mismo General en Jefe les había generado. Para colmo de males, la ausencia de generales chilenos en la expedición generó espacios para que, con demasiada frecuencia, se dispusiera de las tropas nacionales para completar unidades peruanas y rioplatenses, llegando al extremo de desintegrar algunos cuerpos, los que recibieron reemplazos de ciudadanos peruanos recién incorporados, carentes de formación militar y con escaso compromiso con las unidades a las que fueron asignados. Aun así, los soldados chilenos, sin importar el batallón o escuadrón en que se encontraran, cumplieron su cometido con dignidad, logrando el reconocimiento de sus mandos en las diferentes jornadas en que les tocó participar.

En otro orden de ideas, cabe una reflexión crítica hacia el liderazgo político y militar en la etapa de ejecución de la expedición. En primer lugar, al Director Supremo, en lo que puede considerarse una actitud contradictoria del general O'Higgins, que tanto se había esforzado por lograr la conformación y envío de la expedición, pero entregando excesivo poder al general San Martín sobre un ejército netamente chileno. Si bien el líder trasandino fue investido del grado de capitán general del Ejército de Chile, esa condición no lo convertía en un connacional, lo que permite entender la laxitud que demostró frente a la relegación de los cuerpos nacionales a un segundo plano en Perú y a la recurrente extracción de su personal hacia unidades de otros países. Esta

crítica se ve agravada porque el Senado de la República sí lo previó y así lo hizo saber al Poder Ejecutivo, que simplemente desoyó la sugerencia y persistió en la fórmula que finalmente se puso en ejecución. Una explicación podría encontrarse en los compromisos asumidos entre los generales O'Higgins y San Martín en forma previa, al alero de la Logia Lautaro, sin que las fuentes disponibles otorguen antecedentes que permitan dilucidar esta interrogante.

También es criticable la conducción errática del general San Martín durante su gestión en el Perú, por cuanto los hechos dan cuenta que intentó desarrollar una guerra prácticamente incruenta —en esencia, una contradicción—, con lo que concedió amplia libertad de acción al bando realista para sobreponerse a la presencia de un ejército enemigo en su territorio, reorganizarse y mejorar sus opciones de controlar la situación. Como no buscó una decisión militar —llegando a desperdiciar la ocasión que le fue sugerida—, los efectos políticos no se hicieron esperar: primero dando margen para el surgimiento de disputas intestinas entre los líderes peruanos; y, luego, perdiendo toda opción de lograr su cometido, cediendo espacio para la imposición del liderazgo de Simón Bolívar, cuya presencia en Perú se concretó recién dos años después de iniciada la expedición.

Con todo, Chile tiene sobradas razones para sentir un legítimo orgullo por su contribución a la causa de la independencia sudamericana. El aporte de sus hombres a través del Ejército fue uno de los ejes que permitió abrir el proceso independentista en el Perú, con soldados que lucharon con hidalguía y dignidad. El país dio lo mejor de sí a la causa de la libertad sudamericana. Eso es lo que se ha querido recordar y destacar en estas líneas.

Fuentes

Diego Barros Arana. (2005). *Historia General de Chile*. Santiago. Editorial Universitaria y Centro de Estudios Diego Barros Arana, Tomos XII, XIII y XIV.

Gerónimo Espejo. (1867). *Apuntes históricos sobre la Expedición Libertadora del Perú. 1820*. Buenos Aires, Imprenta y Librería de Mayo.

Gonzalo Bulnes. (1887). *La Expedición Libertadora del Perú (1817-1822)*. Santiago. Rafael Jover (Editor).

Gonzalo Bulnes. (1897). *Últimas Campañas de la Independencia del Perú (1822-1826)*. Santiago. Imprenta y Encuadernación Barcelona.

John Lynch. (1976). *Las Revoluciones Hispanoamericanas 1808-1826*. Ed. Ariel, Barcelona, Caracas, México.

Fernando Silva Vargas, Juan Eduardo Vargas Cariola (editores) y otros. (2013). *Historia de la República de Chile (1808-1826). Volumen I*. Zig-Zag.

Academia de Historia Militar. (2017). *Historia Militar de Chile Ilustrada*. Ediciones Academia de Historia Militar.

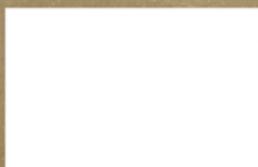
EL EJÉRCITO LIBERTADOR DEL PERÚ

De la gloria al olvido

Con motivo de la conmemoración del bicentenario del zarpe de la Expedición Libertadora del Perú —la cual trasportó a tierras peruanas al Ejército Libertador—, la Academia de Historia Militar ha querido rendir un homenaje a esos miles de compatriotas que partieron fuera de Chile para combatir en favor de la independencia sudamericana, y también a las autoridades nacionales y a la sociedad chilena de la época, que hicieron un esfuerzo supremo, tanto humano como económico, con la finalidad de hacer realidad esta empresa bélica.

Para ello, la Academia presenta esta obra dirigida principalmente a nuestra juventud y, por supuesto, a todos quienes se interesan por nuestra historia, con el propósito de que conozcan este destacado y poco conocido episodio de la historia nacional, que tanta significación tuvo en el proceso de emancipación hispanoamericana.

A esos miles de soldados anónimos que combatieron en suelo peruano, nuestro más sentido homenaje y recuerdo. A las actuales unidades del Ejército de Chile, herederas de la tradición de aquellas que integraron el Ejército Libertador del Perú, a fin que refuercen el orgullo de ser los depositarios de su honor y gloria.



ISBN: en trámite

ACADEMIA DE HISTORIA MILITAR

Avenida Blanco Encalada N° 1550
2 2688 0852

www.academiahistoriamilitar.cl
academiahistoriamilitar@gmail.com